

*Selecta*

**Ivette Chardis**

*Los  
corazones  
de Ana*

# Los corazones de Ana

*Ivette Chardis*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A mi marido, mi amante, mi amigo.  
Por estar siempre ahí.*

## Capítulo I

*Su secreto es no resignarse,  
no considerarse víctima,  
no mostrar a los demás  
tristeza o desesperación.*

Oriana Fallaci

*V*alencia. Octubre de 1834.

Los pequeños dedos de María resbalan por la palma de mi mano llena de poros, rebosantes de histerismo. La sujeto con fuerza. No la quiero perder en la cola que se ha formado para entrar en la casa de los señores Ferrer. Somos cinco mujeres con sus respectivos hijos, aunque, en realidad, María es mi sobrina y nadie más que nosotras debe saberlo.

—Pero, tía —me ha dicho al salir de casa—, ¿por qué tengo que llamarte mamá si ya tengo una?

—Porque ella está en el cielo. —Es esencial que la señora Ferrer crea que ella es mi hija, pero María no parece entenderlo—. Tú no hables y todo irá bien.

—¿Qué tiene que ir bien?

—Que la tía consiga un trabajo.

María es tan curiosa como mi hermana, que en paz descanse. Lleva el mismo nombre por tradición familiar; si hubiera sido varón, se habría llamado Joaquín, como su padre. Este murió en un accidente con un carro antes de que ella naciera y mi hermana, unos meses después de dar a luz. Nadie se pone de acuerdo en el porqué de su repentina marcha. Aunque lo cierto es que murió de pena. Su vida ya no tenía sentido sin su Joaquín. Cuando le traía a la niña para que la amamantara, la miraba como a una extraña, como si fuera culpable de una desgracia tras otra.

Al morir mi padre, mi cuñado se hizo cargo del negocio después de varias discusiones y reproches por parte del gremio de carpinteros, ya que no concebían que el yerno quisiera seguir con el taller si todavía no había conseguido la maestría. Se impuso el talento a la tradición, porque Joaquín era bueno en su trabajo y, con mi ayuda, los encargos superaron todas nuestras expectativas. Puedo tallar una cuna en menos de cinco horas. Una marca que nadie más ostenta.

La muerte tan repentina de Joaquín nos llenó otra vez de incertidumbre. En esa ocasión, los más conservadores del oficio se cuadraron. Solo la viuda, mi hermana, podía volver a casarse con un

carpintero asociado al gremio para seguir perteneciendo a él; si no, nos quedaríamos sin trabajo y sin ganancias con las que poder alimentar a la familia, la poca que quedaba.

Así que María se convirtió en nuestra única oportunidad, pero la aflicción que pesaba en ella era mucho mayor que su avidez por sobrevivir. Para cuando llegó la propuesta de matrimonio por parte de un viejo y avaricioso ebanista, mi hermana ya estaba más en el otro mundo, llamando en sueños a su marido, que escuchando mis súplicas para que luchara y no se dejara vencer.

Por eso estoy aquí. A un hombre que dijo ser el abogado de la familia Ferrer, le llamó la atención la alegría de mi sobrina mientras jugaba en la calle, su pelo rubio y sus ojos azules, su piel clara y sus graciosas pecas heredadas de mí. Somos las únicas de la familia que tenemos una piel tan delicada que el sol, cada año, se afana en pintarnos bonitos lunares para llamar la atención.

A mi derecha, una mujer de mediana edad con grandes pechos sujeta a un bebé rollizo; a mi izquierda, una escuálida joven con un vestido raído y unas trenzas mal hechas esboza una siniestra mueca, como si se mofara de sus pensamientos. Más allá, dos chicas arrastran a dos varones de unos seis años que parecen gemelos, tal vez primos hermanos por el parecido que también existe entre las madres. La competencia es dura. Soy la única que ha traído una niña como muestra, a excepción de la chica de las trenzas, que está sola.

La puerta principal del edificio se abre. Agarro a María tan fuerte que, sin querer, le hago daño.  
—¡Tía! —chilla, intentando deshacerse de mí.

—Recuerda que aquí soy «mamá». —Ella se muestra reacia al juego y se cruza de brazos; imposible volver a darle la mano.

Me sorprende que nos hagan subir las escaleras hasta la entrada, y más que no nos escondan de las miradas inoportunas, pero, a estas horas de la madrugada, solo los maleantes y vividores están despiertos. Por suerte, no hemos tenido que salir del barrio del Carmen, donde la niña y yo vivimos junto con mamá, en un pequeño piso de una habitación en lo más alto de un edificio, cerca de la calle donde teníamos nuestro taller, ahora convertido en el negocio de otro.

Seguimos comprando y paseando por los mismos lugares, saludando a los de siempre, como si nada hubiera cambiado cuando nuestras vidas se han roto en frágiles fragmentos susceptibles de convertirse en polvo.

Valencia parece la misma ciudad de cuando era niña; sin embargo, se está convirtiendo en otra distinta. Prueba de ello es la vuelta de los señores Ferrer. Se mudaron hace años a Barcelona con la esperanza de aumentar su fortuna estancada y han regresado con otros aires más modernos, con la perspectiva de invertir y reforzar sus contactos. Una nueva burguesía dicen los periódicos y yo me pregunto si no serán los mismos de antes, que ejercían su pleno derecho sobre los labradores de una tierra que decían que era suya y ahora tienen pleno derecho sobre los trabajadores de unas fábricas que nadie sabe de dónde ha salido el dinero para construir.

Caminamos en fila india y en silencio tras una mujer pequeña y con chepa que lleva un manojito de llaves en la cintura. Después de recorrer un largo pasillo que da a la parte trasera de la casa,

llegamos hasta el jardín, donde también está la comuna. Justo después de la despensa, nos encontramos con la cocina. El ambiente es cálido y sofocante, el humo de las ollas nubla mi vista. El chapoteo del agua hirviendo consigue que mi estómago cruja más de una vez. Avergonzada, intento disimular el ruido de mi barriga con una falsa tos. No he desayunado nada; lo poco que teníamos se lo he dado a María. Pan duro mojado con agua. Ni leche ni verduras desde hace varios meses. Nuestras reservas se han agotado y ya nadie nos fía en el mercado.

Todos creían que, con mi supuesta belleza, enseguida cazaría a un buen marido. Ya dicen que la soberbia es un pecado y no me es fácil admitir que me creía superior a las demás, por eso, ahuyenté a más de uno. Pensaba que tenía el tiempo de mi parte; sin embargo, los días, los meses y los años pasaron en un soplo de aire, y la desesperación llegó a nuestra casa en forma de hambre.

La visita del abogado no pudo ser más oportuna. Una señal, pensé en su momento, ya que estaba a punto de claudicar ante la insistencia de un grupo de mujeres que veía siempre bajo mi ventana a la caza de un hombre para pasar la noche a cambio de unos reales. No soy virgen; tuve un escarceo con otro aprendiz de carpintero amigo de mi cuñado. Se llamaba Antonio y nos íbamos a casar, pero cambié de opinión en el último momento. No sentía lo que mi hermana y el padre de María sentían: una unión idílica que hacía que sin palabras se entendieran. Me gustaba interceptar sus miradas y las atesoraba para luego compararlas con las de mi mozo, y así llegué a la conclusión, errónea, de que me merecía mucho más.

El bebé de una de las señoras que esperan a ser recibidas no para de berrear y me pone de los nervios. María está cansada y temo que pronto empiece con sus preguntas sin sentido. ¿Para qué quiere saber de dónde viene el agua o por qué el sol sale siempre por el este? Hasta que ella se lo cuestionó, no me había dado cuenta.

El fuego está encendido, pero la cocinera no está. En su lugar, se pasea arriba y abajo el abogado. No recuerdo su nombre; lo repitió varias veces durante nuestra entrevista y hasta me dio una tarjeta. Lo leí en voz alta y se extrañó de que supiera de letras.

—Si una no sabe anotar los nombres de los clientes y tampoco realizar las sumas de lo que deben, muy poco se avanza en esta vida —le contesté, orgullosa de mi gran capacidad intelectual.

Sonrió al escuchar mi respuesta y miró con cierto halo de pena la habitación en la que vivíamos. Demasiado reducida para dos mujeres adultas y una niña. Cuánto echo de menos el taller, el olor a madera, el ruido, el polvo, papá chillando a todas horas para que entregáramos los encargos a tiempo y la risa tonta de mi hermana cuando Joaquín le dirigía una de sus miradas profundas.

El abogado se impacienta; lo noto en su manera de mover el dedo sobre una carpeta de cuero que lleva encima. Por fin, se oyen pasos lejanos. Advierto que se trata de una mujer por la forma de arrastrar la tela por el suelo; el caminar de las damas es muy distinto al de los caballeros: es sigiloso a intervalos y la madera se resiente por su caricia a cada paso.

La señora Ferrer, supongo que es ella, aunque no ha sido presentada, nos mira y arruga el entrecejo. No le gusta lo que ve y temo que hayamos madrugado para nada. Es bonita, tiene el

cabello liso en la raya, largos rizos rubios a ambos lados, y se puede apreciar una trenza detrás recogida muy arriba por unas agujas. Debe de ser una nueva moda, traída de Barcelona, París o Londres, lugares que nunca visitaré. Sus ojos son claros, aunque a esta distancia no puedo saber de qué color exacto. Suspiro; ya es demasiado tarde cuando me doy cuenta de que ha sido una exhalación mucho más profunda de lo habitual. Mis competidoras son rubias, igual que la señora Ferrer. Soy la única morena y temo que eso me descarte. Esta se aproxima; el olor a rosas que impregna su piel perfora las fosas nasales de una manera que intimida, mucho más que su presencia. El abogado se ha sentado en una silla sencilla y poco cómoda, a mi parecer. Coloca encima de la mesa de caoba que preside la cocina su carpeta de cuero, un pote de tinta y una pluma que sitúa a su derecha; la toca con los dedos como si fueran las teclas de un piano.

—Empecemos —ordena la señora Ferrer.

Sé que su nombre de soltera era Joana Vivet, que hace dieciséis años se casó con Martín Ferrer y que no tiene ningún hijo. Por eso estamos nosotras aquí, para solventar este asunto.

El abogado me lo explicó muy bien; no hay nada que me pueda asombrar a estas alturas y actúo en consecuencia. Es la única salida para que podamos seguir sobreviviendo en un mundo en el que se me prohíbe trabajar. Nadie quiere comprar mis muebles, ni siquiera los pequeños joyeros tallados con flores y figuras geométricas que son la admiración del barrio. No se atreven a comercializar un objeto hecho por las manos de una mujer soltera. Nadie se quiere enfrentar al sindicato de gremios de carpinteros y ebanistas; pueden ser tan feroces como los mismos capataces de una plantación agrícola. Son muchas las personas que vienen de los pueblos a buscar trabajo a Valencia y, al no encontrarlo, se van a Barcelona, que está a pocos días en diligencia, a ver si tienen suerte en una de sus fábricas, o bien pasan la frontera hasta Francia. Mi única opción era, hasta hace poco, entrar a servir en una casa, pero para ello debería tener experiencia y una gran tolerancia con las necesidades de los amos, especialmente de los señores. ¿Trabajar de día y rebajarme por la noche? Para eso prefiero convertirme en una ramera; dicen que se saca mucho más. Me he resistido tantas veces a lo uno y a lo otro... Cómo cambian las cosas; en estos momentos estoy a punto de vender mi cuerpo y mi alma.

Las condiciones son excelentes, comparado con lo que pagan en algunas de las casas de familias nobles. Si consigo el puesto, tengo garantizada una vida sencilla y cómoda. Y, si no, también se me ha prometido una bolsa llena de monedas que nos ayudará a pasar unos meses más antes de que se acabe la dicha y vuelva el inoportuno apetito, aquel que lo fastidia todo. La amenaza de humillarnos y destruir nuestra reputación hasta que no quede nada de nosotras si nos vamos de la lengua ha sido contundente. Si el rumor de esta entrevista se extiende, si una pequeña ranura se abre paso entre los numerosos cotilleos que se oyen en el mercado y en las tabernas, no veremos otro día más soleado que este.

Joana desfila como si fuera la reina y se detiene ante la mujer rolliza con el bebé más molesto que jamás he oído.

—¿Cuántos hijos tienes?



—Este es el quinto.

—¿Todos vivos?

—Todos, señora. —Se erige como una estatua en pleno centro de la plaza mayor, ejemplo de salud y vitalidad.

—¿Todavía estás dando de mamar?

—¡Tiene solo dos meses! —La seguridad en sí misma se desvanece al comprender que eso es malo para ella.

—Es demasiado pronto para volver a quedar embarazada. —Joana se gira hacia al abogado—. Anoté, por favor, que... ¿cómo te llamas?

—Federica Pineda, señora.

—Que Federica Pineda ha recibido lo convenido y que ya no necesitamos sus servicios.

—¡No encontrará a otra como yo, puedo hacer el trabajo mil veces mejor que todas estas!

Nos señala con el dedo tembloroso y los sollozos del bebé son todavía más ensordecedores. El ama de llaves, que hasta ahora estaba escondida entre las sombras, reaparece y la acompaña fuera de la estancia.

—No lo pongas más difícil. —La voz de la señora Ferrer es cortante, ni una pizca de empatía.

María se escabulle debajo de la mesa. Me agacho para conseguir que venga hacia mí sin conseguirlo. Sin que nadie se percate, me sitúo la última en la fila, por miedo al fracaso, supongo; no quiero ser la siguiente en ser rechazada. Le toca el turno a la muchacha de las trenzas. Joana no ha reparado en ella ni dos segundos.

—Lo dejé muy claro, nada de vírgenes. —Se lo dice a su abogado y, por la cara de ambos, la del jurista y la de la chiquilla, parece que es verdad.

—Procedo de una familia muy fértil; tengo cuatro hermanos y seis hermanas todas ellas casadas con varios hijos.

—¿Por qué no han venido en tu lugar?

—No quieren separarse de sus familias.

Joana repasa el cabello de la muchacha.

—Eres demasiado joven e ingenua. Anote que la señorita...

—Rosa Rodríguez.

—Que Rosa Rodríguez ha obtenido lo convenido. Gracias por tu interés. Puedes marcharte.

La mujer de la chepa, que antes nos ha acompañado en el recorrido por parte de la casa, se da prisa en echar a la muchacha. Sus movimientos son tan bruscos que provocan el tintineo de las llaves que tiene bien amarradas en la cintura.

No consigo que María se esté quieta y tampoco que pase desapercibida. Su risa ha llamado la atención de Joana, que la atrapa bajo la mesa, la sube en brazos y le acaricia la cara. Mi sobrina es traviesa en su justa medida y también muy cariñosa; nunca tiene miedo de los extraños a pesar de mis advertencias y las de mi madre. Algo ha visto en ella, porque la besa en la mejilla. Los ojos de la señora Ferrer se humedecen; desde esta distancia sigo sin ver el color, pero puedo

percibir la humedad de sus pupilas.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—María, su señoría.

Esto arranca una carcajada en la mujer.

—¿Y quién es tu mamá?

Contengo el aire. Me mira y le guiño un ojo; espero que recuerde nuestro trato, ya que le he prometido que, si se porta bien, iremos a por chocolate, algo que puedo hacer después de recibir la bolsa con el dinero, me elijan o no. Mi sobrina parece saberse la lección, porque me señala con el dedo. Se agita para zafarse de los brazos de la señora Ferrer, que la deja en el suelo y corre hacia mí. Me tira del vestido para que baje la cabeza y me susurra al oído.

—¿Lo he hecho bien, tía? —Le doy un beso y le tapo la boca para que no siga hablando.

Me tiembla el cuerpo al ver cómo Joana se acerca a mí y mira de soslayo a los dos mocosos que quedan enterrados en las faldas de sus madres mientras se sorben los mocos.

—¿Por qué la niña es rubia y tú morena?

La tan temida pregunta ha llegado.

—Se parece a su padre, que en paz descansa.

—Una viuda, tal y como pedí, buen trabajo. —No me lo dice a mí, sino a ese abogado, tan serio que no hace más que chupar la punta de la pluma antes de mojarla en la tinta. Sus labios se han vuelto negros y a nadie le importa; me pregunto si la tinta será venenosa. Me he contagiado de la curiosidad de mi sobrina; yo antes no era así. Su alegría hace que la emoción me embargue cada día, aunque amanezca pesada y gris. ¡Qué voy a hacer sin ella!

—¡Nosotras también somos viudas! —se apresuran a decir las hermanas. Es mentira o una gran casualidad. Tienen la misma edad, con dos hijos tan parecidos que seguro que han nacido de una sola madre. Son inteligentes; han doblado su oportunidad.

La señora Ferrer analiza a los dos niños y luego el semblante de las madres. Descarta a la hermana más fea. Solo quedamos dos. Tengo la impresión de que se va a decantar por el varón. Todas las familias quieren a un heredero. Nunca se me hubiera ocurrido presentarme al puesto como progenitora de una niña, pero el abogado me confundió con la de María. Insistió tanto y el acuerdo era tan favorable que hasta mi madre, católica y apostólica, no pudo resistirse.

—Solo será un año, o dos como mucho, y luego serás libre —me dijo el día de esa visita tan imprevista.

Espero que me elija y que el tiempo que pase con los señores Ferrer sea breve y pueda mantener mi dignidad intacta. Esa es la mayor mentira que me he dicho a mí misma. Me la repito cada noche e intento creerla.

—Estoy indecisa —murmura Joana.

—Piense en qué le gustaría más a su marido —comenta el abogado con su sonrisa negra.

El agrandar al señor Ferrer se ha convertido en una obsesión para mi madre, que no para de instruirme en los detalles más escabrosos para satisfacer a un hombre. Nunca hubiera imaginado

que llegaríamos a tener estas conversaciones. Sin embargo, la necesidad manda en este mundo donde la riqueza está en manos de tan pocos. Y ella se ha empeñado en que, ya que estoy en esta encrucijada, intente conseguir el corazón de ese hombre. Convertirme en su mantenida sería otra solución a nuestras miserias, pero ¿y si no me gusta? ¿No sería mejor mantener relaciones una única vez y gozar de sus beneficios durante mucho más tiempo?

La respuesta del abogado no ha producido un efecto tranquilizador, más bien al contrario. Me sorprende de lo joven y hermosa que es mi contrincante. Tiene el pelo y los ojos claros, las pestañas largas como abanicos y unos labios tiernos y rosados. En algo se parece a la señora Ferrer, aunque esta tiene mucha más clase. Pero con unas cuantas lecciones...

—¿Cómo te llamas, guapa? —Tal vez quería sonar cariñosa, pero ha chirriado como una rueda de molino estropeada.

—Soledad Jiménez.

—Apunte que se le ha ofrecido lo establecido a Soledad Jiménez; gracias por venir.

—Señora, no puede echarme. Yo puedo darle hijos rubios y ella se los dará con ojos tan oscuros como el carbón.

El ama de llaves la sujeta con fuerza y la expulsa al exterior. Tiene mayor vigor del que imaginaba.

—Tu nombre, jovencita.

—Ana Villalba.

—¿Ana? ¿Por qué no le has puesto el mismo a tu hija?

Ya estamos con las dichosas tradiciones. No tengo miedo; estoy preparada.

—En honor a mi hermana fallecida.

—Espero que no fuera de parto.

—No, señora, de pena.

Me mira como si hubiera dicho algo absurdo y estoy dispuesta a darle las explicaciones que hagan falta, a hablarle del amor de María y Joaquín. La señora Ferrer alza la mano en el aire; percibo que no le gustan estos temas.

—Apunte que la señora Ana Villalba, viuda del señor Villalba —en realidad, mi madre es la viuda del señor Villalba, pero no es de mi incumbencia aclararlo mientras reciba lo que me han prometido—, ha sido la elegida para perpetuar nuestro acuerdo. Enhorabuena. —Se dirige a mí y aprieta los labios, un gesto que refleja su molesta tarea—. Has conseguido el puesto. No espero más de ti que discreción y saber estar.

Agacho la cabeza y me inclino un poco en señal de consentimiento. No me gusta rebajarme ante nadie. Soy la mejor carpintera de Valencia; solía serlo y nunca tuve que humillarme ante ningún cliente; mi padre me enseñó que el orgullo era capaz de conseguir muchas cosas.

Y lo he logrado. María y mi madre no volverán a pasar hambre. Dentro de un tiempo, regresaré junto a ellas y podremos alquilar un piso en alguna planta inferior con dos habitaciones y hasta un pequeño despacho para mis figuritas de madera. Una casa más amplia, con ventanas que se puedan

abrir para respirar el aire de una mañana sin nubes, de una vida sin contradicciones. Pero eso será más adelante.

Firmo el documento despacio y con buena letra, tal y como apuntaba los nombres de los clientes en el cuaderno de papá. Mi compromiso es firme; ya no me puedo echar atrás. Tengo que engendrar al heredero de los señores Ferrer. Me siento optimista por cómo Joana mira a mi sobrina; creo que no le importará si se trata de una heredera.

## Capítulo II

*El futuro tiene muchos nombres.  
Para los débiles es lo inalcanzable.  
Para los temerosos, lo desconocido.  
Para los valientes es la oportunidad.*

Víctor Hugo

Derramo el contenido de la bolsa de terciopelo encima de la cama; la única que hay en un rincón de la sala y que compartimos las tres. Mi madre no cabe en sí de gozo al ver las monedas.

—Intentaré enviarle más desde el pueblo. Según me han dicho, allí tienen los señores una segunda residencia —le comento, avergonzada, pero a la vez ensimismada por la cantidad de reales que permitirán vivir a mi familia sin tener que pedir más limosnas.

—¿A dónde te envían? —Su rostro ha adquirido el mismo color de la cera cuando se quema.

—No me lo han dicho. Solo sé que la casa de los Ferrer está alejada del pueblo.

—¿Mar o montaña?

—Ojalá fuera al lado del mar; sería mucho más llevadero todo.

—¿Qué más te da, Ana, si nunca has salido de las murallas de la ciudad para verlo!

—Pero lo huelo y eso me reconforta.

—Huele a pescado podrido.

Madre siempre dice lo que piensa. Cuando se fue el abogado de los Ferrer, me dejó las cosas claras. Me advirtió que no sería sencillo, que tendría que lidiar con el cielo y el infierno; sin embargo, era lo mejor que nos había pasado desde la muerte a cuentagotas de los miembros más importantes de la familia: primero papá, más tarde el amor de mi hermana se hizo pedazos bajo las ruedas traseras de un carro y, por último, María. La felicidad se nos escapó de las manos y, sin la sonrisa de su hija, no habríamos sobrevivido, porque, aparte del dinero y de la comida, cohabitamos con otra parte esencial de la existencia, el amor, y sin este los Villalba no estaríamos en este mundo; habríamos perecido antes de saber que existía una alternativa: vender mi libertad.

Por muy bonito que lo haya pintado el abogado, los Ferrer no querrán que nadie me vea pasear por los alrededores ni asomarme a las ventanas. Seré invisible hasta que dé a luz a un hijo que nunca será mío. Durante un tiempo seguiré encerrada como hasta ahora, entre paredes más grandes, entre techos más altos, a fin de cuentas, encerrada.

Los ojos de mi sobrina centellean cuando le digo que hoy podremos beber chocolate. ¿Por qué pensar en ese niño que no existe o en esos deberes que me han sido asignados mientras en mi mano sostengo la vida inocente de una hermosa e inteligente niña de ojos claros, de cabello rubio y voz de ángel, tan parecida a su madre? María, mi añorada María.

\*\*\*

Tengo el tiempo justo para despedirme. Mamá se ha levantado muy temprano para ir al mercado y poder cocinar un desayuno como se merece mi partida, pero llega tarde. El coche de caballos me espera en la puerta. Y los vecinos también. El barrio entero se arremolina alrededor del carruaje negro. Es de alquiler y, por eso, no lleva ninguna insignia. No se arriesgarían de ese modo. Retiro las cortinas de encaje de la única ventana que posee la estancia y que, desde que nos mudamos, está atascada. Observo cómo mi madre intenta caminar entre tanta gente. Todos la felicitan, creen que me voy a servir a la casa de un doctor. Hemos preferido no citar a los Ferrer para que no nos vinculen con ellos. Me han prometido que no tendré que limpiar y que me trataran como a una invitada.

Recrimino a mi madre por su tardanza.

—¡No te lo vas a creer! —jadea por los escalones que ha tenido que subir hasta el último piso del edificio—. En toda Valencia no se habla de otra cosa que de la señora Ferrer.

—¿Precisamente hoy? ¿El día de mi marcha?

—Dicen que ha contraído una extraña enfermedad que ataca a los nervios, que está loca y que su marido la envía a otro país para deshacerse de ella.

—¿Otro país?

No lo entiendo; nadie me dijo que debería abandonar mi tierra. Nunca he salido de estas murallas, ni cuando el taller de padre funcionaba tan bien como para permitirnos beber chocolate. Habría sido una insensatez dejar el negocio por un viaje.

Mamá me abraza conmovida; no puedo evitar llorar y asustar a María.

—¿Ocurre algo malo, tía?

Me arrodillo a su misma altura para poder grabar el color de sus ojos. Memorizo su rostro para tallarlo en mi corazón y recordarlo todas las noches. La abrazo con fuerza; sé que pronto volveré a verla, un año, como mucho dos. Seguro que valdrá la pena me repito una y otra vez.

—Con lo fácil que hubiera sido meterla en el asilo de mujeres —insiste mi madre con la expresión alterada—, porque motivos no le faltan, bastante loca tiene que estar para organizar todo esto. —Sus ademanes son cada vez más exagerados y me señala formando un gran círculo alrededor de mi persona. Para ella, a pesar de haberme alentado a conseguir el puesto, soy «esto», lo que ninguna de las dos quiere reconocer.

Noto que mis fuerzas me abandonan. La energía que hasta ahora me sostenía firme en el suelo se deshace a cada lamento de mi madre.

—Hija mía, ¿dónde te has metido?

—Fue usted quien me animó a aceptar el trabajo... —expreso mi indignación en un susurro.

—Tienes razón. —Mamá llora desconsolada—. Es culpa mía. Te he arrastrado hacia la perversión. Estarás sola en un lugar lleno de extranjeros, con sus costumbres absurdas. Nunca me lo perdonaré.

—Cálmese. —Agarro su rostro para infundirle valor, aunque el mío se ha evaporado—. Seguro que todo es una excusa para que nadie extrañe a la señora Ferrer este invierno en la ciudad.

—¿Y si es verdad lo que dicen?

—¿Que está perturbada? Entonces el abogado también y a mí me pareció todo muy profesional cuando firmé los documentos.

La lógica sigue conmigo; es lo que me distingue. Pensar en los pros y contras, realizar una buena evaluación de la situación. Tal y como se hace con una pieza de madera, estimar su valor y calcular la mejor forma de empezar a crear algo útil de ese tronco muerto.

Mi madre intenta respirar por la boca; parece que se va a ahogar; sin embargo, poco a poco, su rostro va adquiriendo color, lejos del blanquecino que llevaba a cuestas desde el mercado.

—¿No hay marcha atrás? —Una pregunta retórica. Ni siquiera sé por qué la plantea cuando lleva la cesta llena de comida con el dinero de los señores Ferrer.

Niego con cabeza. Tal vez sí que están locos, porque lo más fácil habría sido que el señor Ferrer tuviera un primogénito con su amante. Pero no, Joana quiere supervisar todo el proceso. Ser parte de él.

Mamá se limpia las lágrimas; parece que ha recuperado la cordura.

—¡Escúchame, hija! —Me tapo los oídos. No quiero oír un consejo más de cómo se complace a un amante—. Olvida todo lo que te he contado hasta ahora de los hombres. —No entiendo su reacción; los cotilleos le están afectando demasiado—. Ni se te ocurra seducir al señor Ferrer.

—¿Si usted misma me dijo que tenía que conseguir su confianza!

—Porque creía que tendrías una oportunidad de convertirte en algo más que... —A pesar de no tener pelos en la lengua, ahora se detiene y calla.

—No la entiendo, madre, ¿qué quiere que haga?

—Hace días que le estoy dando vueltas y, al escuchar los rumores, me he convencido. Si el marido consiente todo «esto» y, además, le procura a su mujer una excusa para protegerla ante su ausencia, no está loco, sino enamorado.

—¿Qué tonterías dice?

—Tu única baza es tener a la señora Ferrer de tu lado o perderás los privilegios que han prometido.

—No tengo tiempo... Debo irme. Recuerde que las quiero mucho a las dos.

Otra vez los abrazos y lloros; hasta a María se le caen las lágrimas sin saber muy bien por qué. Los nervios de mi madre y mi aturdimiento no ayudan. Mis pies parecen tener alas, ya que no siento la gravedad. Las caras de los extraños me sonrían y me estrechan contra sí, deseándome

suerte; soy la primera desde hace mucho que se va del barrio hacia un futuro mejor.

El respaldo de piel del carruaje es duro, y el frío no desaparece al cerrar la puerta. El traqueteo es débil y monótono, no quiero mirar, ni saludar mientras me alejo de lo que más me importa.

Llevo algunas horas dentro de la calesa y mis sentidos se han agudizado desde que he dejado de escuchar el viento, a la gente. Si la familia Ferrer pensara huir a otro país sería por mar y no oigo las olas ni huelo la sal. Me entra sueño y, para no caer en ese estado de ensoñación, pienso en las palabras de mamá. Cómo un hombre enamorado puede tener un hijo con otra mujer. Tal vez porque le dé lástima la desesperación de su esposa, porque, si fuera yo, estaría desesperada.

Joana Vivet siempre consigue lo que quiere, o eso dicen las malas lenguas, hasta que esos nervios la han traicionado y se especula que el señor Ferrer quiere deshacerse de ella. Utilizó sucias artimañas para casarse con Martín Ferrer. Se escaparon cuando ella tenía quince años y él diecisiete, tuvieron la suerte de que las dos familias eran adineradas y llegaron a un acuerdo. Hasta se rumoreó que Joana pudiera dar a luz muy pronto, mucho antes de lo que se consideraría decoroso. Pero, veinte años más tarde y una larga vida fuera de Valencia, la ciudad natal de ambos, ese bebé todavía está por llegar. Tampoco entiendo por qué me ha elegido. No era la más vieja, aunque tampoco la más joven de las que se presentaron para el puesto. No quería a una virgen, sino a una viuda experimentada. Puedo haber catado varón, aunque para nada soy experimentada y mucho menos en dar a luz. Me santiguo, no por devoción, sino por si acaso Dios observa y se apiada de mí.

\*\*\*

El viaje es mucho más largo de lo que había imaginado. He tenido que pasar una noche en una taberna que olía a orines y poner una silla para obstaculizar la puerta de mi habitación para que el cochero, joven y para nada apuesto, no se colara en mi cama, ya que, aunque me han dado una llave, esta no funcionaba correctamente. Intención de intentar desflorarme, según él, había; no ha parado de repetirlo durante todo el penoso viaje, pero se ha rendido al comprender que estaba dispuesta a montar un gran escándalo. El cochero me ha solicitado prestado para poder pagar su bebida y no me he podido negar. Me he traído algo de la bolsa que me dio la señora Ferrer por si lo necesitaba para alguna emergencia. Lo prefiero borracho y con poco equilibrio a que contenga su fuerza. Durante el trayecto en carruaje, se ha mostrado indiferente, solo hemos parado alguna vez para hacer nuestras necesidades entre los árboles del camino y no ha aprovechado la ocasión para sobrepasarse, a pesar de tener mucha más intimidad que en la fonda donde pernoctamos. Será la comida caliente y la comida lo que lo envalentona.

Este es mi segundo día, y estoy algo mareada por el traqueteo. Por fin, después de varias horas de baches continuos, el viaje llega a su fin. El aire frío de un día a punto de terminar se estampa de lleno en mi cara. Duele igual que una bofetada. Abro los ojos, que he cerrado antes de bajar de la mano del cochero, que retiro enseguida por si piensa que es una insinuación. Huele a pino. Una



casa imponente se alza ante mí. Su techo es puntiagudo; si bien tiene muchas ventanas, no parece muy ancha. A lo lejos, pero no mucho, una gran montaña se muestra como un marco perfecto para esa mansión desolada. La luz anaranjada de los últimos rayos de sol me conmueve. No estoy cerca del agua. Y no sé por qué me empeñaba en querer su proximidad. Respiro hondo. Mejor así, que esta montaña se quede con todo lo malo. Cuando vuelva a casa, prometo visitar el mar y que sus olas cubran mi espíritu, me limpien y se lleven parte de mi memoria de los días vividos aquí.

## Capítulo III

*Cualquiera puede enfadarse, eso es algo muy sencillo.*

*Pero enfadarse con la persona adecuada,  
en el grado exacto, en el momento oportuno,  
con el propósito justo y del modo correcto,  
eso, ciertamente, no resulta tan sencillo.*

Aristóteles

Me recibe el ama de llaves, la misma vieja con la chepa que intenta encubrir con un vestido demasiado amplio para su estatura. Puedo verle las raíces de un sucio amarillento, a punto de convertirse en blanco. No es tan mayor como me pareció al principio, en la penumbra de la cocina de los señores Ferrer en Valencia. Su voz es agradable. Despide al cochero, que vuelve resignado al camino embarrado sin que le ofrezcan ningún trozo de pan o vino para calentarse. No tengo mucho tiempo para admirar la casa por dentro. El ama de llaves, la señora Tusquets, así quiere que la llame, camina deprisa por los pasillos, sostiene la única vela que alumbra el camino, y las paredes forman sombras de nuestras figuras. No puedo calcular el valor de los muebles y los adornos; no puedo saber si la residencia es bonita, aunque imagino que estará igual de recargada que todos los hogares de bien. Choco contra lo que parece un baúl antes de subir por las escaleras. Paso la mano por su superficie. La madera es noble, pero el talle es pobre yo lo habría hecho mucho mejor. Tal y como he advertido desde un principio, las paredes son estrechas y los escalones empinados. Pasamos de largo un pasillo con dos recámaras y seguimos subiendo hasta el último descansillo, en el que vislumbro tres puertas. La señora Tusquets abre la del medio. Me señala la entrada de una pequeña habitación, la que normalmente dejan a las niñeras. Me imagino que las otras dos alcobas son para los niños que deberían haber llenado la casa de risas durante los veinte años de esterilidad de la señora. El ama de llaves coloca la vela encima de un escritorio. Al menos tengo uno, además de una silla y una estrecha cama; alguien se ha molestado en doblar con cuidado las sábanas y una manta. Esto no es lo que me prometieron. No soy una criada. Me quejo y el ama de llaves tiene la desfachatez de contestarme que es la mejor habitación. No soy estúpida; sé cómo son las habitaciones de los señores. Acompañé a mi padre multitud de veces en su reparto y entré en las casas más respetables para dejar los muebles que nosotros mismos habíamos creado; algunos eran mis propios diseños. Cada vez que los dejaba en suelo

extraño, me emocionaba que algo mío se perdiera en un simple intercambio de dinero. Pero así son los negocios. Y los señores Ferrer no están cumpliendo con su parte.

No me muevo del arco de la puerta y la señora Tusquets se incomoda.

—Exijo ver a la señora Ferrer.

—Eso es imposible.

—No me moveré hasta hablar con ella —chillo. Quiero que se percate de mi presencia y de mi disgusto.

—En estos momentos los señores tienen invitados.

—¿El mismo día de mi llegada? Qué poco inteligente por su parte.

El ama de llaves abre los ojos, escandalizada.

—¡Ten un poco más de respeto, muchacha!

—Llámeme «señora Villalba».

—¡Qué desfachatez! ¡Demasiados humos tienes, niña!

—Haga el favor, señora Tusquets, de tratarme con respeto; soy la señora Villalba y no la nueva sirvienta.

Me coge del brazo y aprieta. Sus dedos se marcan en la tela y seguramente pronto en mi piel.

—No eres más que una ramera —susurra; no quiere que el odio se desprenda más de lo necesario.

Consigo deshacerme de sus garras.

—Haga llamar a la señora de inmediato —exijo, tal y como he visto hacer a los clientes de mi padre cuando querían reclamar algo.

No estoy nerviosa, sino muy enojada. Voy a ser la que engendre al heredero de los Ferrer, no una cualquiera.

El ama de llaves baja la escalera, me deja a oscuras y me mantengo en mi posición. Oigo cómo se abre una puerta y las risas se confunden en el aire. Hasta este momento, no he percibido el murmullo. Ni siquiera pensé en la posibilidad de que los Ferrer pudieran ser tan indiscretos como para traer gente a este lugar apartado del mundo la misma noche de mi llegada.

La luz se abre paso; esta vez es más brillante. La señora Ferrer sostiene un candelabro con tres velas encendidas y su rostro queda encuadrado en una pequeña penumbra y, en medio, la claridad de sus ojos. Esta vez puedo ver la intensidad de su color, es de un azul tan magnético que durante un instante no puedo articular palabra. Esta noche está mucho más bella que la primera vez que la vi. Su talle es estrecho y su escote generoso. Sus delicados brazos se esconden tras unas mangas exageradamente abullonadas, adornadas con una pequeña rosa blanca que se frunce en el puño y se abrocha en el antebrazo. He de reconocer que la tela es exquisita y el color rosáceo la favorece. Su nariz es puntiaguda y su tez, inmaculada. Toco mis pecas y mi pelo enmarañado; soy consciente del contraste entre su luz y mi oscuridad, y no entiendo por qué me ha elegido. La duda se acrecienta.

La señora Ferrer alza las cejas, pregunta con la mirada y el entrecejo hundido. Aunque me

siento pequeña ante ella, intento que no se note. Aclaro mi garganta.

—Esta alcoba no es lo que me prometieron.

—No quiere ser una criada —susurra la vieja con chepa al oído de la señora. Y se ríe como una alcahueta.

—Eso es lo que eres, Ana, no hay otra opción que aparentar. —El tono de Joana es el mismo de siempre. Seco, impasible.

—Se me prometieron comodidades.

—¿Acaso esto no es más de lo que tienes en el barrio del Carmen en esa habitación pequeña y maloliente que compartes con tu madre y tu hija?

Si piensa que me amedrentará con solo mencionar a mi familia, lo lleva claro. Sí, la estancia es confortable y espaciosa, teniendo en cuenta que voy a dormir sola en una cama, pero esperaba mucho más.

Joana sonríe ante mi resignación.

—Mañana a primera hora se te asignara tu uniforme y tus funciones. —Se da media vuelta.

—Si voy a realizar dos trabajos, también deberé cobrar el doble.

La señora Ferrer se detiene. La espalda de su vestido tiene forma redonda y el volumen de su falda le impide moverse con agilidad entre las angostas paredes.

—No te preocupes, tus tareas no serán tan duras como para acabar rendida.

—No me preocupa el cansancio. Solo quiero lo que es mío. Si trabajo el doble, quiero recibir lo mismo.

El ama de llaves alza la mano indignada, pero soy más rápida. Dejo mi bolsa en el suelo, con un único vestido en su interior que alterno con el que llevo puesto en estos momentos. Detengo su ataque. Ella es fuerte; yo lo soy más.

Joana nos mira de reojo. No detiene a su criada y eso me enfurece, hasta el punto en que doblego al ama de llaves, que se da por vencida. El orgullo es lo que mantiene a flote a los Villalba. Las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza. El acuerdo está cerrado y la familia me necesita tanto como yo a ellos.

—Hablaré con el abogado en cuanto pueda. —La señora Ferrer se prepara para volver a su pequeña fiesta.

—¿No será mejor que lo consulte con su marido?

No he podido evitar decir la última palabra. Espero una regañina por su parte, una escena violenta por mencionar lo que me está prohibido. Sin embargo, ella sigue su camino, inalterable. La observo alejarse con la luz del candelabro entre sus manos; por unos instantes se aferra a la barandilla y desaparece, dejándome en la oscuridad. El ama de llaves la sigue y yo entro en mi nuevo hogar. La luz de la luna me permite ver el contorno de los muebles. Arrastro la cama fuera de la ventana, por experiencia sé que por sus rendijas se filtran el viento y el agua. La coloco en medio de la sala. Ya está bien por hoy. Mañana moveré el armario y el escritorio. Les encontraré un buen lugar para frenar los recuerdos y las penas.

\*\*\*

Me despierto al alba; la verdad es que me ha costado conciliar el sueño. Camino descalza por la habitación, fijo la mirada en el exterior. Contengo la emoción. La ventana se abre y un poco del mundo que hay fuera se cuelga en el interior de lo que será mi cosmos. Tanto si giro la cabeza a la izquierda como a la derecha veo la montaña. Es pequeña, llena de árboles de hoja perenne de los que cuelgan gotas brillantes. La casa debe de tener un añadido de construcción nueva, ya que al mirar hacia abajo puedo distinguir la cocina a través de sus ventanales. Es amplia y luminosa, algo excepcional que nunca había visto en Valencia, pero puede que en los pueblos del interior sea costumbre o simplemente una excentricidad más de los señores Ferrer. Posee una puerta que da al huerto y el olor a estiércol invade el aire. Desde mi posición, tengo una visión del ajeteo de un nuevo día, y es un alivio que nada me recuerde a mi hogar. No percibo el aroma de la madera recién cortada, ni me pica la piel por el polvo de las astillas. Un picor agradable si lo comparo con el escozor de mi alma.

Encima del escritorio hay un uniforme junto a una cofia. Me sienta fatal. Debo de haberlo heredado de la última sirvienta. Eso me hace pensar que tal vez no soy la primera ni la única. Tonterías. Un plan tan bien ejecutado lleva su tiempo, y la señora Ferrer a estas alturas ya tendría una criatura o dos. Me doy cuenta de que la puerta tiene una cerradura por fuera y eso me preocupa; de momento, nadie ha echado la llave, pero que puedan hacerlo me paraliza y dudo de si todo esto —en mi memoria se asoman los gestos de mamá— vale la pena. Bajo por las mismas escaleras que ayer. Es con la luz de la mañana cuando me percató de que se trata de un ala de la casa descuidada. Antes de continuar hasta la cocina, no hay pérdida, solo es cuestión de doblar a la izquierda como si quisiera dibujar una ele. Me paro ante un pasillo de baldosas rojas y verdes, un camino mágico que ofrece un regalo de lo más singular, una puerta doble de madera maciza con pomos dorados. No distingo el oro de una baratija, pero sin lugar a duda la señora Ferrer sí que lo hará. Y no creo que se haya tomado las molestias de adornar su especial casa de campo con oro falso.

Doblo la esquina y llego hasta el centro de la vida, una cocina limpia, moderna y de lo más compleja. La cocinera se seca el sudor de la frente en repetidas ocasiones con el delantal mientras remueve el chocolate que se está calentando en la chocolatera, un recipiente metálico lleno de agua en el que antes ha rallado varias onzas de ese manjar tan delicioso; por cada onza de chocolate son ciento setenta mililitros de agua. Nunca se me olvidaran las lecciones de mamá, empeñada en convertirme en una buena esposa y, como tal, debo saber cómo preparar algo tan esencial como la bebida más adictiva que existe en España.

La fortuna de los señores Ferrer ha aumentado gracias a la fábrica de chocolate que poseen en Barcelona; por eso no me extraña que la cocinera sude al pensar que van a juzgar hasta el más mínimo detalle cualquier alteración en su textura o su sabor. Otra muchacha algo más joven que yo recibe las órdenes en forma de gritos innecesarios de la señora Tusquets. A esta no le gusta cómo

la joven corta el pan; parece que las rebanadas deben ser más finas. A su lado, varias bandejas de embutidos están listas para ser llevadas al comedor.

El ama de llaves me presenta con mi verdadero nombre, algo que me extraña, pero quieren aparentar total normalidad, así que me encojo de hombros. Nos dirigimos hacia un minúsculo cuarto que parece ser su despacho. Se sienta delante de un secreter y entrelaza las manos, me mira con superioridad, mientras yo me quedo de pie. No hay otra silla en la que recostarse.

Rechazo uno a uno los encargos de la señora Tusquets. No voy a limpiar las chimeneas ni voy a lavar la ropa. Sugiero encargarme de la compra en el mercado, pero la traen directamente a la mansión, por lo que supongo que el pueblo más cercano cae bastante lejos.

—No, ya se lo he dicho, nada de lavar orinales o cocinar.

Esto último podría ser un buen empleo para no morir de hambre y llenarse con las sobras de la despensa; sin embargo, darme de comer es lo único que deben hacer para mantenerme sana y que pueda ofrecerle un bebé robusto a Joana.

El ama de llaves tiene los nudillos blancos de tanto apretarlos mientras sus labios adquieren un tono azulado.

—No sé por qué te consienten tanto.

—Claro que lo sabe. —Se me escapa una sonrisa burlona. No soy una chica insolente; respeto a los mayores, a los que se lo merecen.

Llaman a la puerta; se asoma la misma joven que antes cortaba el pan. Tiene un aspecto enfermizo.

—Los señores han tocado el timbre. —La señora Tusquets por fin deja libres las palmas de sus manos y las levanta en señal de interrogación—. Quieren que se sirva el desayuno cuanto antes.

—¿Y a qué esperas?

—Yo solo ayudo en la cocina.

—¿Me va a tocar otra vez a mí?

Descubro que tanto ella como yo somos las únicas que nos quedamos a dormir en la mansión; las otras dos sirvientas, en contra de las costumbres, viven en el pueblo y solo trabajan en la casa cuando se las llama, como en esta ocasión.

—Yo lo haré —comento, antes de arrepentirme de mis palabras.

Poner la mesa o servir la comida parece un trabajo fácil.

La señora Tusquets hace sonar su ramillete de llaves, pensativa.

—¿Alguna vez has servido en una casa de bien?

—He diseñado y creado muebles para familias de más alta alcurnia que esta.

La mujer levanta la mano. Se detiene. Me evalúa, me juzga. No tiene otra opción.

—El trabajo es bien sencillo: mantén el pulso firme, sirve siempre por la izquierda y retira los platos por la derecha, y nunca hables.

—¿Si me preguntan?

—Contesta con un sí o un no. Mira siempre al suelo o a un punto fijo. Y retírate cuando la

señora te lo ordene.

Asiento con la cabeza. La señora Tusquets se comporta como si hubiera perdido una batalla. No me siento ganadora. Nunca he sido la sirvienta de nadie.

## Capítulo IV

*El valiente tiene miedo del contrario;  
el cobarde, de su propio temor.*

Francisco de Quevedo

Camino por el mismo pasillo de azulejos con formas geométricas verdes y rojas, que me conduce hasta un amplio comedor con un bufé listo para agasajar a los más ilustres comensales; no sé muy bien quiénes son los invitados, pero deben de ser personas importantes. Coloco la bandeja de embutidos en el aparador, junto a una jarra de zumo de naranja, al lado del pan que al final han decido tostar en la cocina. Coloco cuatro tazas de chocolate en la mesa y cuatro vasos de agua para que puedan quitarse el sabor empalagoso y atacar otros manjares. Todavía no hay nadie en la sala y puedo admirar a mis anchas cada una de las sillas talladas con un respaldo de lo más trabajado. Mis dedos se introducen entre las ranuras que se asemejan a las hojas de las flores y siento vivo el pasado en cada una de las yemas.

—¿Qué es lo que tanto admiras?

Doy un respingo y me pongo de inmediato derecha. Es la voz de un hombre. ¿Y si es Martín Ferrer? Nunca he imaginado el rostro de ese individuo al cual voy a tener que complacer. ¿O es a su mujer? Estoy hecha un lío. No debo seducirlo, pero ¿por qué debería hacerlo con mi sola presencia si tiene una mujer tan bella? Realizo una reverencia y vuelvo al sitio que me corresponde en una esquina, a la espera de la llegada de los demás ocupantes de la casa para servirles el desayuno.

—¡He hecho una pregunta, jovencita!

No puedo responder con un sí o un no. Y parece bastante enfadado por que le haya dado la espalda.

—Es un buen trabajo —contesto en voz baja. Se acerca a mí y pone su oído en mi oreja. El olor a tabaco marca el territorio como un perro de caza—. La silla... está bien cincelada. —Me aclaro la garganta.

Poso mis ojos en él. No lo puedo evitar. La decepción es grande, para nada es un hombre atractivo. Más bien insignificante. Lleva pantalones negros estrechos y unas botas altas de montar, camisa blanca y una levita abierta por delante y con el vuelo del talle para atrás. El pelo escaso y blanco que intenta arremolinarse en forma de tupé sin conseguirlo. Grandes orejas y una nariz que



sobresale, y me juzga desde lo alto. Odio cuando los hombres se acercan tanto que invaden mi espacio para que no pueda moverme y huir. Se ríe como una mujer.

—¡Estás chiflada!

—Deja a mis criadas en paz, Lucián.

Sigo la masculina voz que me salva de una encrucijada con un idiota. Sin su intervención, tal vez me habría ganado un castigo divino. En la punta de la lengua tengo un buen improprio que soltarle a ese engreído. ¡Ay, madre! Este sí que debe de ser Martín Ferrer. ¡Maldita sea! Es demasiado apuesto. No debí mirar. Me hubiera conformado con el imbécil que todavía tengo a mi lado evaluando si soy merecedora de revolverse en la paja conmigo.

El que parece ser el señor de la casa tiene el cabello negro tan natural como el carbón. Largo hasta teparle las orejas, pero lo suficientemente corto para seguir la moda burguesa. Sus ojos son de un color oscuro perturbador. Viste de manera exquisita: sus pantalones son menos estrechos, lleva también levita y una corbata de raso anudada al cuello. El olor a jabón de lavanda ha inundado el comedor al entrar, enterrando el fuerte aroma de la tagarnina que desprende ese tal Lucián.

—Solo tengo curiosidad por tu nueva adquisición, porque anoche tú no estabas aquí, ¿verdad, preciosa?

—No —contesto alto y claro.

—¿Y qué es lo que tanto te ha llamado la atención, querido amigo?

Martín se sirve un poco de zumo. El cristal de la jarra al ser levantada es rozado por un rayo de sol y pequeños cuadrados de luz se reflejan en el techo. Me sorprende ante una bóveda recargada con dibujos de ángeles tocando diferentes instrumentos de música.

—Parecía hacerle el amor a una silla.

Martín suelta una sonora carcajada; me desconcierta su despreocupación. Lo había imaginado aturdido y melancólico por el acuerdo que su señora ha concertado para engendrar a su hijo. Me molesta que se burlen de mí de esa manera.

—Mi padre era carpintero; solo estaba contemplando el buen trabajo de su ebanista.

—Misterio resuelto. Por favor, Lucián, deja a la criatura realizar su cometido y relájate.

—Esto es muy aburrido y lo único que me entretiene son estas vistas. —Me señala como si yo no estuviera en la habitación—. No sé cómo puedes pensar en pasar el invierno en este paraje tan perdido de la mano de Dios.

—A Joana le sienta mejor este clima. Además, no está tan lejos de Valencia. Podré seguir con mis negocios desde allí y vendré cada cierto tiempo a verla.

¡¿Nos va a dejar aquí solas a las dos?!

Entran dos damas. Una es la señora Ferrer; da la impresión de que no me reconoce. Actúa con respetabilidad, como si no tuviera ningún secreto que ocultar. Los vestidos de las dos mujeres son demasiado grandes para desayunar con dignidad; se separan de la mesa a una distancia prudente para que todas las faldas superpuestas ocupen su espacio. Se limitan a beber chocolate. Es lo

único que pueden llevarse a la boca sin que se desparrame la comida. Ninguna lleva un peinado demasiado alto, tal vez lo dejen para actos más sociales.

Intento captar alguna señal entre Joana y Martín, algún indicio de su amor. Pero no existe nada que me recuerde la adoración de Joaquín por María. El señor Ferrer tiene la piel aceitunada y un rostro enigmático. Entiendo que a la señora no le preocupe mi pelo. Ver corretear a un crío de piel morena con pecas en la nariz no será tan absurdo después de todo, aunque esas pecas las haya heredado de su verdadera madre. Siempre pueden aludir a un pariente muerto del que ya nadie se acuerda.

\*\*\*

Lo más difícil del trabajo que me he asignado a mí misma es acarrear la cubertería de un lado a otro. Y las carreras para no volver a coincidir con Lucián. Al final, a pesar de mis reticencias, he ayudado a limpiar los cacharros. La cocinera ha dejado toda la comida hecha y se ha ido antes de ponerse el sol.

—Solo hay que calentarla —ha dicho y se ha marchado. Sara, la sirvienta más joven, se ha ido después de servir la cena. Sin miedo, a pesar de que es una noche fría de octubre y no hay luna que pueda iluminar el camino.

La pareja invitada se queda a pasar otra noche y mañana a primera hora tendremos otra vez a Sara y a la cocinera, que, según me he enterado, se llama Marta y está viviendo en pecado con un hombre del pueblo al que todos denominan «el Gallo», tal vez porque le guste picotear más de una gallina a la vez.

Contemplo la redondez del plato que sostengo mientras lo seco con delicadeza; así, me siento parte de un círculo que no tiene salida, tan vacío y níveo que me adormece. Es tranquilizador el silencio que se respira en la cocina. El tintineo de la cuchara que la señora Tusquets remueve contra la taza de porcelana llena de chocolate, la cuarta que toma hoy, resuena como un eco. Los señores se retiran, oigo las risas alborotadas y las puertas que se cierran.

—Ana, ven conmigo, por favor.

Casi dejo caer el plato al suelo. La señora Ferrer ha frustrado mi fantasía de que nada se mueve excepto la cuchara de la señora Tusquets dando vueltas en su taza.

La sigo hasta la escalera del servicio. Agarra mi oreja y me arrastra hacia arriba.

—Ni se te ocurra chillar.

La misma disimulada apatía, aunque esta vez vislumbro una furia interna que dudaba que poseyera. Arreglar que su marido copule con otra me había parecido más bien propio de un carácter totalmente carente de emociones. Al parecer, las tiene.

Me empuja al suelo de mi alcoba. Me siento turbada y restriego la mano por la oreja herida. La noto caliente, a punto de estallar.

—Te quedarás encerrada hasta que aprendas la lección; no puedes tener contacto con mi marido

hasta que yo lo diga.

—¡No lo he hecho! —Me arrastro hasta agarrar sus faldas. Una cosa es vivir prisionera en una casa de grandes dimensiones y otra en una diminuta habitación, aunque tenga una ventana que se pueda abrir—. Por favor, señora, debe creerme.

—Vi cómo lo mirabas y sé lo que pretendes: quedártelo para ti. Pues tengo malas noticias: él nunca sabrá quién eres; vuestros encuentros se realizarán en la más estricta oscuridad, en silencio.

La furia circula por cada uno de sus poros. Nunca creí que Joana Vivet pudiera experimentar celos de mí.

—No me interesa su marido. Los miraba a ambos porque quería comprobar cuánto se quieren y lo feliz que será mi hijo, es decir, su hijo, con ustedes. Tal vez por eso ha notado mi curiosidad, créame, señora, que no debe temer por él ni por mí, sino por el otro. —Cada vocablo que pronuncio lo realizo con notoria afección; mi garganta se seca y mi mente da vueltas en torno a una misma idea: convencerla de que no eche la llave y se olvide de dónde estoy.

—¿A qué te refieres? —Arranca su falda de mis manos; vuelvo a caer al suelo por su brío.

—Lucián, señora, solo sé su nombre de pila; no me reprima por ello, pero no ha dejado de importunarme en todo el día.

—Sí, ha preguntado varias veces por ti. —La ira da paso a un estado de aparente calma.

—No hay hombre en el mundo tan enamorado como el señor Ferrer.

—¿Cómo lo sabes? —La pierdo; sus nervios vuelven a avasallarla.

—Nadie en su sano juicio aceptaría lo que vamos a hacer usted y yo, señora. —Sigo arrodillada, extendiendo los brazos y cubro sus manos con las mías—. Un sacrificio por nuestra familia que solo nosotras entendemos y su marido la complace cuando podría...

Me callo, mejor no seguir. La hendidura en su entrecejo me advierte de que tal vez no entienda la naturaleza de algunos hombres, sobre todo de los hombres ricos.

—¿Qué? ¿Qué podría hacer?

¿De verdad es tan ingenua?

—Después de veinte años de matrimonio y viendo sus ansias de ser madre, el señor hubiera podido traerle cualquier bastardo de la amante de turno.

—Martín no tiene mantenidas. —Se deshace de mi contacto.

—Lo sé —susurro—, porque es un hombre de honor.

La he convencido. Me mira y sonrío, hasta podría jurar que expresa cierta ternura. Me muestra la llave de mi libertad.

—Es por tu bien, Ana, hasta que las visitas se hayan ido.

Corre hacia fuera, la sigo e intento detenerla. Es demasiado tarde, cierra la puerta y oigo el tan temido sonido. La llave gira en el cerrojo. Araño la madera y chillo su nombre.

—¡Joana, no lo haga, por favor!

Es la primera vez que mi mente me traiciona; pronuncio su nombre en voz alta, una insensatez, un insulto al linaje de la familia Ferrer.

—Es por tu bien, Ana —repite. La siento al mismo nivel del suelo. Ya no puede quitarme nada más. Excepto a ese hijo que no ha nacido y al que cada día le tengo más resentimiento. El rostro de mi sobrina María se aparece entre el rencor y la pena. Vuelvo a recordar por qué estoy aquí, vuelvo a recuperar mi ego perdido, el orgullo de los Villalba.

## Capítulo V

*La mayoría de los hombres son como hojas que caen  
y revolotean indecisas, mientras que otras son como los astros:  
siguen una ruta fija, ningún viento los alcanza  
y llevan en su interior su propia ley y trayectoria.*  
*Siddhartha*, de Hermann Hesse

La señora Ferrer cumplió su palabra y, en cuanto las visitas se hubieron ido, me liberó. Pero, cuando volvió el señor con más invitados, tuve que permanecer otra vez recluida en mi jaula. Cada vez que oía girar la llave, mi corazón palpitaba feroz hasta que la cabeza rubia de Joana se asomaba por la puerta.

«Lo siento», me decía con la mirada y yo comprendía que todavía no había llegado el momento.

El señor Ferrer se marchó hace tres semanas y ya no ha vuelto. La vida es relajada pero muy aburrida. Tanto que hasta la señora Tusquets se sorprendió cuando me ofrecí a ayudar en la cocina. Corto zanahorias, pelo las judías y preparo chocolate. Nuestras meriendas son largas. Nos juntamos las tres: Sara, la señora Tusquets y yo. La cocinera, en cuanto puede, se marcha a toda prisa. Permanecemos en silencio. El ama de llaves no se fía de mí; todavía me cree una descarada y tal vez no se equivoca. Saboreo el cacao en mi paladar y me siento segura, en paz. También ayudo a Sara a lavar y a tender la ropa; así nos escapamos de las constantes reprimendas de la señora Tusquets; nadie sabe su nombre de pila y no he visto ningún anillo en su dedo o colgado de su cuello. Cuando papá murió, mi madre nunca pudo quitarse la alianza; el dolor era demasiado grande.

No es que Sara tenga una conversación de lo más interesante; no conoce ningún rumor de la familia ni del pueblo. No sé si es una niña de lo más simple o se hace.

El ambiente en la casa cuando no está el señor es informal. La señora Ferrer se viste con una falda azul y una fina camisa blanca de la que sobresalen unas mangas afaroladas con un pequeño volante, encima el justillo, y sobre él un pañuelo de cuello parecido al que llevamos las criadas, tanto que hasta podrían confundirnos. La diferencia es que ella se entretiene con lo que más le gusta: la lectura y el vino, en lugar de cocinar o arar el huerto. Una podría pensar que una mujer de su nivel tendría muchas tareas, como organizar la casa, los menús de la comida o distraerse con el jardín delantero, que está bastante abandonado. Pero ella prefiere encerrarse en la biblioteca, una

sala contigua al comedor y a la que se accede con facilidad desde la puerta principal. Se sienta en un sillón al lado de la chimenea, con una manta, un libro y una botella del mejor vino que hay en la despensa. Siempre creí que los ricos tenían estanterías llenas de esos grandes tomos de cuero con incrustaciones de letras doradas para aparentar, como siempre suelen hacer, y quedar por encima de los demás, una de sus más fervientes aficiones. Bien lo sé. En cuanto dejaba una cuna con un simple sonajero en la casa de un comerciante adinerado, venía su competencia más directa a encargarse del mejor y más grande sonajero que se hubiera visto; no entendían que la cuna era el encargo y lo otro un presente. Me gusta tallar piezas pequeñas, animales de granja, perros, gatos, hasta ratas, como si fueran personas. El favorito de María es un pequeño ratón que tallé inspirándome en el cuento de *La Ratoncita presumida*. Pero aquí no hay buena madera y los cuchillos de cocina son un asco. Traté de convencer a la señora Tusquets de que pusiera una navaja en la lista de la compra que cada mes traen desde el pueblo. Se rio en mi cara. Así que, de momento, me conformo con algún que otro paseo por los alrededores. No he pedido permiso y tampoco nadie me lo ha impedido. Solo Joana, una tarde, me preguntó de dónde venía desde la biblioteca, cuando me vio con los mofletes acalorados.

—De caminar; debería probarlo alguna vez —me atreví a aconsejarla, en vista de lo pálida que estaba y el poco efecto que el alcohol hacía en ella. Volvió su atención al libro y, después de unos segundos esperando una regañina por mi insolencia que no llegó, subí hasta mi habitación.

En el alfeizar de la ventana tengo colocadas algunas piezas de las que no estoy orgullosa; hago lo que puedo para no morir de apatía. No es que esté desesperada por catar a un hombre. Si mi madre y mi sobrina pudieran estar conmigo, me conformaría con una vida así de monótona. Pero el tiempo pasa y temo que la paciencia de la señora Ferrer también. Me produce cierta desazón pensar que esa manía que tiene el señor de llegar siempre con importantes inversionistas para esa segunda fábrica de chocolate que está pensando construir en Valencia, rumor que cercioró Joana una noche en la que la ayudé a acostarse en su cama de lo bebida y melancólica que se encontraba no sea más que una excusa para dilatar el plan de su mujer y que quede en el olvido. Entonces, yo deberé partir sin mi dinero y de vuelta a los problemas de siempre, el hambre y la agonía por un futuro incierto.

Hoy llueve, me siento como un pájaro enjaulado sin mi paseo diario. La mayoría de veces me acurruco bajo un árbol y paso las horas tallando sin ningún tipo de objetivo, con un simple cuchillo de cocina que he conseguido afanar a escondidas de la señora Tusquets; a veces salen gusanos, otras veces mariposas.

Sigo la línea de las baldosas de la entrada y, como en un laberinto, me pierdo entre sus ramificaciones. La puerta de la biblioteca está abierta, como siempre. Así controla Joana lo que pasa en la casa; cada ruido distinto al habitual logra que olvide las historias de esos libros a los que tanto apego tiene, y husmea como un perro a la caza de un problema. Lo más habitual es que la señora Tusquets esté malhumorada y acribille a la pobre señora Ferrer con exigencias de que ni Sara ni la cocinera están a la altura. Que se queje de mí está a la orden del día. Sin embargo, hoy

el ama de llaves se ha encerrado en su habitación, justo entre la cocina y su despacho. La lluvia le provoca jaqueca; ojalá lloviera cada día, pero entonces yo me quedaría sin mi paseo. Me estoy acostumbrado a la montaña. Recoger piñas es una nueva afición; todavía estoy pensando qué hacer con ellas, algo útil y a la vez llamativo.

Alguien resopla en mi nuca. Es Joana, que me mira con los brazos en cruz.

—Me pones nerviosa, Ana, haz el favor de estarte quieta.

—Si no he hecho nada, señora. —Me inclino, otra de las costumbres que estoy adquiriendo.

—Te veo desde la biblioteca y no aguanto tus lamentos.

—No he abierto la boca.

—No hace falta; es como si tu voz se hubiera colado en mi cerebro.

Si de verdad conociera lo que pienso de ella en estos momentos, no estaría tan tranquila parada ante mí.

—No pongas esa cara. —Por primera vez, la veo sonreír de manera genuina; es más bien una mueca con un final menos triste que otros—. Charlemos, así no prestarás atención a la lluvia y pararás de dar vueltas como un animal enjaulado.

La señora Ferrer arrastra una butaca hasta la chimenea, al lado de la suya. Me tiende la manta, pero la rechazó. Mi pie repiquetea en el suelo. No me siento cómoda mirando el fuego sin nada más que hacer. Me enseña el libro que está leyendo.

—*Romeo y Julieta*. ¿Lo conoces?

Niego con la cabeza. Qué nombres más raros.

—Son italianos, dos familias enfrentadas. —Tal vez sí que pueda leer mis pensamientos—. Me encanta Shakespeare, ¿y a ti?

Otro nombre de lo más extraño. Fija su mirada demasiado rato en mí, tal vez espere una respuesta. Me encojo de hombros.

—Lo único que he leído son los nombres de los clientes de la carpintería.

Se compadece; lo que me faltaba.

—¿Has ido alguna vez al teatro?

Vuelvo a negarlo. No sé qué pretende, si humillarme o darme una lección. Cuando tienes un negocio, no hay tiempo para ir al teatro; o trabajas o duermes.

Sus ojos brillan y me explica una historia de lo más rocambolesca. Que si Julieta se bebe un veneno que no la mata y Romeo sucumbe a la muerte porque cree que ha perdido a Julieta. Y luego ella se muere, pero esta vez de verdad.

—¿Crees que existe un amor tan puro como el de Romeo y Julieta?

¿Es que se trataba de una historia de amor? Con lo fácil que hubiera sido que se escaparan los dos desde un principio, tal y como hizo la señora Ferrer.

—Creo que un amor es más bello si ninguno de los dos muere.

Ella ríe; es la primera vez que oigo ese sonido salir de su garganta. No sé el motivo, pero me gusta verla feliz y siento crecer de nuevo las alas perdidas de una libertad que la pobreza me

arrebató.

—¿Amabas a tu marido, Ana?

—Con todo mi corazón. —Mi hermana así me lo confesó en muchas ocasiones.

—¿Crees que, si tu marido no hubiera muerto tan joven...? Porque era joven, ¿no?

—Veintitrés años, señora, cuando subió al cielo. —Y veintidós tenía mi hermana cuando no pudo soportar su pérdida y dejó de comer. No fue tan dramático como *Romeo y Julieta*, pero para nosotras significó una tragedia peor que si hubieran decidido morir a la vez.

—¿Crees que, si tu marido no hubiera muerto a esa edad, lo querrías igual después de veinte años?

—¡Claro que sí, señora!

—¡Qué ingenua!

—¿Acaso no quiere usted al señor Ferrer?

—Querer es distinto de amar.

—Su historia es muy parecida a la de Julieta, pero con final feliz; ustedes dos se escaparon y pudieron sortear los obstáculos hasta convertirse en marido y mujer.

—Y vivieron felices y comieron perdices... —Ironía o melancolía, no lo distingo bien.

Cae un tronco de leña encendido al suelo, lo recojo con el atizador. El viento arrastra hasta las ventanas gruesas gotas de agua que se deshacen en lamentos.

—No me escapé con Martín Ferrer —dice Joana y rompe el sosiego de la tarde—, sino con su hermano.

Sin querer, abro la boca y la cierro tan rápido como me permite el decoro. Joana Vivet acaricia el libro que contiene esa extraña historia de amor que ella anhela.

—José Ferrer me convenció para fugarme con él hasta un pueblo del norte. Estaba enamorada y creí que él me correspondía. Pero lo único que quería era que viera a una matrona de allí. Me dieron algo de beber para calmar los nervios y, a las pocas horas, me desangraba. Me abandonó, Ana, y creí morir de amor. Hasta que Martín me encontró y me salvó de un destino fatal. Estuve tres meses en cama; mis padres decidieron simular que se trataba de neumonía y sus amigos así lo creyeron, una excusa que me ha venido muy bien a lo largo de los años para huir de Valencia. Cuando me recuperé, todo estaba acordado. Martín y yo nos casaríamos; él heredaría el negocio de su padre, y su hermano, el menor, huyó todavía más lejos al enterarse de que querían meterlo a cura. No volvió a por mí.

Nunca me había contado un chisme una persona involucrada en él. Cómo disfrutaría mamá en mi situación. No es que no lo esté saboreando, aunque hay algunos cabos sueltos que no acabo de comprender.

—¿Cómo la encontró el señor Ferrer?

Se humedece los labios. No parece arrepentida de su confesión; sin embargo, percibo que lo que quiere contarme pesa más en su conciencia.

—¿Cuántos años tienes, Ana?



—Veinticuatro, señora. —Dieciocho cuando murió mi hermana, más seis años que tiene mi sobrina.

—Me haces sentir vieja.

—Con su belleza jamás podrá serlo.

Frunce el ceño. Para una cosa buena que digo...

—Con los años te das cuenta de que no es más que una maldición.

Vuelvo abrir la boca; solo me faltan castañas para asar, como si estuviera en una de esas tertulias de las mujeres del gremio de carpinteros. Mientras los hombres hablaban de sus asuntos, las mujeres disfrutábamos con los chismes comiendo castañas asadas.

—Martín es un hombre bueno, siempre hace lo correcto. Antes de huir con su hermano, le pedí que fuera nuestro testigo de bodas, porque realmente creí que nos íbamos a casar en una hermosa capilla en un pequeño pueblo donde los aldeanos nos tirarían arroz y nos desearían un largo y feliz matrimonio. Nos conocemos desde niños y la confianza siempre ha sido nuestra gran aliada. Al enterarse de nuestros planes, Martín me reprochó mi actitud y luego se negó a ser parte de lo que creía una locura. Se arrepintió, pero llegó demasiado tarde. Tanto que la sangre de mi cuerpo ya no era mía, y perdí al bebé.

—¿Y usted se lo echa en cara?

—Al contrario. Me martiriza. Por culpa de todo aquello, no puedo darle hijos; quedé inservible.

—¿Y aun así se casó con usted?

—Ya te he dicho que Martín siempre hace lo correcto.

—Lo correcto no es casarse con una mujer que no puede darle hijos.

—Entonces, ¿qué es? ¿Estúpido?

—Un hombre enamorado. Creo que él siempre la ha amado en silencio, desde niños.

—¿Qué sabrás tú de nuestras vidas!

—Conozco a un hombre cuando está...

—No vuelvas a repetir esa palabra; desde que te la oí decir me quita el sueño.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Porque no es verdad. ¿Cuántas veces te buscaba tu marido para hablar, besarte o tocarte?

—No me quitaba las manos de encima. —Utilizo la misma expresión de mi madre cuando se quejaba de mi padre y luego se reía como una colegiala.

—Martín nunca me ha buscado, ni besado, ni me ha hecho el amor como lo hacía su hermano.

—Pero el señor José no la quería; la abandonó.

—Martín es frío y solo me utiliza para presumir de mi belleza, una esposa perfecta incapaz de ser madre.

—¿Y por qué ha consentido lo nuestro?

—¿Todavía no te has dado cuenta? ¡Él no sabe nada de nuestros planes!

Lo que yo temía.

—¿No se lo ha contado? ¿Y a qué espera? ¡Tiene que explicárselo cuando vuelva, decirle que yo estoy aquí!

—¡Desgraciada! ¿Cómo te atreves? ¡Por eso no quería que lo vieras! ¡Todas sois iguales, solo deseáis meteros en su cama!

Lanza la botella vacía de vino contra el suelo; los diminutos cristales verdes se confunden con el mosaico. Tira de mis piernas con violencia y mi trasero se da de bruces contra las frías baldosas. Suelto un aullido que nadie oye o que simulan no oír. Me arrastra hasta la entrada.

Pataleo sin mucho convencimiento. No quiero hacerle daño, no por compasión, sino porque, si ella cae herida, seré la única culpable; seré despedida sin derecho a contar mi versión. Poco importa si ella se ha vuelto loca. Es la señora y no hay nada más que discutir.

—¡Estoy aquí por usted, para seguir sus normas! —Intento que oiga mi voz por encima de la suya.

Me empuja al exterior, la lluvia empapa mis ropas y las vuelve pesadas. Cierra la puerta y me abandona. Levanto la cabeza y, con la lengua, recojo el agua fresca. Pasan unos segundos y nadie viene en mi ayuda; miro por el cuadrado de cristal que adorna la entrada. Joana está sentada en el suelo.

—¡Se lo suplico, señora, debe creerme, no me interesa tener ninguna relación con Martín Ferrer! ¡No quiero estar con él!

Una fina ranura se abre, dejando el espacio suficiente para meter mi pie e impedir que la puerta se cierre del todo.

—¿Y por qué aceptaste? —Joana está más calmada; sus ojos se humedecen.

—Usted vio a mi María, ¿qué no haría una madre por su hija?

Me deja pasar.

—Tú me entiendes, ¿verdad, Ana? —Asiento, no muy convencida. Prende mis manos entre las suyas—. Un hijo es la esencia misma de la vida y es injusto arrebatarle a una mujer la dicha de ser madre. Por muy estúpida que haya sido en el pasado, no me merezco esto.

—¡Claro que no! —Me siento como un frágil animal entre las garras de un águila. Las he visto en algunas ilustraciones y no dan tanto miedo como la señora Ferrer.

Volvemos a sentarnos en las mismas butacas al lado de la chimenea. Los cristales rotos siguen ahí, como muestra de la ira que anida en Joana. Está furiosa porque ella no puede tener hijos y yo sí. Me necesita y me desprecia. Y no sé cómo conseguir que confíe en mí. Que no deje que su marido siga ignorando su voluntad.

Un nudo en la garganta empuja hacia arriba; las emociones quieren ser liberadas, pero me resisto. Sé que a veces soy demasiado impulsiva, y mis palabras nunca son las acertadas; normalmente, se malinterpretan, de tal forma que acabo encerrada. Tanto da dónde, si en el interior o en el exterior, sigo presa.

—¿Se encuentra bien, señora Ferrer? —Tirito de frío, todavía tengo las ropas húmedas pegadas a mi piel; sin embargo, no quiero perder mi oportunidad de arreglar mi permanencia en esta casa.

Joana me mira otra vez con ese especial rictus en su rostro que no sé cómo interpretar—. Debería escribirle una carta urgente a su marido, expresarle su dolor y su necesidad de ser madre a toda costa. No creo que él se dé cuenta de lo importante que es para usted.

—¿De qué serviría, querida Ana? —Si fuese tan querida, no me hubiera arrastrado por el suelo.

—El señor Ferrer siempre hace lo correcto. —No soy capaz de entender la relación que hay entre ellos, pero un hombre no se casa con una mujer que ha sido profanada por otro solo por deber; debe existir algo más.

\*\*\*

He pasado dos días congestionada; por suerte, la fiebre no ha querido hacer acto de presencia y he podido continuar con mi rutina, a pesar de lo latosa que se ha puesto la señora Tusquets para que repose. No es amabilidad lo que se desprende de su ofrecimiento, sino precaución ante una propiedad de los señores. Soy consciente de mi deber en este acuerdo, pero, aun así, me desespera ser considerada como un objeto por parte del ama de llaves. La que más debería entender mi situación, dado que no creo que proceda de una familia acaudalada, es la que peor me trata.

La señora Ferrer no ha salido en todo este tiempo de su habitación; cada vez que intento llevarle una bandeja con comida, la estampa contra la pared. Tiene la mesa del escritorio llena de bolas de papel y las manos manchadas de tinta. Se ha pasado estos dos días en camisón, sin lavar y sin peinar.

Preparo chocolate; es hora de la merienda. Me gustaría llevarlo a la montaña y beberlo sola, sin la compañía de la señora Tusquets removiendo sin cesar la cucharita en su taza de porcelana. Pero así es mi rutina; nada sería igual sin ese tintineo y sin las miradas cruzadas de Sara, que se ríe con disimulo ante mi crispación.

Oigo otra vez los chillidos de la señora; esta vez llama a la criada. Veo correr por el campo a la chiquilla, ataviada con un chal de lana y alza al viento un sobre anacarado con el sello de la familia. No soy mucho de rezar; se me olvidaron las oraciones al morir mi hermana. Esta vez me santiguo. Espero que la carta llegue a manos del señor Ferrer y le conmueva tanto como los dos días que la señora ha sufrido escribiéndola.

La figura de Sara desaparece tras la silueta de unos árboles y, en su lugar, una carreta tirada por un caballo se tambalea hacia la casa. Llamo a la señora Tusquets alarmada. Desde que estoy aquí, no hemos recibido ninguna visita, a excepción de los invitados de Martín Ferrer.

—No es más que el repartidor; viene con la compra del mes. Ya era hora, tenemos la despensa casi vacía. Sal fuera y espera al señor Hernán.

Dejo el calor de la cocina, me coloco la cofia que me obligan a llevar y que siempre intento olvidar adrede en cualquier rincón de la casa. Me ato en un lazo el delantal blanco que me convierte en una mujer decente y salgo al exterior. El viento cada vez es más frío y se cuela por el

interior de mi falda; esta se hincha y no puedo resistir reírme. La carreta se detiene ante mí y un chico delgado y de rostro afable sostiene las riendas. Baja de un salto y estrecha mis manos; danzamos con el viento.

—¡Qué dulce sorpresa encontrarte aquí! —No sé quién es ni tampoco por qué está tan emocionado, pero me hace feliz por unos instantes.

—¡Ximo Hernán! ¿Dónde está tu padre? —chilla colérica la señora Tusquets.

Me suelta de golpe y caigo al suelo sin poder parar de reír.

Ximo es el nombre que se utiliza en mi tierra para referirse de manera coloquial a todos los que se llaman Joaquín. El corazón me da un vuelco. ¿Será el destino que pone ante mí a un hombre tan bueno y enamorado como era el marido de mi hermana? ¿Una segunda oportunidad que me envían desde el cielo? Ximo se quita la boina y su pelo castaño brilla en la sombra.

—Lo siento, tenía un asunto urgente.

—¡Se requirieron los servicios de un hombre, no de un mocoso! —La señora Tusquets me indica con un gesto que corra a su lado, cosa que no hago, como si estuviera temerosa de que sucediera algo indecoroso.

—Le pido mil disculpas en su nombre, pero por otro lado creo que ha salido ganando —me guiña un ojo—, soy más rápido y más fuerte.

Ximo se apiada de mí y vuelve a tocar mis manos, las acaricia antes de levantarme del suelo y sus ojos marrones con pequeños reflejos dorados consiguen que flote.

—Hay una fiesta en el pueblo —susurra.

Me sonrojo.

—Parece divertido. —La aguda voz de la señora Ferrer me sobrecoge; el vello de mi nuca se eriza.

—¡Pero qué ven mis ojos! —Ximo, poseído por algo más que pura vitalidad adolescente, acaricia los rizos de Joana—. No hay nada más hermoso que un ángel perdido.

Extiendo mis brazos para detener la calumnia del pobre diablo, al mismo tiempo que la señora Tusquets. Se va a llevar un buen azote por su impertinencia y más cuando se entere el señor.

Joana pestañea coqueta y se escabulle de sus atenciones.

—Ana, ¿quién es este joven tan apuesto?

—Ximo Hernán, el repartidor. —La inseguridad invade todos los poros de mi piel.

—No te confundas, Ana —me reprueba el mozo—. Soy el dueño de la tienda de comestibles del pueblo.

—El hijo —alzo mi voz con tono insolente.

—¿Sois hermanas? —pregunta para enredar.

—Quizá. —La señora Ferrer se humedece los labios. Estoy tan asombrada por su comportamiento que no puedo dejar de abrir los ojos ante cada uno de sus comentarios como una simplona.

—¡Qué suerte he tenido al encontrarme contigo, Ana, una belleza oscura y misteriosa! ¿Y cómo

debo llamar a la divinidad que irradia luz con esos ojos tan claros que parecen traspasarme el alma?

—¿Cómo un chico de campo sabe tantas palabras halagadoras?

—Me gusta leer, señorita.

—Ya tenemos algo en común. Soy Joana. —¿Se inclina ante el chico como una vulgar pueblerina!

—Joana y Ana. Me siento como un falso dios entre la luz y la oscuridad.

¿Por qué tengo que ser la oscuridad? La nota velada que nadie escucha, pero la que todos tienen presente. ¿Por qué ella es la luz? El color, la vida...

—Hay un baile la semana que viene; podría recogeros y traeros de vuelta antes de que vuestra ama se entere.

La señora Tusquets, petrificada ante el irracional comportamiento de la señora Ferrer, no se mueve ni parpadea. Me acerco a ella y le pellizco el antebrazo. Por fin reacciona.

—Basta ya de cháchara; hay que descargar. ¡Deprisa! Y mejor que no vuelvas por aquí, Ximo, si no quieres que el patrón se entere de que vas detrás de las criadas.

—¿Por qué hace esto, señora? —le susurro al oído a Joana cuando el muchacho carga con dos cestas llenas de frutas y sus músculos se marcan en la camisa.

—Para vigilarte, querida, necesito que te mantengas a buen recaudo hasta completar tu misión.

Ya comprendo por qué tanto énfasis en que el señor Hernán acudiera a la casa y no su hijo; querían un viejo y no un joven apuesto con el que tentarme, como si fuera un animal en celo.

Recojo una caja llena de vino. Cabernet, el preferido de la señora. Pesa demasiado y Ximo se dirige hacia mí para ayudarme. En su camino se interpone Joana y contribuye a cargar con parte de la caja, que se tambalea.

—¿Es normal entre vosotros que un chico corteje a dos mujeres a la vez? ¿Cómo lo hacéis? ¿Os peleáis por él o lo decidís a suertes? —murmura mientras se rasca la nariz y deja que las botellas se tuerzan hacia un lado.

—¿A qué se refiere con «vosotros»?

—Los criados.

Dejo la caja en el suelo, furiosa.

—¡Nunca he sido una criada!

—No hace falta que te enfades. Según tenía entendido, los pobres sois menos dados a las tradiciones, hasta algunas parejas viven amancebadas con hijos y nadie se opone.

Mascullo una blasfemia entre dientes. Soy pobre, y tiene razón, existe una barrera, nosotros y ellos. La señora Ferrer se adueña de una botella de Cabernet y sugiere que la acompañe a la biblioteca antes de que Ximo pueda despedirse. Oigo cómo chilla nuestros nombres.

—¡Diosas de la luz y la oscuridad, estad preparadas, os vendré a buscar para el baile!

Joana retira las cortinas de encaje de la ventana de la biblioteca lo justo para no ser vista y observa con detalle al muchacho.

—No entiendo qué le pasa. ¿Cuántos años debe de tener, veinte? ¡Podría ser mi hijo!

—¡O mi hermano pequeño!

—Deben de ser muy feas las mujeres del pueblo, ¿no crees, Ana?

Escupo el vino que me ha obligado a beber la señora y unas sonoras carcajadas nos unen y nos separan.

—Ve a buscar otra botella —me ordena.

—No debería beber tanto, señora.

—Y tú no deberías dejar que te cortejaran de esa manera.

—Creo que, más bien, la cortejaba a usted, diosa de la luz.

Sonríe melancólica y se deja caer en la butaca. Sus ojos se cierran y respiro aliviada. Me inunda una necesidad imperiosa de tallar una figura, un lobo disfrazado de piel de cordero.

## Capítulo VI

*Yo juro que vale más ser de baja condición  
y codearse alegremente con gentes humildes,  
que no encontrarse muy encumbrado,  
con una resplandeciente pesadumbre y llevar una dorada tristeza.*

William Shakespeare

La oscuridad se cierne sobre la casa, traspasa las paredes y se propaga por cada una de las estancias. Mi habitación es fría; no tiene chimenea como la alcoba de los señores. Solo me acompañan las diminutas figuras que me entretengo en tallar durante mis paseos por la montaña. Me recuerdan un poco a mi hogar. Tengo una imagen difusa de lo que antes fue mi casa, la carpintería, y mucho más desdibujado se muestra el piso de alquiler donde ahora duermen María y mi madre. Procuro atesorar cada día sus rostros. Han pasado tan solo tres meses desde mi llegada a esta casa, un periodo no tan corto si lo comparo con la apatía de los días de encierro vividos junto a Joana, que me nublan el sentido. En realidad, ella es la que se ha secuestrado a sí misma a la espera de la llegada de su esposo. Todavía cree que las palabras que quedaron grabadas en una carta también hicieron mella en Martín. No hemos tenido noticias de él, ni a través de ningún mensajero, ni tampoco nos han llegado rumores. Intento que Sara sea un poco más habladora en cuanto a lo que sucede en el pueblo, pero ni ella ni la cocinera sueltan prenda.

El vino se ha convertido en mi nuevo ritual nocturno. Acompaño a la señora Ferrer en su apego; se empeña en no beber sola y, además, quiere que le dé conversación. No me importa convertirme en su pasatiempo si eso me permite calentarme en la chimenea de la biblioteca, que siempre está encendida. Me siento a gusto en ese sillón que se ha convertido en parte de mí. Acurrucada con una manta, miro cómo a la señora se le cierran los ojos al mismo tiempo que balbucea palabras sin sentido y en las que siempre se intercala una que suena clara y con fuerza: «Martín». Le sostengo la copa que está a punto de caer al suelo y arrincono las botellas vacías. Hace tiempo que no se pasa el polvo, que no se friega ni se recoge la cera de las velas. Sara solo viene para limpiar la ropa; no hace nada más ni nada menos de lo que le exigen. Hace tiempo que el ama de llaves permanece encerrada en su habitación, por lo que no hay nadie que la incordie. Tanto Sara como Marta trabajan lo justo. Se van temprano y la casa se siente tan sola...

—¿Por qué la señora Tusquets no sale de su cuarto? —le pregunto a Joana, que se acurruca

como un gato en su butaca

—Es el láudano, la deja bastante aturdida —ronronea, mientras se esconde bajo la manta.

—¿No deberíamos llamar al médico si está enferma? —No me cae bien esa vieja jorobada, pero temo que, si la cosa continua así, sea yo la que tenga que asumir las funciones de una criada y, por nada del mundo, me rebajaré a dicha humillación.

—Perdió un hijo por estas fechas y cada año se trastoca; luego vuelve a ser la misma.

Me ha dejado más inquieta que antes. No tengo reparos en sonsacar a la señora lo que ella no quiere contar; cuando está ebria, es fácil que divague entre recuerdos y fantasías de juventud. A veces me cuesta discernir lo que es verdad y lo que no. Joana ronca. Ya no puedo saber lo que sucedió.

La tranquilidad vuelve a mí como un manto de seda que me acaricia; estiro mis extremidades y avivo el fuego. Saboreo el vino en mi paladar y el gusto de la uva madura me reconforta. A pesar de lo exasperante que es la soledad, me encuentro relajada. Tengo que realizar un gran ejercicio de voluntad para recordar por qué estoy aquí. Existe una sombra sobre lo que se supone que debe ser mi misión. Sin embargo, es algo borrosa, al igual que mis recuerdos. Voy a regalar un hijo a una mujer que lo necesita tan desesperadamente que es capaz de ingeniar un plan de lo más extravagante para proporcionar, a la vez, un heredero a la familia Ferrer. Es algo hermoso saber que haré feliz a una persona y me niego a pensar en el cómo, cuándo y dónde. A veces, entre copa y copa, la imagen de mi hermana embarazada se me aparece, envuelta en una niebla que esconde su sonrisa. Las fuerzas me abandonan y me limito a cerrar los ojos, dispuesta a dejarme llevar por el destino que yo misma me he trazado.

\*\*\*

Últimamente, me duele la cabeza más de lo habitual, y mis paseos a la montaña, que Joana encuentra de mal gusto, se han convertido en una necesidad para despejarme del cargado ambiente de la biblioteca. La señora Ferrer exige que esté junto a ella el máximo tiempo posible. Ya no me mira como competencia, ya no se exaspera por mi aspecto. Los celos infundados que a veces la sobrecogían han dado paso a una especial camaradería. Ella me habla de libros cuyos autores extranjeros suenan como guijarros, tan difíciles de pronunciar que evito repetirlos para no parecer estúpida. Me cuenta historias estrafalarias de hombres con poderes sobrenaturales, de dioses que habitaban la tierra hace siglos, mucho antes de que Cristo naciera, de mujeres medio desnudas que se paseaban a su antojo con túnicas blancas. De musas que inspiraron a grandes pintores. Y, cuando le recrimino que una dama no debe tratar esos temas, se ríe y me amonesta.

—Es historia, Ana, y una mujer debe saber de estas cosas para poder ofrecer una buena conversación a su esposo.

No sé por qué se empeña en explicármelas; no tengo intención de debatir con su marido. Las condiciones que ella ha impuesto son claras y concisas. Nada de velas encendidas, nada de



palabras; solo el aroma debe llenar los sentidos del hombre. El perfume que usa Joana y que inunda cada rincón de esta casa.

Hace frío, pero eso no impide que cumpla con mis paseos hasta mi rincón favorito de la montaña, tan alejado que puedo admirar la inmensidad del cielo. Tan cerca de las nubes que me tienta levantar un dedo para tocar una de ellas, a la espera de que se disperse como el humo y se rompa la magia. He encontrado un gran árbol al borde de un precipicio con ramas robustas que me sustentan y las astillas de la madera que recojo durante la empinada cuesta planean en círculos hasta llegar al suelo de hojas secas. Al principio las escondía o las tiraba por el despeñadero; luego imaginé lo triste que sería que mi paso por la montaña no dejara rastro y las astillas se han ido amontonando en mi lugar secreto. No es que esté escondido; se ve desde cualquier ángulo, solo para aquellos que se atreven a subir hasta lo más alto en este tiempo tan duro. Mis manos están cortadas por el frío, pero no me importa. Es tan reconfortante volver junto al calor de un fuego y el ardor de un buen vino... Es un instante en el que me siento segura, aunque para ello he de subir y bajar la montaña, sentir la frigidez de mi cuerpo, el cansancio en mis manos, el dolor en mi nuca por tener la cabeza siempre gacha mientras tallo. Necesito apreciarlo bajo mi piel para poder catar esa emoción que me embarga cuando vuelvo y Joana me espera para tomar la última copa antes de la cena.

Dejo la bandeja de comida en la puerta de la habitación de la señora Tusquets y me llevo a la cocina la del día anterior. Al final, tendré que ponerme seria con Sara y con Marta. Ordenarles que arreglen un poco el desastre en que se está convirtiendo la casa. Hasta yo me siento incomoda, cuando nunca he dado importancia a estos detalles. Padre nunca se quejó de mi poco afecto por las tareas del hogar; prefería tenerme con él en el taller. Mi destino estaba claro ayudar a Joaquín y a María en la carpintería. Teníamos tantos planes. Mi hermana y yo habíamos trazado toda una vida de felicidad. Compartiríamos el negocio, ellos se ocuparían de los encargos de los clientes de Valencia y yo extendería el nombre de la familia Villalba más allá de las murallas. Con mis diseños revolucionaría el oficio y vendrían aprendices de toda España para trabajar en el taller.

Miro la bandeja con los platos sucios que ha dejado la señora Tusquets. Los lanzo al interior del fregadero junto a otro montón de enseres que no se han lavado. Hoy toca pollo asado; arranco dos patas y cojo dos botellas de vino de la despensa. Vuelvo a la biblioteca. Joana me espera con otro libro.

—Hoy vamos a recitar poesía... —Me recibe con los ojos brillantes—. Poesía de Ramón Llull.

Su voz es distinta cuando recita, gutural y calmada. Sabe en qué punto exacto detenerse para mantener la expectación y cuándo poner más intensidad a las palabras.

*Dijo el Amado al amante:  
¿Cuál es la noche más oscura?  
—El de vuestra ausencia.  
¿Cuál es el día más claro?*

—*El de vuestra presencia.*

*De amor lloraba el Amigo  
y del tormento se compadecía  
llamaba a su Amado  
para ver si le desearía  
Tan pronto el Amado le oía,  
le hizo dulce compañía.*

*Cuanto más él se le acercaba, más el tormento le crecía;  
cuanto más iba creciendo  
la amorosa enfermedad,  
más dulcemente el Amado  
de sus languideces se curaba.*

*«Alégrate mi amado.  
—El amante le escribía—.  
De él es mi voluntad,  
suya es la vida mía.*

*De su amor nunca salga  
y aún os añoro;  
por Vos es que yo vivo,  
por Vos es que yo muero».*

Joana parece contar una historia muy parecida a la suya, un amor trágico como todos los que le gusta leer. Definitivamente, esta mujer no puede estar más triste por la ausencia de su marido. Le sugeriría que volviera de inmediato a Valencia y que cuidara de su esposo y de su casa, pero entonces sería mi ruina, y estos meses se convertirían una experiencia inútil, como todos aquellos muebles que imaginaba crear y que mi padre me quitaba de la cabeza. «Eso no es lo que quieren lo clientes». Y eso no es lo que quiere mi clienta. Volver no es una opción cuando se ha esperado tanto la llegada de un hijo.

—Muy bonito —contesto, vaciando el contenido de la botella de licor en la copa de la señora Ferrer.

—¿Sabes que esto se escribió en el siglo XIII? Hace quinientos años, Ramón Llull ya conocía lo que era el amor.

—¿Sufrimiento?

—Tú lo sabes bien, mi querida Ana.

No sé a lo que se refiere. Joaquín solo hizo sufrir a mi hermana en la muerte, nunca en vida. Y eso es lo más importante en el amor, que, durante su existencia, haga felices a los que padecen de esa ilusión. Tampoco sé si su cariño se hubiera disipado en el tiempo, como así lo dio a entender

Joana al hablarme de Romeo y Julieta. Tal vez mi hermana María sería la Julieta de este siglo. Atormentada por un corazón que se secaba poco a poco ante la ausencia de su amado.

Un estruendo de cacerolas silencia por fin el recital de la señora Ferrer. Las dos nos miramos temerosas; nos acercamos sin darnos cuenta y nuestras manos se entrelazan, a la espera de lo que podría ser nuestro final. Una casa en medio de la nada, sin un hombre que la proteja, sin perros que ahuyenten a los ladrones. No es que haya demasiadas cosas de valor; me he fijado que los Ferrer son algo austeros. Es la primera vez que pienso en la posibilidad de que un maleante se cuele en el santuario que Joana ha creado, en el que solo cabemos nosotras dos, donde el fuego está encendido día y noche, único lujo que se permite y que proporciona cierta tranquilidad a mi espíritu.

Contengo el aliento. Mi alma se une a la de Joana, que también inhala una gran bocanada de aire como si fuera a tragársela la tierra.

El terso rostro de Ximo aparece ante nosotras. Examina la estancia desconcertado y nos sonrío con extremada delicadeza.

—¡Así que aquí estabais! ¿Disfrutando de la generosidad de vuestros señores?

No recordaba que Joana se había hecho pasar por criada cuando lo conocimos. Observo a la señora Ferrer para averiguar cuál será su próximo movimiento. Se desprende de mis manos, a pesar de que me resisto a soltarla.

Ximo viste de manera elegante; se ha puesto el traje de fiesta, distinto al de los caballeros burgueses que quieren imitar las modas extranjeras y recelan de sus propias costumbres. Tal vez porque ellos nunca han sido parte de un pueblo con sus miedos y miserias. Ximo me recuerda a cómo iba vestido mi padre los domingos y en las ocasiones especiales, como en la boda de mi hermana. Lleva puesta una camisa blanca y pantalones hasta la rodilla con botones de plata. Un chaleco y una chaqueta cortos de seda, una capa de paño rojo de grana con vueltas blancas. Zapatos con punta y hebillas también de plata. El pelo atado en una coleta con una cinta negra y larga. Aun así, se aprecia la luminosidad de su cabellera e invita a enredar los dedos en ella; imagino su tacto sedoso al igual que sus labios, que se burlan con astucia.

—Vengo para llevaros a la fiesta, como os prometí.

Joana se acerca a él, le quita la chaqueta y le toca los hombros como si de esa manera comprobara que es real y no un espejismo provocado por la bebida.

—¿Para qué salir con este frío? ¡Únete a nosotras! —Le muestra la bebida.

—¡Es Nochebuena y mi familia me espera! Les he prometido que llegaría a tiempo para el baile y que me acompañarían dos lindas señoritas.

¡No puedo creer que haya olvidado la Navidad! He perdido la noción del tiempo y también parte de la nobleza que mis padres me inculcaron de pequeña. He pervertido la memoria de los que ya no están y he ignorado a los que todavía permanecen.

La Navidad para la señora Tusquets debe de ser una agonía continua. Mientras unos disfrutan con los preparativos, ella sufre aislada y revive la tragedia de la pérdida de su hijo año tras año.

Ximo aprovecha la cercanía de Joana para estrecharla entre sus brazos y danzar entre las butacas, sortean las botellas de cristal esparcidas por el suelo y se dirigen hacia el comedor, rodeando la mesa entre pequeños gritos de alegría.

—Vamos, Joana, no me digas que no tienes ganas de pasarlo bien.

—Nos lo pasamos bien ahora, ¿por qué estropearlo?

Se forma un semicírculo en el que me dejan entrar y los tres saltamos y tarareamos una popular canción de la que dudo que Joana sepa la impúdica letra que desde siempre me ha acompañado en las verbenas.

Se tambalea y su semblante se vuelve del color de la paja, corre hacia un rincón y vomita. Le recojo el pelo. Las horquillas de su moño se han soltado y su melena rubia cae sobre mi falda. Intento sostenerla y Ximo me ayuda a llevarla hasta el sillón.

—Este no. —La recuesto en el del otro extremo de la chimenea. No quiero que Joana se sienta en mi butaca, en la que he dormido mientras ella me atormentaba con sus recitales. Es de mi propiedad, al menos mientras esté en esta casa.

La señora Ferrer duerme y Ximo se aclara la garganta.

—Vayámonos o llegaremos tarde.

—No puedo... — No entiendo por qué cree que voy a abandonar a Joana.

—Tu señora está tan borracha que no se enterará de que has salido y prometo devolverte sana y salva antes del amanecer.

Un inoportuno mareo me sobresalta.

—¿Cómo...? —No termino la pregunta: no quiero darle más pistas de las necesarias. Tal vez haya sido una broma. Él piensa que Joana es una criada; si no, no la hubiera tratado de una forma tan informal e inadecuada.

—Es fácil adivinarlo por cómo te habla y por cómo tú obedeces.

¿Tan sumisa piensa que soy? Estoy aquí por voluntad propia y no creo que nadie haya tenido nunca tanta confianza como Joana me muestra.

—Todos son iguales; se piensan que por unos cuantos reales somos de su propiedad. —Ximo me tiende la mano—. Tengo preparada la carreta y el caballo está descansado, solo se tarda media hora en ir y otra media en volver. Es Nochebuena y debes estar con los tuyos.

¿Quiénes son los míos? ¿La gente pobre? ¿Los criados, campesinos, trabajadores de las fábricas? ¿Los que odian a los ricos? ¿Los que se sublevan contra ellos? Tal vez la suciedad que reina en la casa sea una rebelión de las sirvientas.

Los ojos de Ximo me invitan a soñar con una vida mejor en la que no tenga que conformarme con jugar a ser la cómplice de una dama. Tal vez sea cierto que deba rodearme de ese *nosotros* que nos diferencia de *ellos* para volver a sentirme yo misma. Un simple gesto y reconozco sus ansias por tenerme, las mismas que mostraba Antonio, el chico que dejé que me desvirgara y con el que estuve a punto de casarme. Pero este es distinto. Se controla y me rodea la cintura con delicadeza. Subo a la carreta cubierta por un chal de lana, y me embriago de las palabras de

Ximo, que no cesa en su empeño por entretenerme y contarme su teoría de la diversión: música, comida, baile y buena compañía.

Nada distinto a lo que otros piensan; si no fuera porque me hace sentir como la pieza clave que falta para que todo sea perfecto. Y hacía mucho tiempo que nada en mi vida era perfecto.

\*\*\*

Llegamos justo a tiempo, cuando la campana de la iglesia toca doce veces. Cuando entro en el recinto sagrado, la misa del Gallo ha empezado. El cura ni siquiera me presta atención, animado como está con su homilía; podría decirse que es el más importante del año. Sin embargo, otros muchos sí que notan mi presencia y no lo disimulan. Es una iglesia pequeña, atestada de gente, por lo que puedo adivinar que el pueblo no es muy grande. No hay nadie en los palcos; me sorprende, ya que normalmente siempre existe una clase superior que piensa que puede estar por encima de Dios. Ximo me guía del brazo hasta la segunda fila. Nos sentamos detrás de una pareja vestida con telas de muy buena calidad. La elegante mantilla de encaje que cubre la peineta de la mujer me impide ver parte del altar. Miro hacia atrás, los ojos puestos de aquellos asientos reservados en la parte más honda de la iglesia sobresalen, juzgándome. Tal vez la familia de Ximo no sea tan parte de ese *nosotros* como él cree y ser la única tienda de comestibles de la zona le otorgue cierta popularidad. Una señora de mediana edad canta el *Ave María* con gran emoción y le aprieta la mano en cuanto nos sentamos en el banquillo. Tal vez sea su madre; no creo que esté tan contenta cuando se entere de que soy una simple criada. Clavo las uñas en mi palma para recordar todo lo contrario, que no soy una sirvienta, que tengo un contrato distinto, que he sido elegida para una misión. Alzo la mirada hacia arriba y una gran cúpula con una cristalera adornada con tonos azules y rosáceos me hace olvidar parte de lo que he vivido durante estos meses. La música del órgano se cuele por las paredes del templo; la piedra es el único testigo de mi fe. Nadie sabe lo seca que estoy por dentro.

La mujer que está frente a mí ataviada con un pañuelo bordado con gran exquisitez es la esposa del alcalde, un hombre alto y de complexión fuerte. Ximo es el primero en acercarse a ellos cuando termina la misa y me introduce en su círculo de amistades con gran ilusión en su rostro.

—Les presento a Ana Villalba, la dama de compañía de la señora Ferrer. —Me sorprende el título que me ha otorgado. Examino su semblante y resulta que su orgullo permanece intacto a pesar de que la estirada cónyuge del alcalde arruga la nariz algo escéptica.

—No sabía que los señores Ferrer estaban en el pueblo; si no, les hubiéramos reservado puesto en primera fila.

Balbuceo sin saber muy bien qué decir y una vez más es Ximo quien toma la palabra por mí.

—La señora Ferrer se encontraba indispuesta.

—Espero que nada grave —habla con voz ronca el alcalde.

Abrumada por las atenciones que estoy recibiendo, niego con la cabeza.

La multitud congregada se dispersa y se dirige hacia un edificio de grandes dimensiones con aspecto señorial. Por lo que puedo leer en la entrada, es el Ayuntamiento. Hay una sala adornada con motivos navideños y una gran cruz clavada en la pared que bendice el baile de Nochebuena.

La mayoría de las mujeres visten igual que yo, con falda azul y blusa blanca; se han esmerado en el pañuelo que tapa su torso. Algunos son de algodón, otros de seda, pero todos ellos bordados con hilos de oro y plata que brillan incandescentes. La alcaldesa es la que más detalles tiene en su vestimenta y también una joven de la que no me había percatado. Es su hija y me observa con el ceño fruncido. Se muerde los labios cuando su vista, sin proponérselo, se desvía hasta Ximo. No sé si la antipatía que provocho en las jóvenes viene dada por quién me acompaña, pero intento no hacerles mucho caso. Al fondo de la sala, reconozco a Sara, que ayuda a otras muchachas a colocar manteles encima de cuatro mesas dispuestas formando un cuadrado. Se pasan unas a otras bandejas con comida; en teoría, debería ser el sobrante de la cena que cada familia ha celebrado en la intimidad de su casa, pero los platos están demasiado bien elaborados. Entiendo su afán de presumir de buenas cocineras y también la voluntad de dar de comer a quien no tiene tanta suerte con sus tierras. Algunos de los niños que corren de un lado a otro están demasiado escuálidos para pretender ignorar lo que ocurre. Puede que sea una chica de ciudad, aunque no soy ciega a lo que pasa. Ha llegado demasiada gente del campo a Valencia para vencer la miseria que se está extendiendo por los pueblos. La tierra ya no da tanto de sí como antes.

Sara intenta esquivar mi saludo. La persigo; no entiendo sus evasivas.

—Ten cuidado con Ximo —me susurra, antes de desaparecer. A mis espaldas se encuentra el susodicho.

—¿Qué quería esa tonta?

—Nada —contesto, contrariada. Siempre he pensado que Sara es algo simple; aun así, no me gusta que otros lo verbalicen de esa manera tan despectiva. En voz alta suena mucho más duro y me siento culpable.

—No creas ni una palabra; está enamorada de mí y no puede aceptar que la haya rechazado.

No se me ocurre nada que decir. Es demasiado guapo para pretender fingir lo contrario y puede que sí, que todas las chicas en edad de casarse me vean como una rival y más cuando he surgido de la nada.

La madre de Ximo se presenta. Se nota que ella sí que ha oído hablar de mí, y está encantada de que sea tan buena amiga de Joana Ferrer; no la llama «señora», y eso me confunde.

Mi posición como dama de compañía se esparce veloz entre los comensales y, atraídos por una morbosa curiosidad, me agasajan con comida y bebida. Intento dar pequeños sorbos, no quiero pasarme con el vino, ya he tenido suficiente por esta noche y no me gustaría dar un espectáculo como el de la señora Ferrer. La comida, por otro lado, es distinta y arrasado con todo lo que me ofrecen.

—¿Está tan loca como dicen?

No distingo bien las voces; todos hablan a la vez. Me encojo de hombros.

—No sé a qué te refieres —hablo de tú porque ellos, que en teoría es un *nosotros*, también se dirigen a mí con esa familiaridad.

—Tú lo sabrás bien, que eres su niñera...

Me atraganto y Ximo me da unas palmadas en la espalda.

—El señor Ferrer confía en Ana para mantener estable a su mujer. Por eso la ha elegido como dama de compañía. —Como alguien más vuelva a repetir en voz alta ese cargo ridículo, soy capaz de tirarle el plato de cerámica que sostengo a la cara.

No sé muy bien qué pretende Ximo al anunciar mi camaradería con Joana y luego con Martín Ferrer. Tal vez que sus padres me acepten y se sientan orgullosos de mis contactos, a pesar de que no soy más que... o, no lo voy a volver a decir. Soy una Villalba, una carpintera, la mejor del gremio.

Respiro hondo.

—Joana no está loca —escupo las palabras sin pensar, herida por tantas habladurías. Ha sido una estupidez; he contribuido a verificar la historia de Ximo al llamarla por su nombre de pila—. La señora Ferrer —rectifico— es una mujer sabia. Se pasa el día leyendo a los clásicos y recitando poesía.

No convengo a mi público; creo que consideran que está más loca de lo que en un principio sospechaban.

—Pobre Martín Ferrer —exclama una anciana—. Haría bien en repudiarla, y pronto.

—Nadie le reprocharía que se casara otra vez... —La mujer del alcalde se añade a la conversación... con alguien joven que todavía pudiera darle descendencia. —Pasa su brazo por encima del hombro de su hija, que ha enrojecido.

—Ella no es tan mayor, y él, bueno, tampoco es joven. —Salgo en defensa de mi señora.

—Martín Ferrer es uno de los hombres más atractivos que he visto. —Ríe a carcajadas otra vez la anciana que ha encendido la mecha de los cotilleos y un coro de risas, en las que ambos sexos se unen, le siguen la corriente.

—La señora es más hermosa todavía —chillo sin darme cuenta—. ¡Tú mismo lo has reconocido, Ximo! —No puedo quedarme quieta sin defender el honor de Joana, pese a que nada tiene que ver conmigo. Sin embargo, su tristeza y desesperación han pasado a formar parte de la mía. Y, si la insultan, me siento herida.

Ximo no quiere entrar en polémica; me salva del círculo de malpensantes que se ha formado a mi alrededor y me arrastra hasta la zona donde las parejas bailan. El ambiente es más distendido, los bailarines me reciben encantados de tener nuevos rostros con los que entretenerse. Y me dejo llevar por las manos en mi cintura de las distintas parejas que se turnan en la danza. Hasta que acabo de nuevo en los brazos de Ximo, acalorada y sin aliento. Sus ojos reflejan el ardor de un anhelo que nace en mi interior. ¿Podría ser este el amor que Dios tiene destinado para mí? Por más que le pregunté a mi hermana qué se sentía al estar enamorada, ella nunca encontraba las palabras; era tan especial, me decía, que cuando llegase me daría cuenta.

Soy una experta en darme cuenta de lo que los demás sienten los unos por los otros. Como buena carpintera, debo conocer al detalle cuál es la mejor madera para cada uno de los muebles que los clientes encargan. Saber el momento justo en el que cortar, lijar y darle forma a esa imagen que he creado en mi cabeza. Y por eso me empeño en analizar cada detalle de las parejas enamoradas. María y Joaquín eran fáciles de identificar; nunca fueron palabras, ni los besos que no se daban en público, sino las miradas que se lanzaban uno al otro para reconocerse.

¿Me reconozco en Ximo? Él parece saber lo que necesito: comer, beber, bailar, descansar, ocuparse de que todo el mundo sepa cuál es mi importante cargo dentro de la casa de los Ferrer. Puede que me tengan envidia, o que me juzguen por el solo hecho de estar en compañía de Ximo Hernán, el hermoso joven que las vuelve a todas del revés, el único heredero de la tienda de ultramarinos del pueblo. No sé por qué se empeña en dar a entender que es uno más cuando es evidente que no y él lo sabe.



## Capítulo VII

*La duda, esa vaga nubecilla que,  
a veces, habita los cerebros,  
también puede entenderse como un regalo.*

*Y no es —lo que queda dicho—  
una aseveración, ya que, sobre ella,  
tengo también mis dudas.*

Camilo José Cela

El cielo color cobalto se transforma poco a poco en un azul más claro, y rayos de luz anaranjada irrumpen la armonía de una noche que podría haber sido perfecta si no fuera porque mi padre ya no está conmigo para proteger mis sueños, si mi hermana no se hubiera dejado vencer por la pena y si mi madre y mi sobrina María no estuvieran tan lejos que ya no las recuerdo ni en Navidad. En mi defensa puedo alegar que la fe no me ha acompañado demasiado estos años y que Joana ha absorbido parte de la poca voluntad que me quedaba. Ximo permanece en silencio mientras coge las riendas del caballo. Estoy sentada a su lado y el frío y el traqueteo de la carreta propician que me arrime un poco más a su cuerpo. Reposo mi cabeza en su hombro. El calor que irradia la piel de su cuello me tienta. Él me da un beso en la frente. Respiro aliviada; temía que mi cercanía pudiera parecer osada. Se detiene ante la casa. Su sombra la convierte en un monstruo surgido de las profundidades que pretende engullirme. Un escalofrío recorre mi espina dorsal.

—¿Cuándo volveré a verte?

Ximo rompe el conjuro. Su aliento me envuelve de una extraña alegría que no acaba de convencerme. Tal vez me cohíba una malsana lealtad hacia Joana Ferrer, la cual me trata como una amiga, aunque las dos sabemos que solo soy su experimento y, cuando quiere, me encierra o me libera, según el estado de ánimo con el que se levanta. Y yo se lo permito, porque quiero cumplir y que ella se haga cargo de su parte del trato. Está en sus manos la vida de mi sobrina, como está en las mías la vida de su futuro hijo.

Pero ese no es el único motivo que me impide contestar a Ximo; hay algo que me reprime y que necesito expresar para que no se convierta en resentimiento.

—¿Por qué mencionaste que yo era la oscuridad?

—¿Yo dije eso? —Sus labios quedan a mi altura, tan cerca que no podría pasar ni la finura de

una pluma de ave. La imagino blanca, parte de las alas de un ángel que se ha desprendido para recordarme que no puedo ser de nadie más que de Joana.

—Cuando viste a la señora Ferrer, quedaste maravillado con ella; para ti era la luz y yo la oscuridad, ¿por qué? —Me reconcome ser esa parte que nadie quiere, que, cuando se puede, se la desecha por un fulgor más brillante.

—No me hagas caso; solo quería burlarme de tu señora, seguirle el juego.

—¿Desde el principio supiste que era ella?

—¿Quién no conoce a Joana Ferrer?

—Es hermosa...

Me levanta la barbilla con su dedo índice y me besa con ternura. Intento no pensar en nada más que no sea la suavidad de su tacto, pero la penumbra me rodea.

—Tú lo eres mucho más; me atrae tu misterio, las tinieblas que te envuelven.

—Nadie nunca me había descrito así.

Restriega su nariz por mi pelo y permanece un rato con su mejilla pegada a la mía. Su mano desciende por mi espalda. Un vaho surgido de mi respiración agitada se confunde con el suyo. Vuelvo a reconocer esa ansia de querer devorarme. Se contiene.

—¿Cuándo te volveré a ver? —pregunta por segunda vez.

—No me gusta ser parte de las tinieblas... como si pudieras esconderme.

—¿Te has sentido ignorada o que intentaba ocultarte esta noche?

—No, al revés. —Me he sentido abrumada por tanta efusión. No se lo digo para que no se le suba a la cabeza; ya es demasiado engreído, aunque también demasiado adorable.

Bajo de la carreta; la claridad del día me sorprende y el cansancio se apodera por momentos de mi lucidez.

—Vendré a por ti cuando menos te lo esperes. —Ximo no se da por vencido y eso me atrae.

Estiro mis brazos para tapanle la boca. Se deshace de mis manos y me besa con fuerza, como si quisiera demostrar algo. La carreta se aleja. Mis labios arden; quisiera saborearlo otra vez y analizarlo. Descubrir si por fin estoy enamorada.

\*\*\*

Joana sigue en la misma posición en la que la dejamos. Con la punta de la manta le seco un poco de vino que se le ha derramado por la barbilla. Retiro el libro que acuna y me sorprende del frío de sus cubiertas. Las llamas de la chimenea son débiles y les cuesta escalar por los leños; la humedad ha hecho mella y avanza sin misericordia. Es imposible que me pueda recostar en el sillón para dormir con este ambiente. Salgo otra vez al exterior para cortar algunos troncos y avivar el fuego. El hacha pesa y casi caigo de espaldas al sujetarla. Me recuerdo a mí misma que soy fuerte y que esto no es nada comparado con el trabajo en la carpintería. Un golpe seco y la madera se parte en dos; me fascinan las vetas circulares de su interior, como un mapa del destino.

El sonido del viento contra la velocidad del metal me transporta a otra época y vuelvo a soñar despierta con una vida donde mi hermana y yo compartimos la felicidad. Sé que espero en vano, pero al menos una pequeña flama se ha prendido en mi interior. Pienso en Ximo y sus besos.

El relinchar de un caballo me altera. Sujeto el hacha contra mi pecho dispuesta a disuadir a cualquiera que quiera penetrar en nuestro santuario, el que Joana y yo hemos creado. Sin embargo, no me siento con fuerzas para la lucha; tengo demasiado sueño. En lo alto del jamelgo, un hombre me observa. Parte del ala del sombrero le tapa la cara.

—¡Si eres tú, carpintera! —Reconozco su voz. Por fin, Martín Ferrer se ha dignado a visitarnos —. Creí que mi esposa te había despedido.

—Me tenía encerrada hasta que decidió liberarme.

Una sonora carcajada me coge desprevenida. El señor Ferrer desciende del caballo y se quita el sombrero. Sus ojos ríen, al igual que sus labios; nada en él me hace temer un carácter frío y cruel, como el que Joana ha dibujado. Aparto la mirada; su sincera curiosidad hacia mi persona me turba y me sonrojo. Se quita la chaqueta y la tira al suelo, se sube las mangas de la camisa y su aspecto se vuelve más juvenil. El pelo negro alborotado, la mandíbula marcada y dos hoyuelos que se hunden en cada lado de las mejillas me dan la bienvenida.

—Deja que te ayude. —Me arrebató el hacha y corta de manera rápida un tronco tras otro.

Bostezo y me tambaleo. Martín me sujeta del codo y su contacto a través de la tela de mi vestido me inquieta de una manera distinta a cuando un hombre se toma demasiadas confianzas. Me agrada ese acercamiento y me angustia todavía más.

—Has estado toda la noche bailando en la fiesta del pueblo, ¿no es así?

—Por favor, no se lo diga a la señora —suplico, sujetando su mano, que todavía permanece en mi codo, que ha pasado a formar parte de él.

Me mira compasivo, como si no se diera cuenta de quién soy y del esfuerzo que tengo que hacer para que mi mente permanezca en blanco y no se imagine escenas en la oscuridad de una habitación. Está claro que tarde o temprano tendrá que pasar y, en esos momentos, no quiero que el rostro de Martín se me aparezca risueño. Aprieto los ojos para recordar las facciones de Ximo, que se pierden en la voz del señor Ferrer.

—Yo no me meto en cosas de mujeres. —Recoge los troncos y me da unos cuantos. Nos dirigimos en silencio hasta la biblioteca. Me ocupo de atizar las cenizas y hacer renacer las flamas de lo que fue y se ha ido.

Martín intenta despertar a Joana, que se gira mientras murmura algo inteligible.

—¡Por Dios santo, carpintera, mira qué descuidada tienes la casa! Voy a tener que darle la razón a mi mujer al encerrarte.

—Mi nombre es Ana y ese no es mi cometido, sino el de la señora Tusquets. —Creo que he acertado con mi tono de indignación.

—Pensé que Joana lo tenía controlado. Ella sabe que por estas fechas Rosalía no se encuentra bien. —Por fin conozco el nombre de pila del ama de llaves—. ¿Es usted la única criada de la

casa?

—¡No soy una criada! —Intento clavar mi mirada furiosa en sus ojos, pero solo consigo que el negro de sus pupilas agite mis entrañas.

—De acuerdo, Ana, ¿cuál crees que es el motivo por el que estás en mi casa bebiendo mi vino? —Señala dos copas, imposible negarlo—. ¿Y sin permiso sales a escondidas con un novio que conduce una vieja carreta?

No hay duda de que se ha cruzado con Ximo. Pienso en sus palabras y en el orgullo con el que las pronunciaba en la fiesta.

—Soy la dama de compañía de la señora Ferrer. —Alzo la barbilla—. Y ese no es mi novio.

Una pequeña risa, al principio marchita, se convierte en una tos incrédula. Es Joana, que se ha despertado y parece creer que se encuentra ante una visión.

—Martín, ¿eres tú? —Se levanta con dificultad y se abraza a él. El señor Ferrer permanece impasible, hasta que ella se incomoda y retrocede unos pasos.

Siento una rabia contenida ante la desconsideración que ha demostrado por su esposa.

—Señor, hace días que esperábamos su llegada —intento encauzar una conversación que nunca se ha mantenido—. ¿No recibió la carta de la señora?

Los dos me miran con los ojos inyectados en sangre, como si el rencor se hubiera apoderado de sus almas. Esta vez soy yo la que recula.

—Una idea estúpida, como todas las que últimamente sorprenden a mi mujer en medio de la nada. —Señala la casa, los libros y a mí.

—No lo entiende, señor, su presencia es sumamente importante para su familia.

—¡Cállate! —Joana no puede acercarse hasta mí para zarandearme, porque eso sería desnudar su interior ante su esposo y exponer su cara más violenta, pero sé que es lo que más desea en estos momentos.

—No, déjala. Ahora entiendo cómo ha subido tan rápido de posición. De una simple sirvienta a toda una dama de compañía. Dime, ¿hasta qué punto está metida en tu locura?

No sé cómo salir de este berenjenal. La culpa la tiene el cansancio. No debería haberme alejado de la casa, pero entonces me hubiera perdido las atenciones de Ximo, la comida, el baile, la diversión. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de estos lujos...

Noto el sudor de mis axilas resbalar por los costados, a pesar de que el fuego todavía no ha calentado toda la estancia. Lo mejor es ir directa al grano. Demostrarle que soy una persona de confianza.

—Yo misma la ayudé en la selección.

No me gusta los ojos tan oscuros de Martín ni cómo se ha agrandado su aureola. Da una patada a las botellas que horas antes he apelonado en un rincón.

—¿Por fin lo has hecho? ¿Has engañado a una pobre muchacha?

—Yo no diría «engañado»; sé muy bien lo que hay. —Salgo en mi defensa.

—No hablo contigo, carpintera.

—Ana, señor.

—¿Es que no te han enseñado modales? ¿No sabes que hay que tener un respeto a los mayores? —Me muerdo los labios. Tampoco lo encuentro tan mayor. Se restriega los ojos—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Trago saliva. ¿Habrá adivinado quién soy o simplemente me quiere echar a la calle?

Joana se acerca a mí y me pellizca el brazo. El dolor es profundo y, aun así, no se me ocurre soltar ni un quejido.

—Lo que desde hace tiempo estás pensando. —Se revela la señora Ferrer. Entiendo que esa reacción no iba por mí. Soy otra vez esa parte oscura que nadie quiere ver. Intento retirarme, dejarles espacio para que hablen, pero Joana me tiene bien agarrada.

—Vas a tener que aguantar el chaparrón igual que yo, dama de compañía. —Sus dientes rechinan al pronunciar mi nuevo cargo.

—¿Desde cuándo has vuelto a beber? —pregunta Martín, sin ser capaz de mirar a su esposa.

Ella calla y me toca a mí contestar ante la insistencia de sus ojos.

—Un poco más cada día que pasaba sin su presencia.

No me importa que me llamen descarada. Si la señora no tiene consuelo más que en el fondo de una botella, es solo por su falta: abandonar a su mujer cuando más lo necesita.

—Iré al pueblo a ver si encuentro a alguien dispuesto a venir el día de Navidad para adecentar el lugar y preparar la comida. ¿Por un casual no sabrás cocinar, Ana?

Me sorprende al escuchar mi nombre en sus labios. Mantengo mi atención en lo perfilados y voluminosos que son, el inferior un poco más que el superior.

—No creo que a Sara le importe ayudar en la casa, pero dudo que la cocinera venga.

—¿Marta? Pero si es un encanto. —Para Martín todas son un encanto, menos Joana y una servidora. Lo cierto es que yo también gozaba de sus carcajadas hasta que he abierto esta boca grande y suelta que tengo. Y es que el orgullo me impide cerrarla y me cuesta horrores intentar ser alguien que no soy.

## Capítulo VIII

*Los temores, las sospechas, la frialdad,  
la reserva, el odio, la traición,  
se esconden frecuentemente  
bajo ese velo uniforme y pérfido de la cortesía.*

Jean Jacques Rousseau

Acompaño a la señora Ferrer hasta su habitación. Le duele la cabeza y, cuanto más avanza el minuterio del reloj del comedor, más patente es su debilidad. Los últimos pellizcos que me ha asestado no tienen nada que ver con el primero. La decepción de un marido más preocupado por el estado de la casa que por ella han acabado con la poca autoestima que tenía. No sé si esto me beneficia o la pone en mi contra. Tendré que jugar bien mis cartas a partir de ahora. La agarro por la cintura y la ayudo a subir las escaleras. Debe de hacer bastante tiempo que no se lava porque el aroma de rosas que marcaba cada rincón de la casa como territorio conquistado por Joana Vivet, esposa del ilustre Martín Ferrer, ya no está. Solo queda su esencia. Y lo que desprende es temor, que se filtra en forma de agrio perfume, se expande desde sus cabellos hasta los huecos de su clavícula expuestos a la humedad.

La luz entra a raudales en la alcoba de la señora Ferrer, como si las palabras de Ximo fueran una predicción, como si supiera de antemano que ella vive en un mundo donde el día ilumina una cama de sábanas blancas perfectamente almidonadas, y yo habito en un recuadro pequeño y oscuro donde mi única vía de escape son las figuritas que tallo desde mi soledad y que adornan el alféizar de una ventana donde los rayos de sol a veces se olvidan de mi existencia.

La amplitud de la estancia me fascina; cabría el piso entero donde hemos pasado los últimos años desde la muerte de mi padre y la de Joaquín, el mismo espacio donde murió mi hermana, y todavía sobraría para crear otros dos compartimentos. Una bañera de estaño delimita los límites del cuarto; su forma ovalada y las cuatro patas que representan las garras de un águila llaman mi atención. Un manto de polvo las cubre y repele la luz que entra a raudales por la amplia ventana.

Joana se estira en la cama; ni siquiera intenta taparse con la colcha. La miro desde arriba y me apiado de ella.

Joana recobra la vitalidad por segundos; vuelve a apretar mi antebrazo, cuya huella está latente bajo mi piel y seguro se manifestará a través de violáceos moratones.

—¿Por qué lo has hecho, Ana? Podría arrastrarte ahora mismo hasta tu habitación y dejarte encerrada durante días. ¿Quieres eso?

Suspiro, aburrida por sus amenazas.

—No me quite las ganas de cuidarla, señora. Le hace falta un buen baño para volver a ser usted misma y convencer a su marido.

Arruga el entrecejo, una de sus manías más visibles que, por alguna razón inexplicable, no le deja ninguna señal en ese rostro tan perfecto, marcado por la dulzura que ahora mismo encubre su rencor.

—¿Tantas ganas tienes de meterte en su cama?

Consigo vencer su fuerza y me aparto del lecho.

—¿Por qué piensa que todas las mujeres quieren a su marido?

—Porque las he visto... Porque él no me mira.

—¿Cuántas veces le han llegado rumores de amantes o escauceos indebidos?

—Martín siempre hace lo correcto. —Se gira de espaldas a mí. No llora, pero su cuerpo se encoge.

—No lo conozco tan bien como usted, señora, pero un hombre no se rige únicamente por lo que está bien o lo que está mal, sino por lo que siente, y él la quiere. No subestime la fuerza del amor.

—Él no siente nada.

La vulnerabilidad de Joana se manifiesta y, aunque sé que es momentánea, me enternece. Me recuesto a un lado de la cama, le acaricio el pelo.

—Usted debe hacerlo sentir culpable si no le da el hijo que tanto desea.

Se vuelve hacia mí y escruta mi rostro; intenta penetrar en mi mente y hasta la siento dar vueltas en algunos de los huecos que permanecen ocultos con doble cerradura.

—No entiendo tu juego, Ana. Lo mires por donde lo mires, siempre acabará mal, tanto si de verdad quieres ayudarme a tener un hijo como si quieres despojarme de lo poco que me queda. Martín no lo permitirá; nos encerrará a las dos en el hospicio.

Tenso todas mis extremidades hasta el extremo.

—Quiero lo que me prometió su abogado, señora Ferrer, una vida justa sin miseria y donde mi hija pueda crecer feliz.

—Me duele mucho la cabeza, Ana, déjame tranquila.

—¡No! Debería estar enfadada con usted porque me engañó desde un principio; me dio a entender, con su dinero, sus documentos y sus cláusulas de confidencialidad que el señor Ferrer aceptaba el compromiso. Si no, nunca me hubiera embarcado en esto.

—¡Pues vete, nada te retiene aquí! —Sus movimientos son lánguidos cuando me señala la puerta.

—Se olvida de lo que me debe, señora.

Joana se incorpora y, con dificultad, llega hasta un tocador de caoba. Del primer cajón extrae una bolsa de terciopelo que parece pesar bastante. La lanza al aire y me mantengo en mi posición;

no soy un mono de feria. Espero el impacto de las monedas al esparcirse por el suelo, pero el colchón lo amortigua, y estas siguen en el saco, atadas por un fino hilo negro.

—Necesito más y no me voy a rendir. ¿Y usted?

Joana se sube de rodillas a la cama, recoge la bolsa con lo que debería ser mi sueldo de todos estos meses encarcelada en la casa y me lo extiende a la espera de que me acerque a ella.

—¿Qué propones?

Acepto su ofrecimiento; un acuerdo no debe romperse a no ser que una de las dos partes piense que es imposible llegar a un entendimiento, pero Joana y yo nos entendemos.

—Unir nuestras fuerzas. —No sé muy bien qué significan mis palabras, pero las dos lo averiguaremos; todavía tenemos tiempo.

\*\*\*

Soy una estúpida, Joana me sonrío y caigo rendida a sus pies. Bajo a por leña para encender un fuego decente en su habitación. Acarreo cubos de agua caliente desde el pozo del patio hasta el piso de arriba para llenar la bañera; esparzo pétalos de rosa marchita que la señora tiene en un tarro de cristal y el agua poco a poco se va tiñendo del color del vino.

—Así es como imaginé la primera noche, pero al revés —confiesa Joana antes de meter un pie en el agua hirviendo—. Te mimaría hasta el extremo para recordarte quién te trajo a esta casa y fijaría mi aroma, el que me acompaña desde niña, en ti para que Martín me tuviera presente.

—Como un ritual —susurro al recordar las historias que me ha explicado de los dioses romanos durante los días de lluvia.

—Él no tenía que verte.

—Nunca sabrá quién soy; solo debemos convencerlo entre las dos, prender la duda en su interior y hacerle creer que es correcto.

—Entonces, ¿no crees que esté bien lo que vamos a hacer?

—¿Quién decide dónde poner la línea entre lo que es apropiado o no?

Joana se despoja de sus ropas y, de reojo, curioso la delicada silueta de su perfil. Demasiado delgada y frágil. Nada que ver con la robustez de los dibujos de las musas que aparecen en sus libros. Su pecho erguido como la forma de una copa de champán sobresale majestuoso del agua, sumerge su cabeza y nada queda de ella salvo sus pezones. Me retiro. Aprovecho para subir un barreño de agua caliente hasta la tinaja de mi habitación. Examinó mi cuerpo, palpo mis senos y busco esa forma perfecta. Descubro que no son tan pequeños, tal vez como una copa de coñac, más voluminosa y redonda. Restriego un paño húmedo por mis partes íntimas y me pregunto cuál es mi aroma, esa esencia que me hace singular. Me visto con un nuevo traje que cuelga del armario. Me estiro en la cama, que hace tiempo no pruebo y cruje bajo mi cuerpo; cierro los ojos a la espera de que me llamen e intento pensar en todas aquellas frases que pueden allanar el terreno y sensibilizar la conciencia de Martín Ferrer.



## Capítulo IX

*A veces podemos pasarnos años  
sin vivir en absoluto,  
y de pronto toda nuestra vida  
se concentra en un solo instante.*

Oscar Wilde

Me despiertan las risas del exterior; la ventana no cierra bien y se cuelean el aire y las voces que reconozco al instante. Me asomo con cuidado de no ser descubierta y compruebo cómo Ximo tontea con Sara y cómo Joana sale a su encuentro ataviada esta vez con su traje de señora, con una basquiña negra y mantilla. Él la saluda como corresponde a su posición; se cruzan palabras que no llego a oír y ambos alzan la mirada hacia mi cuarto. Me escondo. No quiero que la señora dude ante lo que quiera que le esté proponiendo Ximo, tal vez que dé una vuelta con él, que se apiade de una pobre sirvienta en el día de Navidad. Me tapo la boca, asustada; sería terrible que Joana se enterara de mi fuga de ayer. Se sentiría traicionada. Espero impaciente que aporree mi puerta y a continuación que lleguen los insultos y las amenazas. Los minutos pasan, las sombras se apoderan de la alcoba, el sol en lo más alto se olvida otra vez de mí. Acaricio una talla en forma de corazón que hice durante mis paseos a la montaña. La rugosidad de su tacto me advierte que todavía no está terminada y que debo pulirla y barnizarla; si tuviera al menos mis herramientas... Las guardo debajo de mi cama en Valencia. Lo que confío que sea un buen recaudo y que no se le ocurra a mi madre venderlas. El dinero que le di debe ser suficiente hasta mi vuelta.

Pronuncian mi nombre con timidez; abro expectante la puerta y me encuentro con Sara.

—Siento que te hayan hecho trabajar el día de Navidad.

—Me alegra que hayan contado conmigo; la paga es excelente. El señor Martín es muy generoso.

Se me amontonan demasiadas preguntas para hacerlas: ¿de qué reían ella y Ximo? ¿De qué hablaba con la señora Ferrer?

Después de un silencio incómodo, Sara se inclina en una leve reverencia.

—Los señores la esperan para comer.

Huye escaleras abajo; intento detenerla y contradecirla. No hace falta que me trate con ese

respeto, superficial y frío. Soy la de siempre, aunque parezca que no.

\*\*\*

Martín y Joana presiden la mesa, tan elegantes como era de esperar. La señora Ferrer acaricia la gema turquesa que prende de su collar engarzado con pequeños diamantes que reflejan desde todos sus ángulos la incandescencia de la luz de las velas de un candelabro a pesar de ser mediodía. Un derroche que se aprecia en el centro de mesa, compuesto por musgo de un verde oscuro y unas piñas bañadas en plata. Recuerdo las piñas escondidas en mi habitación, a las cuales todavía no les he encontrado uso; tal vez se queden para siempre ahí arriba, como una muestra de mi paso por la vida de los Ferrer.

La señora Tusquets se reúne con nosotros, tan digna como su joroba le permite. Arrastra la silla y se acomoda con la cabeza gacha. Me siento incómoda ante el eco de los cuchillos rasgando la porcelana de los platos.

—Siento su pérdida, Rosalía.

La señora Tusquets se lleva las manos a la cabeza. No era mi intención desacreditarla al pronunciar su nombre, sino más bien aproximarme a ella en su dolor. No funciona. La silla chirría al ser arrastrada otra vez por el suelo y temo que haya dejado una marca.

—Por favor. —Martín, sin expresar nada más que una súplica, le sugiere que vuelva a sentarse, pero es demasiado tarde. A Rosalía le han vuelto los pensamientos de su hijo muerto, los recuerdos de un hijo vivo y corre veloz a tomar su dosis de láudano.

—No era mi intención... Yo solo quería ser respetuosa...

—Hace ya veinticinco años de su muerte, podría por una vez comportarse como es debido. — La amargura se acentúa en Joana, que juega con la comida sin llevársela a la boca. Solo bebe vino, Cabernet.

Martín nos mira con el semblante ofuscado. Decepción no sería una palabra suficiente para describir lo que intenta transmitirnos con su mudez.

Se limpia las comisuras de los labios con la servilleta y se levanta con agilidad para recoger el plato de la señora Tusquets. Sara, que se ha quedado en un rincón a la espera de servirnos, se acerca para retirarlo de la mesa, pero él la detiene.

—Yo se lo llevaré, debe comer algo o se quedará en los huesos. Confiaba en ti, Joana, para cuidarla.

—¡Ella debería cuidar de mí! —chilla la esposa, herida al ver marchar a su marido preocupado por otra mujer. Sara lo persigue, aturdida porque un señor se tome la molestia de asistir a una criada.

—¿Por qué la consiente tanto? —me atrevo a preguntar a Joana, que cada vez está más airada.

—Lo crio de pequeño; él y su hijo eran muy amigos. Se ve que murió en estas montañas, pero no había caído en esa situación hasta que ya fue demasiado tarde. ¿No podría habérmelo dicho

ella, haberse negado a ayudarme?

—Creí que la señora Tusquets era leal a la familia Vivet y no a los Ferrer.

—Esa mujer solo es leal a Martín; si está aquí, es para vigilarme.

—Sin embargo, ella lo sabe todo... —Mi incredulidad aumenta por momentos.

—Creí haberla persuadido, que sería clave para convencer a Martín de mi plan; no calculé el dolor que le causaría volver otra vez aquí y creo que ella tampoco.

Coloco mi mano sobre la de Joana, emocionada al hablar de la señora Tusquets. Muestra una empatía que no le conocía.

—No hagas esto. —Mira de reojo a un lado y a otro, a pesar de que estamos solas.

El contacto ha sido trivial. Hemos compartido mucho más durante estos días en ausencia de su marido y, sin embargo, ahora que él ha vuelto, parece querer marcar las distancias, rotas desde el momento en que fui elegida.

Martín Ferrer se toma su tiempo para volver y, mientras tanto, nosotras dos simulamos no tener nada que ver la una con la otra. Su entrada no alivia mi malestar. No tengo hambre y no me atrevo a levantarme de la mesa en el primer plato. Sería de mal gusto.

Martín nos sirve más vino.

—Le he dicho a Sara que se quede en la cocina con Marta y que coman y beban a nuestra salud. ¿Os parece bien?

Asiento a la vez que lo hace mi ama. Cómo odio esa palabra. Pero es tan real que me tienta a huir montaña arriba y subirme a mi árbol favorito, aquel donde puedo tocar con un dedo las nubes y deshacerlas.

—Siento que no estés en estas fechas con los tuyos, Ana, porque supongo que tendrás familia. —El señor Ferrer se lleva el tenedor a la boca con tanta naturalidad como si yo fuera una invitada y no alguien que se ha colado en su vida.

—Ana es viuda y tiene una niña. ¿Cómo se llamaba? —La falsa alegría que irradiaba Joana me despista.

—María.

—Como tu hermana, ¿no es así? La pobre murió de pena, y ya ves, está aquí comiendo tan tranquila, sin hacer un drama como Rosalía.

—Mi hermana no murió por Navidad y tampoco en esta casa.

Martín levanta las cejas.

—Siento de veras que no puedas estar con ella —susurra desde la otra punta de la mesa de gruesa madera de pino.

—Ojalá la hubieras visto; es una niña de lo más especial. —La luminosidad de Joana parece sincera.

—Es la razón de mi vida —consigo articular, consumida por la emoción. La señora Ferrer inclina la cabeza con un gesto algo cómico. Comprendo que ha llegado el momento de la emboscada, así que lo aprovecho—. Creo que la plenitud consiste en eso: en ser padre o madre,

en ver crecer a tu hijo y saber que lo que le enseñas lo llevará dentro de sí hasta el resto de sus días y lo transmitirá a sus propios hijos, dejando un legado más importante que el dinero. ¿No le parece, señor Ferrer?

—Yo no lo hubiera podido expresar mejor, querida Ana. —La señora Ferrer se enjuga unas pocas lágrimas.

Martín engulle sin mirar a una ni a otra de las dos mujeres que intentamos apropiarnos de sus principios. Se sirve más vino.

—Pasaré las fiestas contigo, Joana, para no crear más rumores innecesarios, pero el día antes de Año Nuevo volveremos a Valencia, acudiremos a la fiesta de los Soler y acallaremos todos los absurdos chismes que corren, como que estás embarazada cuando los dos sabemos que eso no ocurrirá nunca.

—¡Puede ocurrir! —Dejo que el aire pase entre mis dientes y moldee las palabras; espero que sean tan sigilosas y penetrantes como el veneno de una serpiente.

Martín deja caer la copa encima la mesa con demasiada fuerza, salpicaduras moradas con tonos ocre manchan el mantel de hilo egipcio.

—Lo diré una sola vez y no quiero volver hablar del asunto. Nadie va a engendrar ningún hijo y menos mío; no voy a criar ni educar a un niño o niña adorables, sea de quien sea. Y tú, carpintera, más vale que cierres la boca si no quieres irte tal y como has venido. Sin nada.

Me muerdo los labios y mis mejillas se tornan del color de las manchas oscuras en esa immaculada tela. Lo oscuro vuelve a rodearme; aunque solo sean pequeñas gotas, son llamativas y no puedo dejar de mirarlas.

Joana chilla enloquecida. Nunca la había visto de esa manera, ni cuando me arrastraba de los pelos hasta mi habitación los primeros días de mi llegada. Lanza los cubiertos, las copas, una bandeja, las hermosas piñas plateadas, y Martín lo esquiva todo.

—¡Te odio! ¡Te odio! —repite sin descanso. Corre con el odio en su lengua y se encierra en su habitación.

El señor Ferrer la sigue; se confinan los dos en esa alcoba presidida por una bañera y los gritos son cada vez más elevados. Sara y Marta acuden a mí, me arrinconan, solicitan una explicación de lo sucedido. Niego con la cabeza varias veces cuando apuntan a un posible trastorno mental, algo que sin duda ha estado circulando por el pueblo. Huyó lejos para no tener que mentir, para que no se note que soy culpable.

\*\*\*

Me refugio en mi árbol, donde puedo tocar con las manos el cielo. Hoy las nubes están teñidas de negro. Sin embargo, las prefiero a cuando son de espuma blanca. No tengo las suficientes fuerzas para sucumbir a una alegría que no siento. Y la desdicha sería mayor si el mundo fuera luminoso y mi corazón oscuro, tal como predijo Ximo el día que me conoció. En un hueco de ese árbol, que

me ha reconfortado en los buenos y malos momentos que he pasado en esta casa, permanece mi cuchillo, aquel que una vez robé de la cocina y que afilé con una piedra, a pesar de que el mango no era lo suficientemente adecuado para el trabajo. Tengo la mala costumbre de sujetarlo con demasiada fuerza. Es así como la ira que me atenaza se disipa cada vez que las astillas caen al suelo y se confunden con las hojas secas que conforman un manto de colores dorados y verdosos. Extraigo una pequeña talla en forma de corazón que tengo abandonada desde hace unas semanas por el mal tiempo, el mismo que me ha atrapado entre cuatro paredes y una chimenea que he tenido que atender sin descanso para que Joana no desfallezca y que el vino no sea el único calor que la proteja del invierno. El cuchillo rasga la madera, la hiere para volver a recomponerla desde otra mirada, convirtiéndola en algo diferente. Así es como me siento, esperando que todos los trozos que se han descompuesto de mi inquebrantable corazón sean tallados y reconstruidos. Durante estos meses, nunca he pensado si mi decisión fue acertada o no, si soy una mala persona por carecer de principios cristianos. Tal vez mis padres deberían haberme inculcado un miedo acérrimo hacia Dios. Confieso que en ningún momento pensé en el hombre que debería engendrar al heredero de los Ferrer, y me he centrado únicamente en ella, en la mujer desesperada que me ha elegido. Mentiría si dijera que el dinero no fue la primera razón por la que acepté el acuerdo. Y aún sigo dándole vueltas a lo que he perdido por una simple banalidad: el no rotundo del señor Ferrer. Lo encuentra indigno y una aberración de la naturaleza. No lo ha dicho con esas palabras, pero solo hacía falta observar su rostro. Me reconcome el alma que piense así de mí, aunque le haya ocultado mi auténtico destino y no sepa quién soy. ¿Y si Ximo tiene razón? ¿Y si siempre he sido esa oscuridad que lo llena todo de temor y malos augurios?

El crujir de unas ramas me sorprende. Desde que vengo a esta montaña, nunca había escuchado más allá del aleteo de los pájaros. Me escondo tras el inmenso tronco que me ha servido de refugio espiritual durante estos meses y agarro el estilete como si se tratara de un puñal. El viento silba en mi oreja y atrae hasta mí el olor a jabón de lavanda. Intento asomarme para comprobar de quién se trata.

—Carpintera, ¿qué haces aquí?

Me descubro ante él y compruebo que lucha contra la ventisca que se ha levantado. Se sujeta el sombrero, que acaba perdiendo en el momento en el que sus ojos se clavan en el trinchete de cocina que sostengo. Alza sus manos para mostrar su indefensión. Sonríe de manera siniestra, hasta que me doy cuenta de que la broma no le hace mucha gracia; tal vez piense que estoy más descentrada que su esposa. Así que guardo otra vez en mi escondite el arma. Tal como él hace, alzo mis manos en el aire para demostrarle mi cordura. Mantengo el puño cerrado donde sujeto el corazón de madera inacabado, pero parece que no le afecta y avanza hacia mí hasta refugiarse tras el tronco, donde el viento retrocede.

—Creí que el tiempo amainaría.

—Yo también —le contesto de manera escueta.

Con ojos de convicto, intenta hablar varias veces, tal vez para disculparse por su furia, por

perseguir a su mujer, por esquivar todo lo que ella le recriminaba.

Permanecemos en silencio. Con los ojos fijos en la lejanía, conscientes el uno del otro.

—Este es mi refugio —consigo pronunciar después de darle vueltas a lo que podría decir y lo que no.

—De pequeños, Raúl y yo veníamos a jugar aquí; era nuestro campamento base y luchábamos contra monstruos de lo más desagradables.

—¿Raúl?

—El hijo de Rosalía.

—¿Eran muy amigos?

—Uña y carne.

Su tristeza me avasalla y no me apetece nutrirme de más oscuridad. Me arriesgo a salir fuera del confortante tronco que nos esconde, y me invade una extraña sensación de libertad cuando el aire levanta mi pelo y arrastra mis ropas hacia atrás. Miro el cielo, y las negras nubes corren en la misma dirección que mi cuerpo. Martín chilla y me agarra por la cintura. Me arrincona contra el árbol.

—¡Podrías matarte!

En mi interior vibra parte de una libertad que no sabía que existía; sin embargo, ha sido tan efímera que vuelvo a mi estado habitual.

—Tampoco hay para tanto. —Mi lengua vuelve otra vez a estar suelta, no puedo resistirme a burlarme—. Tan solo es un poco de viento. ¿De qué tiene miedo?

—Así es como empezó todo, retándonos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Es que no lo entiendes, carpintera? Raúl murió aquí; tropezó y cayó al precipicio. Hacía años que no venía.

—¿Por qué ha decidido hacerlo hoy?

—No lo sé. Salí para airearme y mis pensamientos me han guiado hacia aquí sin darme cuenta.

—Lo mismo me ocurrió el día que encontré este árbol. Parece el destino, ¿no cree?

—Tonterías.

—No sé por qué he dicho eso. ¿Por qué tendría que existir el destino?

Me escabullo de sus brazos y vuelvo a pasear junto al precipicio. El viento hace resurgir en mí un valor que creía perdido y el corazón me palpita veloz cuando miro hacia el vacío. Me siento invencible, capaz de superar los obstáculos del destino, porque no existe, porque cada uno se lo forja a base de malas y buenas decisiones.

Oigo el chillido desesperado de Martín, y le sonrío para calmarlo. Solo estoy jugando con la intención de dejar pasar las nubes negras que se han colado en mi cabeza y no me dejan ser yo misma.

Martín lucha contra el viento que me sostiene y me acuna. Me sujeta por las muñecas y me atrae hacia él, me arrastra hasta el tronco del árbol que me ha protegido durante estos meses del

aburrimiento, el hastío y la desesperanza por estar lejos de mi familia, porque mi misión se dilatara en el tiempo por su culpa.

Mi espalda colisiona contra la áspera corteza, y el señor Ferrer me retiene contra mi voluntad. Sujeta mis manos en forma de cruz, pega su cuerpo al mío para que no me resista, coloca su pierna entre las mías para que no escape. Su rostro tan cerca del mío me corta el aliento.

—¿Qué es lo que pretendes? ¡Podrías haberte matado!

Solo quería demostrarle que no hay nada que temer; lo de Raúl fue un accidente, y es el momento de dejar que el temor se disipe y no acapare su vida. Tal vez sea un hombre tan correcto como Joana le reprocha precisamente porque una vez cometió una locura y murió un amigo. Qué triste perder la vida de niño, pero también es triste perder la inocencia a una edad tan temprana que no te permita volver a ser libre.

Él espera a que me calme y noto cómo poco a poco se separa de mí, pero es entonces cuando un extraño desasosiego me embarga. Lucho para que vuelva a tensar su cuerpo y se estreche contra el mío.

Dirige su vista a mi puño, que sigue cerrado, y lo aprisiona con fuerza.

—¿Qué tienes ahí? —Separa uno a uno mis dedos, que se resisten, mientras su cuello roza mis labios y percibo la suavidad extrema de su piel.

Dejo caer mi corazón en sus manos.

—¿Lo has hecho tú?

—Todavía está sin terminar.

—¿Qué le falta?

—Un nombre.

Acaricia los bordes.

—Para mí es perfecto.

—Entonces, ¿cómo se sabe a quién pertenece?

El negro de su mirada me penetra, mis pechos sienten la dureza de su torso y su pierna se introduce un poco más entre las mías para que permanezca quieta. Jadeo sin darme cuenta.

—¿Para qué quiere un corazón pertenecer a alguien?

Y, en esos momentos, lo sé. Para sentirse vivo en el deseo del otro.

Martín se humedece los labios y se fija en los míos, que palpitan exultantes a la espera de ser besados. Pero noto cómo poco a poco se apaga su anhelo y cede el paso a una melancolía cargada de contradicciones. Juego a resistirme una vez más para que ejerza su suave presión contra mi agitado cuerpo, adelanto la cabeza unos centímetros para acortar el camino que me ahoga hasta juntar mis labios con los suyos y la energía encarcelada fluye entre los dos.

Me libera y mis manos, que hormiguean, sostienen su rostro para impedir que huya. Noto cómo su boca se abre, dejando paso a la mía, y succiona cada uno de mis pensamientos hasta que unas pocas gotas apagan el fuego que empezaba arder. El agua de lluvia resbala por las mejillas, la nariz, el mentón y empapa nuestras ropas.

Martín se detiene.

—No —susurra.

Las pestañas de sus párpados retienen relucientes diamantes de agua. Ya no me mira.

—No puedes ser tú —se lamenta—. Dime que no eres tú la elegida por Joana.

Quiero chillar que no, que mi beso nace puro del interior de mi deseo, uno que no sabía que existía tan visceral y profundo; y, sin embargo, enmudezco. Y el temblor que percibo en sus extremidades me atormenta.

Ansío volver atrás en el tiempo y huir en el preciso instante en que escuché su voz llamarme carpintera.

Martín corre colina abajo. Rememoro ese beso, pegada al tronco del árbol, por si la tormenta lo borra y ya no puedo recordar lo que se siente cuando te roban el corazón, aunque sea de madera.



## Capítulo X

*El individuo ha luchado siempre  
para no ser absorbido por la tribu.  
Si lo intentas, a menudo estarás solo,  
y a veces asustado.  
Pero ningún precio es demasiado alto  
por el privilegio de ser uno mismo.*

Friedrich Nietzsche

Espero que amaine el aguacero y que el viento se diluya. Es de noche, pero eso no me impide llegar hasta la casa. La montaña y sus recovecos forman parte de mí, una tabla de salvación que ha impedido que pierda la capacidad de razonar en compañía de Joana. Aunque me doy cuenta de que tal vez ella haya sido la culpable de mi desmesurada reacción en lo alto de aquel precipicio. Ella me ha persuadido con sus continuas llamadas de atención para que no me acercara a Martín. Impulsándome, al prohibírmelo, a echarme en sus brazos. Nada es real. Tan solo existe un *ellos* y un *nosotros*. Ximo y yo. Sus atenciones el día de Nochebuena; su beso de despedida, tan sencillo comparado con el de Martín. ¿Cómo puede un hombre despertar una necesidad tan grande de ser tomada allí, en medio de la nada, donde el cielo se une con la tierra?

Siento cómo miles de agujas se hunden en mi estómago. No quiero que Martín se lleve una idea equivocada de mí. Que me recuerde con desprecio, como un títere manipulado por Joana. Pobre mujer; si supiera que su marido me ha marcado con su boca, me arrojaría ella misma por el precipicio. Mi plan de supervivencia, de darle a María un hogar fuera de la pobreza, ha desaparecido. Yo misma he propiciado mi despido, pero antes de irme le debo una explicación al señor Ferrer.

\*\*\*

La lluvia ha cesado y el frío cala en mis huesos; me cuesta andar por el barro en mis zapatos y el peso de la falda. Diviso la casa en la lejanía. De cada una de las ventanas surge una luz parpadeante.

Colgando del marco de la puerta principal, hay una lámpara de gas. Me guía de vuelta, y las palabras de perdón se agolpan en mi cabeza. La sombra de una figura de hombre se cuelga en la imagen de esa mansión solitaria, y los nervios se congelan en mi garganta. Sé que Martín está detrás de esa puerta, me espera. Me sorprende que esté despierto; es más, creía que estaría descansando en la cama de Joana o, peor aún, que ella estaría agazapada para saltar sobre mí por haberla traicionado.

Tal vez hubiera preferido enfrentarme a ella que a Martín Ferrer. No sé en qué estaría pensando cuando me lancé sin medida sobre sus labios. No pensaba, solo lo sentía a él. Doy media vuelta y me dirijo hacia la entrada de la cocina. La puerta está cerrada. Por la cristalera puedo ver dos velas encendidas, y el olor a chocolate se filtra por las rendijas.

Un aire helado me abofetea el rostro. Llamo con fuerza, a ver si despierto a la señora Tusquets. Quien me abre es él. Agacho la cabeza. Quiero cambiarme de ropa y encerrarme hasta el alba; entonces, me escaparé para ver a Ximo y probar su sabor una vez más, para convencerme de que lo que ha ocurrido en el día de hoy es solo una excepción, una prueba de que mi destino no está marcado y que yo decido estar con Ximo. Sí, él es el indicado.

Me extraña que Martín trasteo en los fogones. Remueve con una cuchara de madera la chocolatera y se aproxima para oler lo que burbujea en su interior. Introduce el dedo índice impregnado de chocolate en su boca y sus labios se vuelven más voluminosos. Son lo primero en que me fijé de él, después de sus ojos.

Él me observa de reojo.

—Ve a cambiarte o enfermarás.

—No sabía que supiera cocinar.

—Provengo de una familia de chocolateros. Mi padre me llevaba a las casas a picar el cacao en la piedra antes de tener nuestra propia fábrica. Malo sería si no supiera prepararlo.

De repente, me sobreviene el frío. Estaba ahí, pero con su presencia me había olvidado.

—Vete —murmura, sin dejar de remover con la cuchara.

—Mañana recogeré mis cosas y me marcharé. Siento lo ocurrido, no era mi intención. Surgió así de repente, sin planearlo.

Martín retira la chocolatera del fuego.

—Tiene que reposar. —Su mirada se alza más allá de mi persona, en un punto inexacto—. Lo mismo ocurre en la vida. Si te vas, correrán más rumores de los que los Ferrer nos podemos permitir. Continuarás con tu labor de dama de compañía durante dos días más, y el veintiocho de diciembre emprenderemos la marcha hacia Valencia. Se te pagará el sueldo pertinente a tu puesto y una carta de recomendación.

—¿Una carta para qué?

Ahora sí que se fija en mí. Se asombra ante una simple pregunta que lo llena de desazón.

—Para que puedas seguir siendo dama de compañía y no tengas necesidad de...

No hace falta que continúe, entiendo que se avergüenza de mí, que desprecia lo que soy.

—Es verdad, fue la necesidad de darle de comer a mi sobrina María lo que me impulsó a aceptar el acuerdo que su mujer me propuso. Pero, entre todas las alternativas que tenía, esta me pareció la más honorable.

—¿Cómo puedes decir eso? Denigrarte de ese modo.

—Elegí ofrecerle una familia a un hijo, la posibilidad de formar un hogar a una pareja desdichada. Creo que es mucho mejor a vender mi cuerpo a cuantos hombres se acerquen a mí, a resistir las humillaciones de un noble que se cree el dueño de todas las criadas, a pedir limosna en cualquier esquina o a casarme con alguien a quien no amo y aguantarlo durante toda una vida.

—¿Qué hay de tu marido? Deshonras su memoria y vuestro amor. ¿Qué hay del legado que le dejas a... tu sobrina?

Corro escaleras arriba, la he vuelto a fastidiar. Detesta aquello en lo que he estado a punto de convertirme si hubiera aceptado la proposición indecente de su esposa. Pero, ahora que lo conozco un poco más, que me sé de memoria su forma de andar, hablar y entender el mundo, al menos en lo que a mujeres se refiere, sé que nunca podré estar a la altura. Volvería a tomar la misma decisión una y otra vez. Lo sé. ¿Qué necesidad hay de que él lo sepa?

Me despojo del vestido y la ropa interior. En el armario de madera quebradiza encuentro un vestido igual que el que está tirado en el suelo hecho un ovillo. Sara lo habrá limpiado y planchado. Siempre he odiado la pobre tela de algodón; sin embargo, en estos momentos me siento renacer con su tacto seco. Una luz bajo la puerta me advierte que no estoy sola; apago la vela encendida en mi habitación. Un impulso, como cuando los niños se tapan la cara cuando quieren desaparecer. La luz permanece inmóvil. Martín se aclara la garganta.

—Te dejo una taza de chocolate.

No contesto. No quiero que mi voz me delate. Que descubra mi enojo por ser como es, por ser como soy. Pero la luz se difumina y una sombra recubre su espacio. No quiero volver a la oscuridad. Abro la puerta con demasiado brío y arrojó sin querer la taza de porcelana. La luz se detiene y vuelve a mí. Martín se inquieta, sus pupilas bailan de incertidumbre.

—Ha sido sin querer... —baluceo.

Él respira hondo. Quiere hablar, pero no se atreve. Aprieta los puños y se da el impulso necesario para avanzar hasta mí.

—¿Por qué tantas mentiras, Ana?

¡No ha olvidado mi nombre! La alegría me dura un instante; ya no me llama carpintera, un tono jocoso con el que me sentía adulada, la única carpintera capaz de arrancarle una carcajada.

—Yo no... —me resisto al embuste. Siempre he creído ir de frente, que todo lo que he aceptado ha sido por propia voluntad, a través de un acuerdo de igual a igual. Sin embargo, me percato de que mi historia refleja otra cosa. Y no quiero que crea que, además de todo lo que me atribuye el señor Ferrer, también la estafa sea otra falta en su lista. Cierro los ojos. Me doy cuenta de que estoy descalza cuando mi pie se impregna de un fluido más espeso que el agua, caliente y oscuro, que me adhiere al piso de mi habitación, en la frontera que me separa unos escasos centímetros de

su cuerpo.

—Joaquín y mi hermana son los padres de María, la niña de la que se prendió Joana; disculpe, la señora Ferrer. Ellos se amaban; en eso no he mentado. Un amor tan puro que, cuando él murió, mi hermana dejó de comer. Y el hambre ha sido nuestra seña de identidad desde que todo fue de mal en peor. Perdimos el taller, la perdimos a ella..., pero no quiero que suene a excusa. Volvería hacerlo, volvería a esta casa a esperar a ese hombre en la oscuridad con la intención de crear una nueva vida.

—De procrear... de vender tu cuerpo... —Suena a desprecio. Y llego a convencerme de que estoy equivocada, de que todo cuanto me rodea es oscuridad. El espesor del chocolate me ancla en una realidad que nada tiene que ver con la suya.

—¡Qué más da si ya no hay pacto, si mi misión se ha interrumpido, y mañana me vuelvo a donde pertenezco!

—Ya hemos hablado de eso, esperarás tres días. —Asiento a su orden—. Te traeré un trapo para que te limpies.

—No hace falta. —Retrocedo sobre mis pasos y las huellas se marcan en el suelo de madera. Ya sé dónde pisar para que no cruja. La falda húmeda me sirve de paño; me limpio los pies con ella y hago desaparecer cualquier signo de esta humillación. No debería justificarme ante nadie por las decisiones que tomé ni por las acciones que en un futuro vaya a cometer, que solo me atañen a mí, a nadie más; ni a él ni a Joana.

Martín Ferrer se cubre el rostro, se atusa el pelo y agita los hombros. Un extraño gemido surge de su interior y no advierto que esconde su risa y ahoga una carcajada hasta que es demasiado tarde.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se ríe de mí?

—Me río de la situación. ¡Cuándo Joana se entere de que no eres una viuda, de que no eres madre...! —Esta vez no oculta sus carcajadas cada vez más estridentes.

—¡Cállese, no puede saberlo jamás o me matará! —Mi garganta se seca al comprobar que mi orden no es tomada en cuenta.

Salgo de mi zona de confort, de aquella línea imaginaria que se encontraba entre el marco de la puerta y las escaleras, donde me sentía protegida y donde sabía que él no podía entrar. Pero salgo hacia el exterior por miedo a que la señora Ferrer y la señora Tusquets nos oigan y saquen conclusiones precipitadas.

—¿Pensabas que no me enteraría de que eras virgen? —Sigue con su risa nerviosa. Y me sonrojo por la palabra pecaminosa que no se puede pronunciar ante una señorita. Mis manos presionan su boca.

—¿Quién ha dicho que lo fuera? Solo hicieron falta unos segundos para dejar de serlo; ni me enteré. Eso no significa que no le pudiera sacar partido a la situación. Está bien, mentí, pero vengo de una familia sin problemas para concebir; no creí que fuera un problema omitir un detalle sin importancia. —Otra vez vuelvo a justificarme y me enerva lo que sus ojos me muestran; ya no es

desprecio, sino burla.

Agarra mis muñecas con la misma fuerza que en la montaña, temo y quiero que me empuje contra la pared. En lugar de eso, reprime otra carcajada que termina haciéndolo llorar de diversión.

—No sé si lo tuyo es inocencia o pura locura.

No quiero ser ni la una ni la otra; no quiero que me vea como una joven inmadura ni como una mujer trastornada, demasiado parecido con Joana, que pasa del amor al odio en segundos. Martín no puede parar de reír y me siento tan mal que me impulsa a cometer un acto de lo más inapropiado. Le doy una bofetada para calmar su histeria. Y él la recibe estupefacto.

—Siempre he sido consciente de mi decisión. Piense lo que quiera de mí, Martín, pero no se invente a alguien que no soy yo.

Le doy la espalda y cierro la puerta de golpe. Entonces, me doy cuenta de que por primera vez he pronunciado su nombre en voz alta y no me ha temblado la voz. Solo tres días y volveré a casa. Terminará por fin esta pesadilla. Solo tres días.

## Capítulo XI

*El silencio es el elemento en el que se forman todas las cosas grandes.*

Thomas Carlyle

Cansada de deshacerme otra vez de la ropa en una fría noche como esta, me he estirado en la cama con el vestido de día. Me ha sido imposible conciliar el sueño, o eso pensaba, hasta que un relámpago ha iluminado la profundidad de mi alcoba y un rumor de voces me ha despertado de una extraña ensoñación: un gran muro se erigía ante mí y tenía que escalarlo si quería llegar hasta él. Sin verle el rostro, sabía quién era y mi desespero aumentaba porque no existía ninguna cuerda ni ningún anclaje que me permitiera subir hasta lo más alto.

Distingo la voz de barítono de Ximo, a pesar del repiqueteo de la lluvia en el cristal. Observo a través de la ventana cómo Sara y Marta descienden del carromato cubierto con una tela de lona. Joana las recibe con su sencilla ropa, la misma con la que se hizo pasar por criada. Ríe con Ximo. Él no baja del carro, pero noto su complicidad y me inquieto. ¿De qué hablarán?

Me invade la necesidad de correr hacia abajo y huir en esa carreta. Mis pies, esta vez calzados, no me detienen. Cuando llego a la cocina, la señora Ferrer no para de dar órdenes a las criadas. A Ximo lo cubre una niebla espesa hasta que desaparece a lo lejos.

—¡Buenos días, Ana!

—Buenos días, señora. ¿Ocurre algo?

—Creí que te alegrarías de que tomara las riendas de la casa; mientras esté convaleciente la señora Tusquets, me encargaré personalmente de todo. Es lo mínimo que puede hacer una buena esposa, ¿no crees?

Le ha probado el encierro voluntario en su habitación. Se ha convencido, o ha sido convencida, de que no tiene otra alternativa que continuar siendo esposa. Y, a pesar de que no es malo, la tristeza me sobresalta. Esperaba que siguiera con su comportamiento errático, tal vez para que Martín no me viera tan loca o inocente.

No sé muy bien cuál es la tarea que tengo que realizar. Antes, el aburrimiento me llevaba a ayudar a quien creía que más lo necesitaba, pero no tengo ganas de pelar patatas ni de mojarme las manos con agua helada para lavar una ropa que nadie más que los aquí presentes verá. ¿Para qué molestarse?

Me siento en la mesa, esperando a que me sirvan. La señora Tusquets podía ser una malhumorada, pero siempre tenía preparada una buena taza de chocolate, tanto para el desayuno como para la merienda. Trago saliva; el recuerdo de ese azucarado manjar me trae sensaciones que no quiero volver a experimentar. Me levanto nerviosa.

—¿Sucede algo, Ana? —me pregunta Joana después de examinar mi postura encorvada. Estiro mi espalda, alzo la barbilla.

—No, solo estoy disgustada por la lluvia.

—Sí, es un engorro. —Qué más le da a ella, si nunca sale de casa—. Ven, tengo que hablar contigo.

Tiemblo de pies a cabeza. ¿Le habrá contado algo Martín? Si así fuera, no se comportaría de ese modo, o tal vez solo sea una fachada ante el servicio y, cuando estemos a solas, me destroce el rostro para que nunca más vuelva a mirar a su hombre.

La sigo hasta el comedor. El desayuno ya ha sido servido y la mesa está por recoger. Observo que hay comida en el suelo y las sillas están manchadas de compota. Temo que me mande lavar los platos y limpiar esta porquería, además del azote que me espera. Sin embargo, la comisura de los labios de la señora se alarga, estira su piel y la tensa hasta el extremo.

—He hablado con Martín. —Enrojezco hasta la punta de las orejas—. No nos perdona tan fácilmente —¿por qué me incluye en la frase?—, por eso hay que recuperar su confianza durante los pocos días que nos quedan.

No puedo creer que siga con el tema. El acuerdo está roto.

—¿Con qué fin, señora? No estoy dispuesta a continuar con esto después del numerito de ayer.

—Te dije que Martín siempre hace lo correcto. Fui una estúpida al pensar que tú... que yo... podríamos convencerlo. Nunca me ha hecho caso, ¿por qué iba hacerlo ahora?

—No comprendo. ¿Qué quiere que haga?

—Le demostraré que puedo ser una buena esposa. Y tú que eres una auténtica dama de compañía. ¿No quieres volver a Valencia conmigo?

—Volveré a mi casa, señora, con mi hija.

—He pensado que tal vez te interese un puesto fijo y María podría vivir contigo, con nosotros... —Me entrega otra de esas bolsas de terciopelo que pesan tanto.

Sus ojos vidriosos esperan una respuesta, su descompuesta expresión me advierte que hay algo más que no quiere contarme. Su desesperación la traiciona y rezuma por los poros de su piel. Un pensamiento me inunda y me entristece. Recuerdo el día que la conocí y el beso tierno que le dio a mi sobrina. No soy una simple muchacha inexperta que sucumbe a las falsas promesas de una mujer de la alta burguesía. Tal vez lo fui en su momento; creí que Joana Ferrer era fuerte, capaz de persuadir con su amor a su marido y llevarlo hasta el extremo de cometer una sensata imprudencia que les traería felicidad tanto a ellos como a mí. Lo que firmé se ha invalidado ante la negativa del señor Ferrer. Lo que más me molesta es que Joana intenta empañar la franqueza que envuelve nuestra relación. No se da cuenta de que me ha permitido entrar en su vida mucho más que yo a

ella en la mía y que he aprendido de cada una de sus expresiones, de cada una de sus lecciones de literatura y arte, de cada una de sus humillaciones, y ya nada me sorprende.

«Solo he de aguantar dos días», me repito a mí misma. Y por eso asiento, sin intención de cumplir nada de lo que me ha dicho. Joana me enseña los dientes blancos y alineados.

—Hazme un favor, Ana, no quiero perturbar al señor Ferrer más de lo que está, hay que darle tiempo para que asimile su triunfo sobre nosotras y que desaparezca el rencor. Luego habrá tiempo para contarle nuestros nuevos planes.

—¿Qué quiere que haga, señora? —No soy capaz de contradecirla, aunque luego sé que la traición le dolerá mucho más que si me niego en estos momentos. No soy tan estúpida como para darle alas y propiciar mi propia desdicha en estos días que me quedan en esta casa encerrada. Lo peor que podría suceder es que la lluvia no cesara, y la predicción de Sara y la cocinera, acostumbradas a este tiempo, así lo anuncia. Nunca María será suya, pero para qué confesar mis intenciones de desaparecer con el dinero que pueda conseguir por mis servicios como dama de compañía... Realizo un recuento mental de lo que he atesorado hasta el momento; no era la vida que me habían prometido, aunque tampoco he cumplido con el trato. Por tanto, no voy a lamentarme, sino al revés. Estoy agradecida por las monedas y calculo que, si nos trasladamos fuera de Valencia, tal vez pueda encontrar alguna ocupación. He oído que hay mujeres que trabajan a escondidas a pesar de las denuncias de los gremios. Si estoy fuera de las murallas, quizá tarden en darse cuenta. Podría firmar mis trabajos con nombre de varón.

La señora Ferrer continúa con su relato sin apreciar mi falta de curiosidad por lo que tenga que contarme.

—A pesar de que el señor Ferrer y yo hemos llegado a un acuerdo, eso no significa que no hayamos tenido que pasar por un pequeño altercado, por lo que hemos decidido dormir en habitaciones separadas.

—¡Otra vez! —No puedo más que recriminarla.

—Lo sé, Ana, debo controlar mi carácter; por eso te necesito. —Me trata como a una amiga, cuando en realidad no soy más que su peón—. No quiero pasarme el día discutiendo, pero, cuando veo la impasibilidad de mi marido, me sale el nervio.

—¿Qué necesita de mí, señora? —repito hastiada por su disertación.

—Está en la biblioteca —susurra—, y no creo que salga en todo el día. La lluvia, ya sabes...

—Nos ha quitado el sitio. —Sonrío, y ella me devuelve la sonrisa.

—¿Serías tan amable de subirme un libro y una botella de vino a mi habitación? Ya he dado las órdenes para que la casa funcione; he madrugado lo suficiente. Creo que no es demasiado pedir un poco de tranquilidad.

—¿Qué libro quiere?

—No sé, alguna novela o uno de esos tomos de arte. ¡Podríamos retomar nuestras charlas!

—No creo que fuera conveniente. El señor podría desconfiar y pensar que tramamos algo que no es. —No quiero volver a escuchar sus aburridos recitales.



—Está bien, pero date prisa. Me urge una copa. E intenta que Sara y Marta no se den cuenta de que falta el vino en la despensa. Y, lo más importante, no cruces ni una palabra con él sin mi presencia. Estaré vigilando desde la escalera.

Se escabulle y me deja pensativa. ¿Cómo demonios voy a hacer desaparecer varias botellas de Cabernet sin que nadie se entere? Podría llenar de agua las vacías y colocarlas en su sitio. Es una posibilidad que me apunto. Cuando lo descubran, ya será demasiado tarde y yo estaré a kilómetros de distancia de esta casa y fuera de la vida de los señores Ferrer. Solo seré una borrosa reminiscencia de unas vergonzosas Navidades que nadie querrá recordar.

\*\*\*

Me acerco hasta la biblioteca; la puerta está entornada. Me fijo en la figura de Martín a contraluz. Se calienta las manos en la chimenea. Suspiro. No puedo enfrentarme a él, aunque solo sea para coger un libro. Tendré que volver a ver su mirada. El reflejo que me transmite no me gusta, no tiene nada que ver conmigo, no soy como imagina. Tampoco me considero una víctima. Sin embargo, cuanto estoy con él, sus ojos me buscan e intentan ver a través de mí para averiguar una verdad que sé que no le va a agradar.

Me decido a ir a la despensa. Cruzo la cocina; tanto Marta, la cocinera, como Sara me tratan con indiferencia. No sé qué le he hecho a Sara para que ahora no me hable; está así desde la fiesta de Nochebuena en el pueblo. Cuento las botellas que nos quedan; a este paso, notarán todo el vino que he estado tomando prestado mucho antes de volver a Valencia y olvidarme de esto. Echo de menos a María y a mi madre. Siento presentarme sin lo prometido, pero al menos no lo haré con las manos vacías. Visualizo las bolsas llenas de monedas que me dio Joana y que he escondido debajo de una madera torcida de mi habitación.

Vuelvo a la cocina con la cabeza alta, disimulando el pudor que me da coger esas botellas de vino como si fueran para mi propio disfrute. El olor a chocolate lo cubre todo; me recuerda a las silenciosas meriendas con la señora Tusquets. Le debo una disculpa. Coloco una botella debajo de mi axila y cojo una taza de chocolate. No hace falta que nadie me diga a quién pertenece; es su taza, grabada con flores coloridas, y una cuchara torcida por el esfuerzo del tintineo en la porcelana.

—Yo se la llevaré.

No tengo el valor de mirar de frente a Sara, por si conoce mi secreto, y me dirijo hacia la habitación del ama de llaves. No contesta cuando mis puños repiquetean en la madera noble; abro con cuidado. La señora Tusquets duerme. Me sorprendo de lo comfortable que es el ambiente, aunque el olor a viejo es bastante fuerte. Recuerdo que así mismo olía mi abuela después de su accidente, que la dejó impedida de las dos piernas. Yo era pequeña, pero todavía tengo grabados en la memoria su cara llena de arrugas, su pelo blanco como si lo hubiera cubierto con harina y ese olor a madera húmeda que impregnaba mis fosas nasales cada vez que me obligaban a darle un

beso. Hay un brasero dorado con tapa badilla y tenacillas justo enfrente de la cama, pero lo suficientemente apartado para que no ocurra una desgracia; no sería la primera vez que un artilugio de este tipo provoca la ruina de una familia y la envuelve en las llamas. Tengo envidia; a mí también me gustaría uno para mi habitación. Hay noches que el frío y la humedad son insoportables. Dejo la taza en la mesilla de noche junto a la botella de vino. La arropo y abro un poco la ventana; el aire arrastra hasta mí gotas de lluvia persistentes, que se mantienen cabezonas a estropearme los últimos días en la mansión. No quieren otorgarme ninguna tregua y me obligan a quedarme encerrada. Es algo que está fuera de mi alcance, igual que cuando me obligaban a besar a la abuela. El aire no circula con total libertad, no quiero que el frío se cuele en la habitación y apague el calor del brasero. Cuanto más me acerco a la señora Tusquets, un olor diferente al de hasta ahora me invade: es láudano. No me extraña que le duela tanto la cabeza; aunque sea un remedio, también puede ser nocivo si se abusa. Ausculto su pecho. Noto, aliviada, que respira.

—¿Qué estás haciendo?

Se despierta y me trata igual que siempre, con desprecio. Nada ha cambiado, a pesar de haber abandonado la casa a su libre albedrío y haberse escondido en su santuario de láudano.

—Le he traído chocolate. —La señora Tusquets se reincorpora en la cama; el pelo canoso le cae en cascada sobre los hombros, y la camisa blanca empieza a amarillear de no lavarla—. Siento el desdichado comentario en la mesa el otro día.

El ama de llaves intenta levantar la taza. Su debilidad se hace patente. No se enfada cuando le acerco la taza a los labios como si fuera una niña pequeña. Al cabo de unos cuantos sorbos, se detiene.

—Necesito dormir.

Se tumba de espaldas a mí, mientras la brisa de otro día lluvioso revolotea en la estancia. Cierro la ventana antes de irme.

—No te olvides del vino para la señora —murmura.

\*\*\*

Vuelvo a estar enfrente de la biblioteca. Temo a Martín, pero todavía más presentarme ante Joana sin sus más fervientes adicciones. Miro a un lado y a otro; parece que no hay nadie en la estancia, a pesar de que el fuego sigue encendido. Esta vez es más virulento, parece furioso y desmedido.

Entro decidida a removerlo y apaciguar las flamas para que el calor no sea tan intenso que se apague al momento. Eso ocurre con la mayoría de los deseos: son tan desmesurados, y te sorprenden en cualquier momento y lugar, que no te da tiempo a reaccionar. Como lo que Martín hace estallar en mí cada vez que me observa. Sé que en algún momento me quemaré y me incomoda estar en su presencia, tan diferente a la mirada risueña de Ximo, que me hace sentir querida con sus continuas lisonjas, a pesar de que para él la oscuridad sea algo bueno.

Hay tantos libros en estas estanterías que ocupan todo lo alto y ancho de las paredes. Me pierdo

entre letras negras, grises, de color oro y plata, frases pinceladas como si fueran talladas por un auténtico ebanista; sin embargo, al repasar el lomo donde las palabras permanecen grabadas, no percibo su esencia como cuando repaso con mis dedos los muebles que ha creado un artista. ¿Qué les encuentra Joana a estos libros? No sé cuál escoger para que esta noche se entretenga y no chille ni lance ningún objeto afilado contra mí o contra Martín.

Reconozco encima de un sillón las obras completas de William Shakespeare. Es un tomo grande de tapas de cuero marrón y sus letras doradas me recuerdan a las que hay escritas en las placas de algunas calles de Valencia. Es el volumen dos; no sé qué tendrá de diferente del volumen uno, pero este parece su favorito. No sé cómo no se aburre con tanta desgracia. Con los libros y libros que hay en la biblioteca, y se ha pasado el invierno enganchada a las palabras de ese inglés. Reconozco que en algún momento me hizo reír, cuando Joana y yo interpretamos los diferentes personajes de *Mucho ruido y pocas nueces*.

Abro el pesado libro para ver qué contiene el volumen y una sombra recorre la habitación. Suelto el tomo, que se desploma en el suelo, provocando un golpe seco pero contundente. La sombra alargada abarca mi espacio y el brazo extendido de un hombre que solo puede ser Martín recoge el libro y me lo entrega. Lo identifico por su olor. No sé cómo explicarlo, pero desde que le di el beso en la montaña, el olor avainillado de su piel me persigue, mucho más que el del jabón de lavanda.

—Es para Joana —justifico mi presencia para que no crea que he entrado en su búsqueda.

—No temas; has escogido bien.

Se muestra indiferente y, aunque por una parte me alivia, también me enfurece.

Martín ha colocado la camarera de licores delante de los sillones y encima un tablero de ajedrez. Cada una de las piezas blancas y negras están perfectamente alineadas, a punto de empezar la batalla. Las mira, obsesivo, y sus dedos rozan un peón que quiere adelantarse unos cuadrados. Sin darme cuenta, no dejo de mirar a ese hombre perplejo ante un juego de caballeros que mi padre y yo aprendimos por curiosidad cuando nos encargaron un tablero para el cumpleaños del hijo de un noble. Por aquel entonces, tendría unos once años y cambiaba las reglas sobre la marcha, dependiendo de si me beneficiaba o no para ganar siempre a mi padre, y él me dejaba. No me di cuenta hasta mucho tiempo después de que no todas las reglas pueden saltarse cuando una quiere.

—¿Sabes jugar?

Me he quedado sin aire ante su pregunta. No era mi intención ser indiscreta. Solo contemplaba su perfil, sus manos entrecruzadas, la raya de su frente mientras piensa, su piel tersa, su mandíbula marcada y ese mechón de pelo azabache que le cae sobre los ojos y que ni se molesta en apartar.

—Aprendí mientras tallaba un tablero como este.

—¿Y qué te parece el trabajo? —Me muestra una de las piezas: la reina negra.

Doy pequeños pasos de hormiga con el libro bajo un brazo y la botella de vino bajo el otro. Intento no tocar sus manos cuando, con el pulgar y el índice, me apodero de la pieza madre e

interpreto mi papel de carpintera; no puedo pensar con claridad. Deseo que me realice otra pregunta, que me sugiera que me quede a jugar con él, aunque sé que no puedo, que está mal, que es parte de mi lado oscuro, el mismo tal vez que me ha hecho aceptar un trabajo indigno a los ojos de cualquiera, excepto a los míos, porque me ha llevado hasta él. Sé que no puedo tenerlo, que nunca más besaré mis labios ni su cuerpo se estrechará contra el mío y, aun así, espero que me haga otra pregunta.

—¿Y bien? —Martín, impaciente, sigue con la palma de la mano abierta para que le devuelva a su reina.

—Buen trabajo —tartamudeo. Me inclino a modo de despedida cuando nunca lo he hecho, dispuesta a salir de esa habitación tentadora.

—Por favor, Ana, solo tú puedes ahorrarme la agonía de jugar otra vez contra mí mismo.

—No lo entiendo, señor... —No es el tono ni la manera que me hubiera gustado, pero aun así lo ha hecho. Me giro esperanzada.

Martín se limita a señalarme el sillón que hay frente a él. El mismo en el que, durante las noches en las que el señor Ferrer estaba ausente, yo me amodorraba contra su mullido respaldo por el vino que Joana quería que degustara junto a ella. Me acuerdo de la señora y de su furia si se llega a enterar de que estoy interactuando con su marido a sus espaldas.

—Voy a dejar esto y vuelvo. —Él ha entendido que mi misión es tranquilizar a Joana para poder estar a su entera disposición. «Solo es un juego», me repito mientras subo escaleras arriba.

\*\*\*

Mi intención no es otra que dejar el libro y el vino en el suelo, frente a la puerta de la alcoba de la señora, picar con decisión y escabullirme hacia la biblioteca, pero, antes de que eso ocurra, Joana abre, ilusionada por mi presencia, una que cree de su confianza. Tira de mí hacia adentro.

—¡Ya era hora! ¿Te ha visto Martín? ¿Has hablado con él?

Agacho la cabeza para no tener que mirarla a los ojos y niego con rotundidad.

—Bien hecho. —Me da unas palmadas en la espalda—. ¿Qué me has traído? ¿Shakespeare? ¡Veo que te gusta! Podemos representar otra vez *El sueño de una noche de verano*; si no recuerdo mal, te entretuvo más que *Romeo y Julieta*.

—Es cierto, señora, no soporto las tragedias, pero estoy cansada y preferiría retirarme.

—No me dejes sola, Ana. —Es curioso cómo los dos consortes, pese a sus diferencias, coinciden en algo: detestan la soledad. Podrían hacerse compañía mutuamente y se solucionaría el asunto. Entonces, yo me quedaría sin los cosquilleos que siento en el estómago cuando estoy a solas con Martín. Bostezo y pongo mi mirada más lánguida, la misma que conseguía que mamá creyera que estaba enferma cuando lo único que quería era escabullirme para estar con mi mozo Antonio.

—¿Estás indispuesta?

Rozo con mi mano la frente.

—Tal vez, señora; con este frío puede que haya contraído algún catarro.

No parece creermelo. Coloca uno de sus dedos en mi rostro.

—¡Estás fría!

—Tal y como le he dicho, señora, es el frío de esta montaña. —Toso un poco hacia ella sin taparme la boca; sé que es un poco aprensiva, como todos los de su clase.

Retrocede y me expulsa lo más rápido posible. Salto de alegría cuando oigo la puerta cerrarse detrás de mí, pero me paraliza el corazón cuando vuelvo a oír su voz llamarme con ese aire de superioridad.

—¿Sí, señora?

—¿Dónde está el señor Ferrer?

—Lo desconozco. —Me encojo de hombros y temo que mi gesto haya sido demasiado evidente y que resulte demasiado falso.

Estoy petrificada en medio del pasillo y Joana no tiene ninguna intención de cerrar de nuevo la puerta. Me hace esa molesta señal para que me vaya, y entiendo que quiere ver cómo me deslizo escaleras arriba hacia mi incómoda habitación. Piso con fuerza cada uno de los escalones y doy un portazo para que pueda descansar tranquila, y yo por fin consigo tener mi intimidad con el hombre que me abrasa el corazón. Sé que él no está interesado de manera romántica en mí; busca un compañero de juegos, y yo estoy deseando que me deje ganar.

Llaman con ímpetu a la puerta de mi habitación; por la manera en que ha resonado, no creo que sean buenas noticias. Todavía estoy vestida, pero me tapo con una manta y me suelto el pelo; deshago la cama lo más deprisa que puedo. Cuando estoy a punto de alcanzar el pomo, la puerta se abre y ante mí está Joana, que inspecciona la estancia, furiosa.

—¿Dónde ibas?

—A ningún sitio, señora, estaba estirada, ya le he dicho que no me encuentro muy bien.

La señora Ferrer parece tener un escalofrío.

—Tienes razón, hace mucho frío.

—Si tuviera un brasero, como la señora Tusquets...

Joana pone los ojos en blanco.

—No puedes comparar tu posición en esta casa con la de esa buena mujer que está pasando por una agonía.

—Claro, en qué estaría pensando.

Joana se quita su propia bata de terciopelo y me la coloca sobre los hombros

—Te mantendrá caliente.

Sonrío, sorprendida ante un gesto tan altruista, no muy común en ella.

Me agarra fuerte por los hombros, clavando sus uñas y estropeando la tela de su propia bata.

—No sé si he hecho bien en dejarte sola vagando por la casa. ¿Has visto a mi marido? ¿Has hablado con él en algún momento?

—No, señora, he cumplido sus órdenes. En cuanto se ha escabullido un momento de la biblioteca, he entrado a por su libro y he salido sin que él se diera cuenta.

La presión que ejerce contra mí disminuye, pero no la furia que contienen sus ojos.

—No quiero que te relaciones con el señor Ferrer si no es con mis términos.

Sé lo que insinúa. Teme que me acueste con Martín a sus espaldas. La confusión que se dibuja en mi rostro la convence; nunca se me ocurriría tal cosa. Además, Martín sabe que no soy dama de compañía, sabe de mi moral dudosa y no creo que sucumbiera a mis escasos encantos. Y a mí no se me ocurriría aprovecharme de la situación de la familia. Yo fui contratada para una misión que ha fallado; por lo tanto, lo único que me toca es esperar a que los días en esta casa recóndita, en medio de la montaña, pasen lo antes posible y volver a casa. La visión de un tablero de ajedrez se me cruza por la mente cuando Joana abandona mi alcoba y cierra la puerta. Gira la llave en la cerradura y vuelvo a encontrarme encerrada. Creí que estaba siendo sincera; tal vez Joana haya advertido en mí algo que ni yo misma reconozco.

## Capítulo XII

*Amor y deseo son dos cosas diferentes;  
que no todo lo que se ama se desea,  
ni todo lo que se desea se ama.*

Miguel de Cervantes

He pasado una noche extraña, entre la vigilia y el sueño. He creído escuchar risas y roces de besos en la lejanía, que me han desvelado para luego volver a adormecerme. He distinguido un desdén en la risa clara de Joana y un silencioso tintineo de barítono que me ha recordado a Martín. He soñado con los señores Ferrer recién casados y enamorados de un amor que no llegaba a buen puerto. Sin embargo, los silencios teñidos de escurridizas caricias suenan en mis oídos como ásperos trapos. Me he despertado entre sudores fríos. Imaginar a Joana entre los brazos de Martín no ha sido lo peor, sino la rabia y la envidia por querer ser ella. El miedo se ha apoderado de mi conciencia, y a la vez me he sentido traicionada por mí misma. Nunca he creído en los sueños, y todavía estoy dudando si realmente ha sido producto de mi mente o una realidad palpable.

Débiles rayos de sol se cuelan por la ventana. Hace tiempo que no siento su calor, y lo echo de menos. Me acerco, aún con la colcha por encima de mi cuerpo cubriéndome la cabeza, y aspiro su luz, que atraviesa los cristales. El corazón se me detiene al ver a Ximo subido a su carreta y, en la puerta que da a la cocina, a la señora Ferrer haciendo señas para que se marche.

¿Ha venido a buscarme? ¿A saber de mí?

Me deshago de la colcha y golpeo el cristal. Quiero que Ximo me vea en todo mi esplendor, que mi pelo oscuro lo enloquezca al verlo suelto y compruebe cómo acaricia mi cuello y mis hombros. Estiro el camisón hacia un lado para que un trozo de carne del escote quede al descubierto, pero él coge las riendas del caballo y, con la mirada fija en Joana, se aleja. La señora Ferrer permanece unos minutos mirando hacia la lejanía con el rostro severo. Cierra la puerta de la cocina con cuidado, como si temiera ser vista.

Entiendo que pueda sentirse celosa del señor Ferrer y mantenerme encerrada en el cuarto sea un seguro para que no lo visite por la noche e intente cumplir mi parte del trato sin su consentimiento. Conozco a chicas que lo harían por mucho menos de lo que me ofrecen ahora que todo ha terminado. Lo que no llego a entender es por qué quiere alejarme también de Ximo. En estos

momentos, se ha convertido en un posible pretendiente. Una oportunidad, ahora que los señores Ferrer no necesitan mis servicios.

Recuerdo el beso de medianoche de Ximo. Sus labios suaves acariciando los míos. Su pícaro sonrisa cada vez que sus ojos se posaban en mí. ¿Será una señal? Hoy es un día perfecto para ir al pueblo y recordarle que no lo he olvidado, pese a que la señora Ferrer se empeña a hacerle creer lo contrario.

\*\*\*

Por primera vez desde hace una eternidad, puedo disfrutar de un día claro, como si fuera un interludio de la primavera en pleno invierno. El frío permanece estancado en el agua de mi palangana de cerámica azul, muy a pesar de la luminosidad que se cuela por las rendijas de la ventana. Me lavo deprisa y me visto mucho más rápido de lo que mis manos pueden soportar. Escucho el arrastrar de unas zapatillas que dudan, se detienen y retroceden. Pego mi oreja a la puerta y distingo un suspiro. La llave de la cerradura me sorprende y echo mi cuerpo hacia atrás. Unos pasos se escabullen, tal vez avergonzados. El silencio me alienta, me distrae y me devuelve mi dignidad. Soy libre.

No recuerdo haber estado nunca tan nerviosa por ver a un chico, aunque no sé si es por el señor Ferrer, al que temo encontrar cuando baje las escaleras, o por Ximo. El simple hecho de escapar de la casa para poder explicarle cuáles son mis sentimientos me provoca un aliento de aventura que hace tiempo no disfruto.

Decido que la ruta más segura para recorrer sin inoportunos encuentros es la cocina. No quiero que me vean Sara y Marta, pero es peor salir por la puerta principal y encontrarme con el rostro de Martín.

La criada y la cocinera no me hacen ni una sola pregunta cuando entro decidida a por un poco de pan, queso y vino, y lo introduzco en una cesta de mimbre que encuentro en la despensa. Sin embargo, noto sus ceños fruncidos tras mi espalda y escucho palabras malintencionadas que me niego a responder. Camino con la cabeza bien alta y a grandes zancadas me alejo por el camino de tierra por el que horas antes ha circulado la carreta de Ximo. Respiro el aire puro de la montaña y huelo la tierra mojada que todavía no ha secado. Mi chal de lana me cubre, pero el frío se cuela entre la falda y se pega a mis medias. Ensayo mi sonrisa más dulce; preparo el discurso con el que voy a convencer a Ximo para que lo deje todo por unas horas y huya conmigo. Haremos un picnic delicioso y le confesaré que... ¿me gusta? ¿Que pienso en él como un futuro pretendiente?

El relinchar de un caballo me salva de tropezar con una piedra que hay en medio del camino. Se acerca a toda velocidad y corro por inercia. No oigo mi nombre, sino mi apodo, y eso me acelera el corazón.

—¡Carpintera! —Dejo de correr, pero no detengo mi caminata ni me giro para verlo. Estoy algo ofendida por cómo siempre se dirige a mí—. ¡Ana! —Por fin se digna a pronunciar mi nombre. Su



grave voz eclosiona con los cascos del caballo, que, al unísono, suenan como un ritmo militar. Vuelve a chillar; me llama con desesperación hasta alcanzarme.

Me giro complacida ante ese trémulo tono que le he notado en la última vocal de mi nombre. Desciende de su montura y avanza hacia mí; temo y quiero que me estreche entre sus brazos, que repita en mi oído mi nombre y me jure lo que le está prohibido. Se detiene justo a dos centímetros de mis labios, su respirar agitado se une con el mío y no puede evitar que mis mejillas se sonrojen.

—Te esperé anoche.

Abro los ojos, aturdida, y las imágenes de su cuarto en penumbra y él en la cama aullando otra vez mi apodo me distorsionan el entendimiento.

—Tuve que volver a jugar solo al ajedrez.

Suelto el aire que había retenido. Cierto, solo se trataba de un juego.

—Unos deberes ineludibles me lo impidieron.

Su porte elegante, aun cuando parece no haber conciliado bien el sueño, me hace sentir inferior; es como si la oscuridad de la casa en los días grises me protegiera de una verdad indiscutible: no soy más que una carpintera.

Martín intenta retener una carcajada. Desvío la mirada; he sonado demasiado pedante hasta para mí. Reímos como dos chiquillos hasta que un virulento viento me arrastra lejos de él. Martín agarra mi mano y la sujeta con fuerza para que no me caiga.

—¿Joana te ha vuelto a encerrar?

El fuego que esperaba arder en mi interior se apaga. No hay mejor cura para un alma atormentada que escuchar el nombre de otra mujer en los labios del que provoca las más confusas emociones.

—Tengo cosas que hacer.

Me deshago de su tacto, antes de que mi adicción por él se convierta en una droga incurable.

—¿Irás hoy a la montaña?

—Quizá.

—Ten cuidado, la lluvia no da ninguna tregua en estas tierras.

Sigo mi camino. Martín no me retiene; no es la clase de caballero que consigue lo que quiere a base de amenazas y en eso radica su atractivo. Es simple, honesto y se debe a sus principios, en los cuales yo no tengo cabida.

Mis pies alcanzan una gran velocidad. La botella de vino colisiona con el queso en el interior de la cesta. Corro hasta que el aire discurre a mi favor, giro la cabeza y Martín ha desaparecido; no está a lo lejos esperándome.

Intento recordar el rostro de Ximo, los detalles de cada una de sus expresiones, aunque a veces se me entrecruzan los ojos negros del señor Ferrer. Me concentro en mi discurso, palabra por palabra, dispuesta a labrarme un futuro prometedor.

\*\*\*

Las calles del pueblo están empedradas y me es difícil andar por ellas sin tropezar. Además, son mucho más estrechas de lo que recordaba. El bullicio no es tan acaparador como en Valencia y el trajín es menor. Las señoras con pintas de criadas se pasean con tranquilidad y se paran a charlar con cualquiera que esté en la calle. Algunas me miran y advierto cierto rencor; otras me saludan sin mucho apego y cuchichean a mis espaldas. Echo mis hombros hacia atrás con la intención de mantener mi espalda bien recta, como he visto hacer a Joana en innumerables ocasiones. Intento andar igual que ella, a pesar de no ser más que una carpintera y ahora dama de compañía. No puedo disimular que mis labios esbozan, divertidos, una línea curva hacia arriba. Una señora se santigua al verme; reconozco que puedo parecer un poco ida. Cuando llegué al pueblo, hace ya varios meses, era una principiante en busca de un trabajo. Luego, la causalidad, o el destino, quisieron que Joana me cogiera cariño, aunque a su manera, como todo lo que quiere a intervalos de furia y ternura. Con mi nuevo rango, que Ximo se encargó de divulgar, todos parecen conocerme, pero pocos se atreven a acercarse. Agilizo el paso hasta que me duelen los pies. No creo que la tienda de comestibles esté muy lejos, teniendo en cuenta que es la única del pueblo, aparte de los mercaderes ambulantes, que se turnan cada semana para llenar las plazas de los pueblos, incluida Valencia.

Una desconchada iglesia con un torreón en el que cuelga una gran campana y un edificio de dimensiones nada discordantes con el templo de Dios se alzan en el centro. Los niños juegan en la plaza con pantalones cortos a pesar del frío y los hombres fuman y toman su licor en el bar situado frente a la iglesia. No muy lejos diviso a unas cuantas mujeres haciendo cola con sus cestos de mimbre y me dirijo hacia ellas.

En el interior, Ximo atiende a cada una de las señoras con su habitual zalamería. Espero rezagada a que termine. El viento es mucho más intenso, el sol se esconde tras unas nubes negras y mi plan de raptarlo de sus quehaceres y llevarlo entre los árboles más cercanos se desvanece.

La hora de comer se acerca, la tienda se vacía y el olor a caldo y col hervida invade las calles. Me siento tentada a abrir el borgoña que he cogido a escondidas de la despensa y echar un buen trago. Siento que la flaqueza ha hecho mella en mi carácter y ya no sé por qué estoy aquí. Sin embargo, no me da tiempo a pensar mucho en esta absurda situación. Una mano me agarra del antebrazo y me introduce en la oscuridad de la tienda. No siento la necesidad de escapar ante el olor a hombre joven y la suavidad de sus besos en mi cuello. Nuevas sensaciones se ciernen sobre mi cuerpo y me recuerdan que he venido por Ximo para borrar la visión de otro hombre.

Sus manos hambrientas recorren mi cuerpo y, con pequeños suspiros que me hipnotizan por completo, me encamina hasta la trastienda. Me siento feliz porque alguien se emociona con mi presencia. Ximo quiere jugar y no escatima su esfuerzo en hacerme el amor, y no con palabras, sino con sus gestos de cariño, y eso me ayuda. Estoy cómoda en sus brazos; podría acostumbrarme. Lo más extraño es cuando su lengua se cruza con la mía y no siento ni pizca de los

escalofríos que recorren mi espalda cuando el señor Ferrer permanece en mi campo de visión. Sin tocarme, Martín consigue que mi corazón se vuelva loco y Ximo solo me emociona por su entrega y dedicación a una causa perdida. Esta es una verdad que descubro mientras el muchacho se despoja de su camisa y levanta mi falda, acomoda mis piernas alrededor de su cintura y me devuelve a la realidad. Me pregunto si en este pueblo la gente es tan tolerante como en Valencia, donde la falta de recursos permite que las parejas vivan en concubinato y tengan hijos sin que se arme un escándalo. Tal vez aquí sea diferente y tener relaciones con Ximo no sea tan buena idea. No puedo engañarme a mí misma; siempre he sido una persona práctica y, si he cometido locuras en mi vida, han sido de manera consciente. Nadie puede achacarme alguna acción por desconocimiento o ingenuidad. Acepté el trabajo que me ofreció la señora Ferrer después de meditarlo y con el consentimiento de mamá. Y ahora estoy aquí para conquistar al hijo de los señores Hernán, porque creo que será un buen marido por el que me siento atraída, además de conseguir un negocio, una casa y un refugio para mi familia.

Ximo introduce mi dedo índice en su boca, lo lame como si le fuera la vida en ello, tal vez para enseñarme lo que le gusta. Aparto al joven que con ansia está a punto de poseerme; sin embargo, lo obligo a mirarme a los ojos. He escuchado demasiadas historias románticas que cuentan cómo los amantes con solo una mirada lo saben y el deseo de pasar el resto de sus días juntos es irrefutable. No veo nada en las profundidades marrones de Ximo.

—¿Pasa algo?

—Ya no me apetece.

—¿Qué os ocurre a las mujeres? ¡No soy un juguete!

Está muy enojado; podría forzarme y nadie se lo reprocharía. Mi postura es bastante comprometida. A pesar de ello, se aparta como si mi locura fuese contagiosa

—Hay cientos de muchachas en este pueblo haciendo cola por mí. —Su expresión de indignación me duele y me asaltan los remordimientos.

—Lo sé, yo no quería...

Lo único que deseo saber es si Joana ha traicionado nuestro acuerdo, si me ha descubierto ante Ximo y ha intentado humillarme.

—¿Te ha contado algo Joana sobre mí? —Tanteo la situación antes de lanzarme.

—No te entiendo.

Me incorporo en la mesa, me subo las medias y coloco bien mi pelo.

—Esta mañana has venido a por mí. ¿No es cierto? —Al no obtener ninguna respuesta, sigo con mi interrogatorio—. Vi cómo Joana te decía algo, cómo te alejaba de la casa y pensé que tal vez te había comentado algo...

Ximo intenta acercarse otra vez a mí y besarme. Lo empujo.

—No sé a lo que te refieres —contesta desorientado.

—¿Y qué excusa te ha dado para te fueras sin verme?

—No lo recuerdo. —Vuelve a la carga, quiere terminar lo que hemos empezado—. Que tenías

trabajo, supongo...

—Me ha encerrado, Ximo, me ha dejado a oscuras en esa fría y maloliente mazmorra.

—¿Y qué pretendes que haga yo?

Su desánimo me desconcierta; la pasión que exudaba su cuerpo se ha evaporado. Tal vez, si hubiera contestado de otra manera, lo habría dejado concluir el acto. Sería como sellar nuestra relación. Aunque su falta de asombro ante mi perturbadora situación me alerta. No es tan buen partido como creía.

Huele a estiércol. Varias cajas llenas de verduras de temporada sin lavar y motas de tierra negra pegadas a cada una de las hortalizas están esparcidas a mi alrededor. Es curioso que no me haya fijado hasta este momento, absorta como estaba con las atenciones de Ximo. Nos miramos como lo que somos: unos desconocidos. Dudo de las palabras que tan fervientemente habían calado en mi alma la noche que me escape con él y dejé a Joana durmiendo: *ellos y nosotros*. Creía que Ximo y yo éramos ese *nosotros*. En este instante, me invaden varias cuestiones a considerar. ¿Le gusto realmente? ¿Me gusta?

Ximo por fin deja su máscara de falso enojo y me sonríe con los ojos, estrecha mis caderas y se recuesta en mi regazo. Parece dócil, y entonces una idea cruel cruza por mi mente: quiere que crea que lo he domado cuando en realidad es al revés; me manipula para que lo vea débil, para que le tenga lástima o me apiade de su hermoso rostro de niño bueno.

Acaricio con dulzura su cabello, no porque me haya convencido para seguir con las carantoñas, sino porque me siento atrapada y, mientras, ejerzo de mujer despechada. Pienso en ese amante que pudo haber sido. Busco una salida, tal vez si apelo a mi salud y le indico que no me siento bien, nuestro encuentro terminará de la mejor manera posible. Un paso en falso podría ponerlo en alerta, considerar que está siendo humillado e intentar retenerme a su lado más de lo necesario. La fuerza de sus brazos alrededor de mi cintura es constante. Necesito no despertar rabia o celos. No es que sea una experta, aunque he oído demasiadas historias de hombres capaces de no respetar los deseos de una mujer cuando esta se niega a llegar más lejos de lo que se espera. Oigo llorar a un niño. Pienso en la voz interior del propio Ximo, que quiere revelarse, pero el llanto es cada vez más intenso y el grito de una mujer me sobresalta. La puerta trasera del almacén se abre, tras ella hay luz, como una especie de huerto. La madre de Ximo, que me fue presentada en la fiesta de Nochebuena, aparece encendida de rabia, arrastrando a un mocoso con la mirada perdida y lleno de lágrimas.

—¡Estoy harta de este mamarracho! ¡Marta debería haber vuelto hace horas!

Ximo recupera la compostura y se aleja de mí. Algunos mechones de pelo se han desprendido de mi recogido y los coloco de manera que no me cubran el rostro y me hagan parecer una desaliñada. A unos pasos, se encuentra la cesta para el picnic, la agarro por las abrazaderas y se la entrego a la señora Hernán.

—Esto es por su hospitalidad el otro día, queso y vino de la mansión de los Ferrer.

La señora me mira de arriba abajo al igual que hizo la primera vez. Inspecciona a su hijo de

reajo y pone los ojos en blanco.

—Más bien, queso y vino de mi tienda.

Tiene razón. Se trata de un círculo difícil de romper. En un minuto, he decidido que no quería que Ximo fuera una alternativa para mi futuro y mi picnic se ha convertido en una ofrenda de paz de lo más ofensiva.

El pequeño ha detenido su rabieta y también curioseas mi aspecto como si fuera una estampa.

—¿Sabes si Marta tardará mucho? Hace más de una hora que espero a que venga a por su hijo. Me dijo que solo serían unos días y llevo meses cuidando de este bicho, desde que llegó la señora Ferrer con sus excentricidades.

Es cierto que, desde que ha vuelto Martín Ferrer de Valencia y se ha instalado para no marcharse, Marta acostumbra a salir mucho más tarde, ya que tiene que preparar la cena, cosa que antes no hacía falta; Joana y yo nos arreglábamos con cualquier cosa. Yo misma iba a la cocina a por un poco de jamón, pan, mantequilla, compota... poco importaba que fuera reservado para los desayunos. La señora Ferrer nunca ha considerado importantes las horas de las comidas, meriendas y toda clase de ceremonias inútiles, pero no me había dado cuenta hasta que la señora Tusquets cayó enferma de tristeza como mi hermana. Aunque esta no muere de inanición, bien que relame la taza de chocolate que le llevo cada día.

Miro al pequeño, que no tendrá más de tres años. Ha dejado de berrear al oír el nombre de su madre y espera que yo, por alguna razón que desconozco, me convierta en su salvadora.

—No lo sé... yo no...

El niño hace pucheros, está a punto de arrancar a llorar otra vez, pero la madre de Ximo lo zarandea y le restriega lo mocos por la cara. Rememoro la época en la que María tendría esa edad y era un sinvivir. Escalaba cualquier repisa lo suficientemente alta para estar sobre su cabeza y le gustaba jugar a ser un hada como las que vuelan en los cuentos.

Mamá y yo inventábamos para ella las fábulas con finales felices más bonitos e inofensivos que podíamos, pero ella los malinterpretaba de tal manera que debíamos estar alerta de que no se comiera ninguna piedra pensando que era mágica y que la llevaría más allá de las nubes, desde donde su mamá la vigilaba y protegía.

—¿Cómo te llamas? —Esbozo una sonrisa para calmar al hijo de Marta.

—No te esfuerces, no habla.

—¿Tendrá un nombre?

—Joel —contesta Ximo, ante el desprecio latente que se vislumbra en su madre.

—Joel, ¿quieres venir conmigo?

Antes de terminar mi pregunta, se seca la cara con las mangas del jersey y coloca su diminuta mano debajo de la mía; está pegajosa y mugrienta, y no puedo más que exasperarme por el poco cuidado que ha tenido esa mujer, no sé cómo el pequeño ha podido sobrevivir bajo sus cuidados

—No creo que sea buena idea —comenta otra vez Ximo en voz baja—. Marta confía en mi madre y no...

—¡Déjala! —chilla la señora Hernán—. Dios los cría y ellos se juntan. Nunca debí aceptar quedarme con el mocoso de Marta, por lo poco que me paga. ¡Llévatelo y dile que no quiero volver a verlo!

No doy crédito al mar humor de esa mujer y tampoco a que acepte dinero de un vecino. Los favores se hacen y se devuelven; no se cobran. El silencio se ha impuesto en el almacén; no hay nada más que decir ni que hacer. Ximo carraspea incómodo. Estoy en su casa, por lo que no puede desaparecer sin más, aunque presiento que es lo que en estos momentos desearía.

Sigo sin saber por qué me buscaba esta mañana, tal vez porque tenía ansias de besos, de un buen revolcón con la extraña que habita en la casa de los señores Ferrer. Tal vez tenía buenas intenciones y me hubiera pedido en matrimonio, pero mi frialdad ante sus caricias le ha dado a entender nuestra incompatibilidad. Ya no siento lo que pensé que sentiría, lo que quería sentir.

La señora Hernán empieza a trastear con las cajas de verdura. Sin mediar palabra, salgo de la tienda por la puerta principal, nada de escapar por la recámara.

Las calles están desiertas. Sin embargo, escucho rumores a mi paso que vienen desde las ventanas y las puertas medio entornadas. Nadie quiere perderse mi derrota. He venido a por Ximo y me vuelvo a casa de la mano de un niño de tres años.

## Capítulo XIII

*Sé quién era esta mañana cuando me levanté,  
pero creo que he debido de cambiar  
varias veces desde entonces.*

Lewis Carroll

El camino de vuelta se hace mucho más ameno que el de ida. Joel parece haber recuperado su buen humor cuando le digo que nos dirigimos al lugar donde su madre trabaja, aunque eso no quiere decir que apresure el paso. Se detiene a observar cada detalle, un gusano que trepa por el tallo de una planta o un caracol sin su caparazón. No le interesan los hierbajos, los árboles, las hadas o los cuentos que esconde el paraje, solo los bichos que se ocultan bajo tierra y, la verdad, sé poco de esas cosas. Soy chica de ciudad, pero puedo hablarle de los escarabajos, de las ratas y de las chinches que cada año nos visitan, y parece que a Joel eso le fascina.

—¿Por qué? —Es todo lo que sabe decir.

—¿Por qué las chinches pican a las personas? —aclaro, después de su constante interrogatorio. Asiente emocionado—. Porque les gusta la sangre humana; te pican por la noche mientras duermes.

Después de mi explicación, reconozco que no es algo que deba saber un niño de tan corta edad; puede que se alarme, aunque Joel lo asimila bien.

—¿Cómo son?

—Tan pequeñas como una semilla y muy difíciles de encontrar; se esconden muy bien las muy...

Casi suelto una palabrota. Recuerdo lo que cuesta erradicar a esos bichos del piso; por mucho que digan que el aceite de lavanda los repele, siguen ahí. Hasta que un día descubrí que odiaban el calor. Hace dos años tuve que quemar las colchas, porque no había manera de deshacerme de ellas y comprar unas nuevas. Hace un año, volvieron y probé hasta con aceite de melaza y nada. Hablando de asquerosidades, el estómago me cruje y me doy cuenta de que no he comido nada en todo el día. Sin embargo, no me encuentro cansada. Es la primera vez que creo ser feliz desde que llegué a este remoto lugar alejado de lo que conozco.

Nunca me pregunté qué había más allá de Valencia y aquí estoy, rodeada de árboles y entretenida con un pequeñajo escarbando en la tierra en busca de los bichos más repugnantes que

puedan existir. Si Joel hubiera nacido en una familia adinerada, le predeciría un gran futuro como biólogo, pero el destino le depara otra suerte. Aunque, si le gusta trabajar y no es perezoso, lo sobrelleva, como lo hizo mi padre y como lo hice yo hasta que estas tierras me volvieron holgazana. Madre diría que me he vuelto como ellos; tal vez tendría razón: tengo orgullo y no quiero que me traten como menos de lo que soy, una artista de la madera que se merece un respeto. ¡Qué estúpida he sido al pensar que podría tener una vida junto a Ximo y abandonar lo que más quiero: la carpintería! Volveré a casa e intentaré buscarme un marido del oficio, aunque esto también va a ser muy difícil porque los que quedan en el gremio o son muy viejos o muy jóvenes.

Es muy pronto para que el cielo se oscurezca. Joel se agarra a mi mano con fuerza y hace pucheros. Está agotado. Un trueno asusta a los pájaros que descansan en las ramas de los árboles y alzan el vuelo. Aúpo al niño en brazos y le susurro palabras de consuelo; le cuento lo insoportable que es Joana, los molestos sentimientos que tengo cada vez que la presencia de Martín se manifiesta, ya sea tan solo para recorrer el pasillo que hay hasta la biblioteca y encerrarse en ella o para bajar a la cocina a por un chocolate. ¿No puede esperar como todos los demás a que se lo sirvan? Aunque lo cierto es que Sara no está muy por la labor y me mira con desgana, como si fuera tarea mía. Qué mal acostumbrada la tiene la señora Ferrer; encuentro que su actitud es muy laxa en lo que al servicio se refiere.

Joel hace un amago de lloro al oír un trueno. Mi voz lo tranquiliza. Funciona igual que con María. Los niños no se ponen nerviosos hasta que lo hace un adulto. Solo se trata de otra de tantas tormentas que en este diciembre acecha la montaña. Echo de menos mi lugar especial.

La casa se presenta ante nosotros entre tinieblas; espero que nadie nos vea llegar desde los ventanales de la cocina y arropo a Joel para que ni el viento ni las gotas de lluvia, que caen como chispeantes brillantes cubriendo mis ropas, lo alcancen.

Me dirijo hacia el camino yermo que hay que atravesar para llegar hasta la cocina. Diviso luz tras los ventanales. Marta me recibe con rostro sombrío y me arrebató a su hijo. No esperaba menos de ella. El agua cae con mucha más fuerza y repiquetea con un furioso eco por toda la casa.

—¿Qué ha ocurrido? —exige saber la cocinera, mientras palpa todas las extremidades del pequeño. Comprueba que no hay nada roto, busca desesperada alguna marca que yo le haya podido infligir.

Sus labios se tuercen rabiosos hacia mí y, si antes me frustraba que esa mujer se mostrara indiferente, ahora lo añoro.

—La señora Hernán no podía ocuparse más tiempo de él.

—El señor Ferrer no me deja marchar hasta que no se haya servido la cena, dice que la comida recalentada no tiene el mismo sabor.

—¡Qué sabrán estos burgueses de platos refinados! —Intento congraciarme con ella sin éxito.

Sin esbozar sonrisa alguna, Marta deja dos platos de potaje encima de la mesa. Joel lo engulle con ansias y yo hago lo mismo, pero con un poco más de modales.

—¿Cómo sabe? —pregunta la cocinera con los brazos en jarra.



—¡Está delicioso!

—¿Notas algo diferente?

Niego con la cabeza.

—¡Ajá! Pues este guiso lo preparé ayer, pero el señor Ferrer insiste en que no me puedo ir a mediodía. Según él, el jornal que me paga bien merece que me pase el día cocinando.

—¡Mujer! Hasta ahora, tanto Sara como tú os habéis estado escabullendo de vuestros quehaceres.

—¡Mira quién fue a hablar!

—No me negarás que os habéis estado aprovechando de la situación desde que la señora Tusquets cayó enferma.

—¿Qué podía hacer si nadie quería cuidar de Joel hasta tan tarde? Mi hombre me ha abandonado y no tengo familia en este pueblo perdido de la mano de Dios.

—¿Por eso te escabullías tan precipitadamente?

—Para ir a buscar a mi hijo; la señora Hernán me ha hecho un gran favor estos meses ocupándose de Joel en lugar de atender a su negocio.

—Según me ha dicho, no vale la pena por lo poco que le pagas.

—¿Eso te ha comentado?

—Es más, no quiere volver a verlo.

Marta, pálida, se sienta entre Joel y yo. Se restriega el delantal por la frente.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—No tienes más remedio que traértelo aquí.

—Los señores no lo tolerarán.

—No creo que haya problema; hablaré con la señora.

Marta coge mis manos a modo de súplica.

—Si posa su mirada en mi niño, me lo quitará.

No sé por qué, pero esa precipitada conclusión me ofende.

Joana quiere ser madre ante todo y haría muchas locuras para conseguirlo, pero precisamente ese deseo tan profundo que nace del corazón le impediría robar un hijo a otra madre.

—¡No digas tonterías! —Mientras intento calmar a Marta, recuerdo la última oferta de Joana de ir a vivir con ella con la condición de que María me acompañase, y mi seguridad se tambalea.

—Ya lo ha intentado en varias ocasiones. No con mi Joel, pero se cuentan historias. Está desesperada y loca.

—La gente confunde el deseo de ser madre con la locura. Y la señora Ferrer quiere por encima de todo un hijo y entiende el amor que le profesas a Joel, como comprende el amor que le tengo a mi María.

—¿Y por qué estás tú aquí, entonces?

Mi mano, que sujeta el mango de la cuchara llena de potaje, se congela. Tardo unos segundos demasiado largos en contestar.

—Soy su dama de compañía.

—¿Antes o después de ser doncella? No te engañes, te trajeron por una razón.

Respiro hondo.

—¿Cuál, si no es mucho preguntar?

—Te quiere quitar a tu hija.

—¿Cómo? Si no está aquí.

—He visto cómo te tratan, te engatusan para que veas lo bien que se vive con dinero, te muestran una vida llena de simplezas, donde puedes pasarte el día durmiendo y bebiendo, y, cuando más acostumbrada estás a este ritmo, entonces te lo quitan y no te lo devuelven hasta que no les das lo que quieren

—¿A mi hija?

Marta asiente y abraza a Joel, que sonrío orgulloso por haberse terminado su plato.

Intento mantener mi rostro impertérrito. No tiene idea de mi secreto, así que intento decidir si vale la pena convencerla de que Joana no es un monstruo que se come a los niños.

Los ojos de Marta no mienten; cree en sus palabras. Sería inútil persuadiría de su error.

—Está bien, si no quieres que interceda con la señora, ¿qué quieres que haga?

—Habla con el señor Ferrer. Si tengo su consentimiento, estaré más tranquila, y ya me ocuparé yo de que la loca de su mujer no ponga el pie en la cocina ni que vea al niño.

Nota cómo la sangre hierve en mi rostro; con tan solo pronunciar su nombre, me pongo nerviosa, y mucho más si piensa que tengo alguna influencia sobre él. Marta sonrío con malicia, como si se lo estuviera confirmando. Intento llamar la atención de Joel para olvidarme del ardor que me asalta al recordar cada uno de nuestros encuentros. Por suerte, el niño no para de hacer pucheritos; se nota que está cansado y que lo único que quiere es dormir. Las dos intentamos distraerlo y, al fin, conseguimos calmarlo. Ahora descansa en los brazos de su madre y la desazón que me atenazaba ha desaparecido y vuelvo a ser yo misma.

—¿Lo harás, Ana?

Marta me trata de tú a tú, con esa melancolía en su voz que me aplasta el alma. Asiento con la cabeza; no voy a negar la complicidad que hay entre nosotros. Las dos sabemos que Martín me escuchará. La cocinera agarra mi mano y la aprieta a modo de agradecimiento.

—Siempre devuelvo mis favores. Ten cuidado con Sara.

—¿Qué quieres decir?

La angustia vuelve a invadir las extremidades de mi cuerpo, pero esta vez por otra causa totalmente distinta. La susodicha aparece de repente, como si nos hubiera estado escuchando. Escudriño su rostro y su candidez me recuerda lo simple que siempre la he encontrado.

—¿Qué haces aquí, pequeñín?

Se aproxima a Joel para darle un beso.

—Tu futura suegra —chilla Marta, dedicándome una mirada especial—, que se ha cansado de cuidarlo.

—Es que con lo poco que le pagas...

No puedo evitar salir en defensa de mi nueva aliada.

—Debería hacerlo de manera altruista. ¿Qué será del pueblo si sus habitantes no se ayudan entre sí?

Advierto en Sara una transformación camaleónica, aunque, si Marta no me lo hubiera advertido, tal vez no le habría prestado atención; así es de fina la línea sombría de su mirada.

—Entre familias sí, pero Marta es extranjera —contesta indignada la sirvienta—. No ha nacido ni se ha criado en el pueblo.

Tanto la cocinera como yo callamos; parece que las dos hemos llegado a un acuerdo tácito sin tan siquiera hablarlo. No queremos desenterrar ningún hacha de guerra.

Relámpagos serpentean el cielo y los truenos retumban entre los picos de las montañas

—Por cierto, Ana. —Sara me mira por encima del hombro—. La señora te ha estado buscando toda la mañana. ¿Dónde has estado?

Me encojo de hombros.

—Por ahí.

—Hasta el señor se ha preocupado por tu ausencia y ha salido a buscarte.

Toso, temerosa; al tragar la saliva, se me ha ido por el otro lado.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Cuándo?

—No sé, hace rato. Tal vez la tormenta lo ha alcanzado. Si vuelve herido o enfermo, será culpa tuya.

Arrugo el ceño; no entiendo por qué me habla de esa forma. ¿Qué clase de autoridad cree que tiene sobre mí?

Restriego nerviosa mis manos; el cielo se tiñe de un negro feroz, pese a que todavía no es la hora de la merienda. En otras circunstancias, habría salido rauda a buscarlo, pero los cuatro ojos de esas mujeres puestos en mí, esperando cualquier reacción desmesurada para confirmar sus sospechas, me paralizan.

Respiro hondo para calmarme.

—Ya volverá —contesto, impasible—. ¿Preparo chocolate? —Procuro que mi tono sea lo más imparcial posible. Asienten, decepcionadas; no les interesa nada más de mí.

\*\*\*

No sé cómo Sara ha conseguido erigirse en la prometida de Ximo, uno de los chicos más apuestos de los alrededores, a juzgar por lo que vi en la fiesta de Nochebuena.

No le guardo rencor; más adelante se dará cuenta de su desacierto. No se aman. Sara solo quiere descansar tras un mostrador y Ximo seguirá haciendo lo que le plazca con las mujeres. Casi me engaña, casi caigo en la tentación de sus hermosos ojos marrones y de sus suaves labios. Tampoco es un mal chico; somos nosotras las que, como insectos, quedamos atrapadas en el

agradable aroma que desprende su juventud.

Saboreo más de la cuenta el dulce gusto del chocolate. Marta le echa demasiado azúcar, cuando su textura originalmente amarga es mucho más auténtica. Mantengo demasiado tiempo en mi paladar el regusto de una merienda lenta como la eterna tormenta que parece no tener fin. El cielo ha ennegrecido por completo y no puedo parar de pensar en el señor Ferrer. Sirvo otra taza del delicioso manjar que abunda en esta casa; su aroma invade cada rincón, hasta los aposentos de la señora Tusquets. Hace días que no la visito. Me acerco a su alcoba. El calor de la estancia es sofocante. La ventana está bien cerrada y las cortinas corridas; aun así, se oye el incesante repiqueteo de la lluvia contra el cristal. Parece que eso no inoportuna a la señora Tusquets, que permanece quieta en su cama. Su cabellera blanca reposa en la almohada. La tapo un poco más con la colcha, a pesar del bochorno que provoca el brasero.

Fijo los ojos en un punto inexacto y la imagen de Martín sorteando la maleza, piedras y troncos que le impiden avanzar hacia mí me engulle, y el pánico hace acto de presencia.

Ha ido en mi busca, seguro que ha subido hasta la montaña. ¿Y si se ha caído? ¿Debo ir a su encuentro? ¿Estará Martín malherido?

—¿Por qué dices esas cosas, muchacha? ¿Qué le ha pasado a mi niño?

La voz de la señora Tusquets es clara y penetrante. Se ha incorporado y busca su chal. Me doy cuenta de que, sin querer, he hablado en voz alta y mis remordimientos me han traicionado.

Abrumada por la reacción del ama de llaves, consigo centrarme en un único propósito: que no se levante, aunque hace unos días todos lo hubiésemos celebrado. No quiero perturbarla más de lo que está y, con un hilo de voz que apenas yo puedo oír, le digo que su hijo ya no se encuentra entre nosotros desde hace mucho tiempo.

—Ya sé a quién te refieres, raposa. Martín es mi segundo hijo; lo conozco desde que nació. Yo lo he criado y no puedo consentir que tropiece otra vez con la misma piedra. Debo salvarlo.

Esta vez el láudano le ha afectado demasiado a la mente. Lo escondo en el cajón de la cómoda para que no recurra a él.

—Le he traído chocolate. Beba, la calmará.

—No quiero calmarme. ¿Por qué Martín debería estar malherido? ¡Contesta, desvergonzada!

Le tapo la boca; ella agranda los ojos de manera tan desmesurada que cualquiera diría que intento matarla.

—No diga nada de lo que luego se pueda arrepentir —la amonesto, como si fuera una institutriz que sabe lo que hace, cuando hiervo en mi interior—. Recuerde que soy la dama de compañía de la señora y que solo pretendo el bien de esta familia.

La señora Tusquets, al advertir que no voy a ejercer mi fuerza contra ella, me empuja.

—Entonces, ¿qué estabas farfullando antes?

—El señor ha salido en medio de una tormenta y todavía no ha vuelto; me preguntaba si debería ir en su búsqueda.

—¡Pues claro! Pequeña sanguijuela.

Me echa fuera de la habitación y me persigue por el pasillo hasta la puerta principal.

—Coge una capa y sal ahora mismo a por tu amo. Y no vuelvas hasta encontrarlo.

La puerta se abre. Martín aparece. Un relámpago ilumina su semblante, y sus ojos llenos de odio me atraviesan. Me siento empequeñecer, dolorida por todo lo ocurrido.

El ama de llaves corre hacia Martín.

—Debes quitarte la ropa antes de que cojas una pulmonía.

—Estoy bien, Rosalía.

La señora Tusquets lo despoja del gabán mojado y lo deja caer al suelo. Lo obliga a entrar en la biblioteca, donde el fuego de la chimenea arde permanentemente. Lo sienta en una butaca y le quita el chaleco y la camisa. Una a una, las prendas van cayendo al suelo, y el cuerpo esculpido de marfil de Martín aparece ante mis ojos como si fuera una escultura. Alargo mis dedos y perfilo en el aire su talle a contraluz. La señora Tusquets lo tapa con una manta, la misma con la que me calentaba durante las noches en que Joana se obstinaba en que la acompañase en su soledad ante una botella de vino. Me recorren escalofríos al pensar que la tela que ha tocado mi piel cubre la piel de Martín.

—¡No sé por qué has salido con una tormenta así!

—He ido en su búsqueda; me tenía preocupado.

—¿Has salido a por Joana? ¿Se ha vuelto a escapar?

—No lo entenderías.

—No quiero inmiscuirme en vuestros asuntos.

—Pues bien que lo has hecho, no olvido que has sido cómplice de esta encerrona. ¿Cómo se te ha ocurrido venir hasta aquí y en Navidades? ¿No podías esperar al verano?

La señora Tusquets se remueve, nerviosa, y gira la cabeza hacia atrás, como si adivinara que estoy oculta tras el marco de la puerta. Me escondo entre las sombras por miedo a ser descubierta.

—Perdóname, ha sido algo impropio de mí; no creía que me iba a afectar así pasar las fiestas en esta casa después de tantos años, pero los recuerdos no me abandonan por más láudano que tome.

—Ya va siendo hora de que lo dejes, te necesito despejada para que todo funcione como Dios manda. Pasado mañana nos volvemos a Valencia.

¡Tan pronto! Un nudo en la garganta me ahoga, como si una bola gigante aprisionara los músculos de mi cuello. No estoy preparada para irme; no quiero dejar atrás este sentimiento que brota de mi interior. Sería lógico querer apagarlo; sin embargo, me atrae y no pienso olvidarlo. Me gustaría permanecer así, que mi futuro quedara suspendido en el aire y curtirme de la presencia de Martín, llenarme de su esencia, aunque fuera a una cierta distancia.

—Voy a por ropa seca. —El ama de llaves hace un intento por salir de la estancia.

—No. —El señor Ferrer es tajante—. Ya has hecho suficiente, puedes retirarte.

—¡Caerás enfermo si no te abrigas lo suficiente!

—Estoy bien. —Su voz trémula lo delata.

—Te conozco desde que naciste y sé que algo te atormenta. No dejes que Joana te robe más años de la felicidad que te mereces. Creí que con un hijo todo se arreglaría, que conseguiría contribuir a proporcionar estabilidad. Ha sido una idea descabellada.

—Si quisiera un hijo, yo mismo me habría acostado con una mujer de mi gusto hace años, pero el problema es que no quiero tener un hijo con cualquiera.

—Por eso Joana lo había dispuesto todo para que se asemejara a una concepción de lo más natural entre vosotros.

Esa mujer no cesa en su empeño, parece querer agradar a su amo y luego contradice sus propias observaciones. Ya ha quedado claro; Martín no quiere acostarse conmigo, no soy de su agrado. Tal vez si la elegida hubiera sido una chica lo más parecida posible a Joana, el señor Ferrer se lo habría pensado mejor. En cambio, la señora Ferrer ha optado por mí. ¿Y qué es lo que tengo aparte de buena salud?

—¡Por el amor de Dios! —chilla Martín—. ¡Déjame en paz!

Nunca había escuchado un tono tan alto y tan crispado en él, siempre me ha parecido un hombre comedido, educado hasta el extremo y cuidadoso de no herir a las personas. Supongo que hasta los más sensatos tienen un límite.

\*\*\*

Trato de ver un poco más allá de las sombras de Martín y la señora Tusquets enmarcadas en la pared. Estoy a punto de entrar con una excusa, cuando me doy cuenta de que Martín se ha desprendido de la manta y, completamente desnudo, levanta su musculoso brazo por encima de su cabeza y lanza a lo lejos un vaso de cristal. La señora Tusquets se cubre el rostro con las manos temiendo que el golpe fuera para ella, y huye despavorida. Choca conmigo. He sido cazada en una incómoda y clara posición de cotilleo. Pero a Rosalía no parece en este momento importunarla que haya estado husmeando en su conversación privada; me coge del brazo con brío y me aleja de la biblioteca tan deprisa que casi no me da tiempo a contemplar el poderío del señor Ferrer. Hubiera podido fijarme en muchas partes de su anatomía por las que siento verdadera curiosidad; sin embargo, sus ojos inyectados en sangre me han alarmado tanto que aún los tengo presentes como si tuvieran poderes sobrenaturales y me persiguieran.

—Más vale que no entres; no se te ha perdido nada.

—Solo quería saber si el señor estaba bien, si quería un caldo o ropa seca.

—Esa es mi tarea, no la tuya.

—Con tanto láudano, necesita a alguien que la oriente.

La señora Tusquets me mira con la boca abierta.

—En otras circunstancias, tu lengua desbocada habría sido motivo de despido; todavía no sé ni por qué estás aquí.

—Por si los señores cambian de parecer. —Sonrío burlona, pero mi lengua, la que tanto odia

Rosalía y que por cierto siempre ha sido así de cínica, tiene vida propia y no hace caso a mi mente, que está en otra parte, en la biblioteca con Martín.

El ama de llaves se restriega las manos nerviosa.

—Nunca lo había visto así, tan descompuesto, desde que se enteró...

—¿De qué?

Me observa como si fuera la primera vez que me ve; temo que tantos días en cama le hayan afectado el entendimiento. Siento cómo las mentiras hacen mella en ella, y la tentación de contar todo lo que sabe de la familia Ferrer bulle en su interior y le crea pequeñas ampollas.

—¿Qué es lo que altera al señor? Cuéntemelo. Tal vez entre las dos podamos aliviar sus pesares.

Pongo mi expresión más cándida y no la engaño; deseo con todo mi profundo anhelo, el mismo que me provoca el señor Ferrer, mitigar de alguna forma su pesadumbre, y destruir la ira que se ha apoderado de él.

La señora Tusquets se humedece los labios.

—Nunca antes había estado tan iracundo, solo cuando se enteró de que la señora no lo amaba, que se había casado con él porque no podía tener a su hermano. Cayó en la agonía. No es que suele beber mucho, pero aquel día salió de casa mucho más que ebrio y se enfrascó en una pelea que le desencajó la mandíbula. Tuvo que estar hospitalizado varios meses antes de poder volver a ser él mismo.

El silencio cae como una losa sobre mi malherida autoestima.

Estaba en pleno éxtasis al enterarme por Sara de que Martín había salido en mi búsqueda; sin embargo, el relato de la señora Tusquets sugiere que se ha arriesgado bajo la lluvia no por mí, sino por algo que Joana le ha dicho o le ha mostrado: su carencia de sentimientos, su insufrible egolatría, su tendencia a compadecerse de sí misma ante una botella de vino y las tragicomedias de Shakespeare.

—Sé que le va a sonar absurdo —me dispongo a salvaguardar la integridad de esta familia, por muy en contra que vaya de mis propios sentimientos—, pero estos días he podido conocer un poco mejor a la señora y puedo asegurarle que ama al señor Ferrer. No sé por qué él tiene tendencia a pensar lo contrario.

¿Tal vez por su coquetería que roza el absurdo? ¿Por su belleza que eclipsa todos sus defectos y la hace parecer perfecta y pura? Tanto que un pequeño mohín ya se considera un rechazo.

Los ojos de Rosalía se iluminan.

—¿De verdad lo crees?

—Está tan celosa de mí que me encierra cada noche para que no pueda hablar con el señor Ferrer, cuando ni se me pasaría por la mente hacerlo; está tan fuera de mi alcance que ni me he planteado ser otra cosa que lo que quiera que sea y haga Joana Ferrer.

—A ti también te ha encandilado.

No la contradigo. Es cierto que al principio me atraía como una polilla a la luz, estaba tan

anonadada por sus encantos, por su saber estar y por su gracia, que no había captado su inmadurez, propia de una jovencita y no de una dama. Aun así, es cierto que en su presencia cualquiera empequeñece, sabe imponerse y echa fuego tanto con la mirada para provocar deseo, como por la boca para amedrentar a su adversario. Es una mujer perspicaz; sabía antes que yo misma que me convertiría en su rival. No vale la pena negar que, si pudiera volver a besar a Martín, lo haría y ni por un instante pensaría en su esposa.

—Creo que los dos han jugado a odiarse durante años, pero se aman con locura.

No miento y la inflexión de mi voz es hueca. Difumino la emoción que me produce alejarme del hombre que me estremece con tan solo acariciarme con la mirada. No sabría decir por qué, tal vez porque es el primero que me besa en condiciones; allí, en la montaña, parecía tan atormentado por el deseo que pensé que le gustaba.

—Deberías decírselo, a mí no me creería.

Lo que más deseo es hablar con él sin tapujos, no tener remordimientos por estar en la misma habitación, poder escucharlo, acunarlo en su desespero, calmar su agonía, aunque sea a causa de otra mujer. La señora Tusquets me da esa oportunidad y no sabe cuánto ambiciono hacer lo que me pide; sin embargo, por alguna misteriosa razón, mi mente y mi cuerpo parecen paralizados, como si algo les impidiera llevar a cabo el cometido.

—Solo tú puedes conseguir que Martín vuelva.

No hacen falta más palabras. Un hombre devastado por el amor solo puede caer en una locura sin fin hasta que alguien se compadece y le da esperanzas, una salida para recomponerse y volver a la conquista, y eso es precisamente lo que me encarga el ama de llaves. Titubeo. Ella lo nota y presiona mis manos con ternura. Tiemblo, no por la conversación que me espera, sino por el comportamiento inesperado de la señora Tusquets. Está fuera de su elemento y me transmite una sensación de inseguridad también muy rara a mí. Ya no siento la necesidad de aplastarla con indirectas de mal gusto. Giro la cabeza en dirección a la biblioteca, donde Martín seguramente estará recostado en una butaca, desnudo.

El silencio es incómodo; resuena más que los chillidos de Joana. Temo que los latidos de mi corazón alerten al ama de llaves de mis oscuras emociones. Una fría gota de sudor resbala por mi frente, resoplo como un animal enjaulado y es Sara quien me salva antes de que los nervios me traicionen.

Esta se detiene en seco, sus zapatillas rechinan en el suelo y observa de manera poco apropiada al ama de llaves.

—¿A dónde vas tan resuelta? —la reprende Rosalía.

—Yo... quería ver si los señores necesitaban algo, he oído voces y creía que eran ellos.

Sara me mira de soslayo, altiva, como si su reciente compromiso con Ximo fuera a otorgarle un rango superior al que ya tiene. No creo que sea para tanto pasar de ser criada a señora de un tendero. Aunque, mirándolo por otro lado, es mucho más interesante ser tu propio jefe que aguantar las fruslerías de un ama de llaves o de una señora tan excéntrica que una ya no sabe si ha



sido así siempre o el matrimonio la ha convertido. ¿Tan malo es estar casada con Martín Ferrer?

Desecho la idílica idea de la cabeza y alzo mi barbilla, dispuesta a no dejarme apabullar.

—Ya nos ocupamos nosotras, Sara, puedes retirarte. —Utilizo una inflexión parecida a la de la señora y Sara frunce el ceño. Me habría replicado si la señora Tusquets no hubiera realizado un movimiento de cabeza afirmativo. La criada parece vacilar y, al fin, se atreve a pronunciarse, pero esta vez me da la espalda adrede para hablar cara a cara con Rosalía.

—Con la que está cayendo, Marta y yo habíamos pensado quedarnos en la casa esta noche. Si le parece bien, prepararé las dos habitaciones que están al lado de la de Ana.

¡No recordaba el favor que me había solicitado Marta, desesperada, en la cocina! Por eso, me adelanto a la próxima solicitud de la sirvienta.

—También pasará la noche Joel, el hijo de la cocinera. No le importa, ¿verdad, señora Tusquets? ¡Y tampoco creo que sea necesario molestar a los señores con estas minucias! —He sido algo descarada al no esperar su consentimiento. No hace mucho, tan solo unos meses, eso habría sido motivo de una buena bronca por parte del ama de llaves, pero la susodicha no está por la labor y solo asiente.

Sara se aleja triunfante y yo sigo debatiéndome entre los celos que me provoca que esa mojigata se haya convertido en la nueva novia de Ximo y la coyuntura que se me presenta ante la petición de la señora Tusquets. Se lleva la mano a la cabeza. Como predije, el láudano está haciendo sus estragos y ya no puede pasar ni unas horas sin él. La sujeto antes de que se desvanezca.

—Necesita acostarse.

—¿Y Martín?

—No se apure, le llevaré ropa seca para que no pase frío y, de paso, allanaré el camino para que el señor pueda volver a ilusionarse.

—Sin amor no es nada —la pobre señora Tusquets delira—. El amor lo es todo.

La acuesto y, mientras cuento las respiraciones del ama de llaves por temor a que deje de hacerlo, me percató de que ha llegado mi oportunidad de enfrentarme al hombre que me inspira extraños deseos de salvarlo de sí mismo al declarar cuánto lo ama su mujer y, al mismo tiempo, siento la necesidad de destruir cualquier pequeña esperanza que pueda devolverlo con Joana. Y es entonces cuando la imagen de ella se me cruza por la mente; habrá estado todo el día furiosa por mi ausencia y seguramente sus celos hayan aumentado. Es extraño que no salga de su habitación para comprobar que no estoy acosando a su marido. Subo las escaleras con calma, pensando en una excusa convincente, algún plan que me deje en buen lugar. Llamo a la puerta y no contesta. La abro con sigilo y encuentro a Joana durmiendo. A su lado, una palangana con vómito de hace varias horas. Huele a huevo podrido. Me llevo la palangana hasta la cocina. Ni rastro de Marta, Sara o el niño. La cena está preparada, a punto de ser servida cuando los señores así lo ordenen. Aunque me temo que esta noche van a tener que esperar. Vuelvo con el balde limpio y lo coloco al lado de la bella durmiente, por si despierta con ganas de echar la bilis. Recojo las botellas vacías; hace tiempo que nadie limpia la habitación. No sé cómo lo permite la señora. Tal vez la haya

juzgado mal desde el principio y la negativa de su esposo a tener un hijo, aunque sea de la manera que ella lo ha planeado, la ha llevado a un estado de aflicción tan grande que su alma no lo puede superar. La soledad puede ser abrumadora, y más para una mujer como Joana, acostumbrada a estar rodeada de admiradores por doquier. En cierto modo, durante mi estancia, su marido no ha hecho más que rechazarla, dejándola a su suerte en esta casa. No entiendo por qué ahora Martín se angustia tanto por perderla, cuando ha sido él mismo quien ha provocado la situación. Hace un par de noches, escuché risas que parecían albergar una reconciliación, pero tal vez lo soñé.

\*\*\*

Me dirijo con cautela a la habitación de Martín Ferrer. El corazón vuelve a galopar sin medida cuando mi mano se posa en el picaporte. Hoy parece ser el día de las primeras veces. La respiración se me corta al entrar en su alcoba y oler su aroma: tabaco mezclado con almizcle, jabón y una pizca de chocolate. Cómo no, hay una taza en la mesilla de noche que Sara ha olvidado recoger; mejor que se dedique a ser tendera, porque como criada no vale ni un real. Repaso con cierto apremio cada uno de los muebles que componen la habitación. No me gustaría que me encontraran husmeando en las cosas del señor Ferrer, pero no puedo resistir la tentación de sentarme en su cama y oler las dos almohadas grandes y mullidas. Una no se ha utilizado; la otra, sin embargo, es una mezcla de esencias que me permito descifrar una a una: a montaña, a aire fresco, a sudor de hombre maduro, a azúcar quemado. Así es como debe de oler su piel. Una rama se retuerce contra el cristal y el viento parece aullarme que me dé prisa. Registro los cajones de la cómoda y me apresuro a sacar una camisa y unos pantalones.

Corro escaleras abajo. Me detengo antes de entrar en la biblioteca; el permiso de la señora Tusquets para acercarme a aquella estancia y vaciar lo que llevo dentro me da la seguridad que había perdido.

## Capítulo XIV

*¿Te has enamorado alguna vez?*

*¿No es horrible?*

*Te hace tan vulnerable.*

*Abre tu pecho y abre tu corazón*

*y significa que alguien puede*

*entrar en ti y deshacerte.*

Neil Gaiman

Martín está desnudo frente a la chimenea, sentado en mi butaca. Contemplo cómo su pelo lacio cae sobre sus hombros. El respaldo del sillón cubre el resto de su anatomía. Me distrae el hecho de que la manta que hasta hace poco lo cubría ahora está en el suelo. No se trata solo de simple atracción, una cierta envidia corroe mis entrañas. A un hombre no se le puede discutir cualquier enajenación mental que pueda sufrir por amor, ya sea si se decide a buscar a su amada bajo la tormenta, poniendo su salud en peligro, o permaneciendo desnudo ante la chimenea. Libertad, esa es la palabra que degusto en mi paladar al observar cómo se calienta ante las llamas, indiferente a lo que pueda suceder más allá de su espacio. Una libertad que desde siempre me ha sido vetada. Me acerco con sigilo y alargo mis dedos, hipnotizada por su piel. Tal vez, si llego a rozarla, yo también podré formar parte de esa sensación de alivio que uno experimenta al saberse fuera del alcance de los juicios ajenos.

Estoy tan cerca que puedo notar su olor, el mismo que desprendía su almohada. Pero algo mucho más poderoso que la simple atracción por su cuerpo me impide seguir. Aclaro mi garganta y Martín se gira sorprendido al verme. Enseguida recoge la manta del suelo y se tapa de cintura hacia abajo, dejando al descubierto su torso. Me ruborizo. Nunca pensé que un hombre pudiera ser tan bello sin sus vestiduras y mucho menos un caballero obsesionado siempre por la moda y el decoro.

Advierto un cierto desconcierto en la mirada de Martín, no sabe dónde posar los ojos. Sin embargo, yo no puedo apartarlos de la marcada línea de la pelvis. La recorro hacia arriba hasta llegar a su rostro encendido. Le alargo las ropas que he cogido de su habitación y él tarda en quitármelas de las manos; intenta no rozarme, pero falla. Y mi suspiro lo sorprende tanto como a mí.

Me giro de espaldas para que pueda vestirse. Me resisto a retirarme. Quisiera hablarle del amor de Joana. Ella lo quiere de una manera poco convencional, un cariño que los está ahogando a los dos.

—La señora duerme en su habitación. —Es lo único que se me ocurre para calmarlo, aunque enseguida pienso que tal vez lo haya molestado, ya que es evidente entonces que su búsqueda en medio de la tormenta no ha tenido sentido.

Noto su respiración tan cerca que el vello de mi nuca se eriza. Nunca antes la caricia de un solo dedo en mi muñeca me había hecho sentir tan ligera.

—¿Dónde has estado? —Al escuchar su voz, mi alma se desprende del sobresalto para volver de nuevo a un cuerpo que por momentos parece no ser mío.

Martín roza con sus labios mi cuello y, por un instante, la vida tiene sentido. Trago saliva antes de contestar.

—La señora nunca sale de casa; no debería haberse arriesgado a buscarla más allá de la biblioteca o de su alcoba.

—¿Dónde has estado? —Sus manos agarran mi cintura, vibro de emoción al descubrir qué poco le importa Joana.

—En la montaña no. —Quisiera ser más sumisa y discreta, pero sigo siendo yo, pese a que su voz y su tacto me provoquen sentimientos contradictorios.

Se aleja y la alegría de un instante eterno se desvanece. Cuando consigo el valor para encararme con él, ya está otra vez sentado ante el fuego. Se pasa la mano por el pelo, se cubre el rostro y noto su desesperación.

Me apresuro a arrodillarme e implorar que no se dé por vencido. No sé si realmente ha ido a la montaña por mí o simplemente ha huido por un desencuentro con Joana. No sé si quiere saber dónde he estado para regañarme por no cuidar de la señora, o ha sido un impulso por besarme otra vez allí arriba, fuera de las miradas indiscretas.

—Debe comprender por lo que está pasando la señora. Ser madre es lo que más ansía en este mundo y mucho más ser la madre de los hijos del hombre al que ama. Y usted se lo pone tan difícil... —Ya está, he cumplido con la misión que me ha otorgado la señora Tusquets.

Levanta la vista del suelo y me contempla con nuevos ojos. Sonríe de una manera tan melancólica que se asemeja más bien a la tristeza.

—Hace muchos años que perdí esa batalla y lo asumo, al igual que debes hacerlo tú. Joana solo se quiere a sí misma. —Hace una pausa y me acaricia la barbilla—. Tampoco es tu amiga, Ana, y nunca te va a corresponder con la misma lealtad con que lo haces tú.

¿Llama lealtad a desear al hombre de otra mujer? Rememoro todos los insultos, amenazas y coacciones que he recibido de la señora Ferrer y me doy cuenta de que los merecía; ella vio lo que yo ni intuía, que llegaría un momento en que me enamoraría del señor Ferrer. Quisiera abalanzarme y besar sus labios, demostrarle lo equivocado que está, pero no puedo.

—¿Crees que eres la primera?

Me lo temía. Me alzo y con la cabeza erguida me dirijo hacia la ventana. Un relámpago ilumina la estancia. Aunque me siento humillada, me es imposible huir y subir las escaleras hasta mi habitación. Soy parte de esta biblioteca, soy parte de él.

Me giro atormentada.

—¿Por quién has subido hasta la montaña en un día como hoy, por ella o por mí? —Lo he tuteado, y eso me asusta y me libera a la vez. Después de que sus manos se pasearan por mis caderas, por mi pelo y oliera el perfume de mi cuerpo, me siento con ese derecho.

Martín alza una ceja cuando oye mi tono tan coloquial, pero no me reprende ni me advierte que esa nueva manera de comunicarnos le afecta de algún modo.

—Por nadie, solo para pensar —dice, al fin, después de examinarme durante un rato. Me muerdo el labio inferior, decepcionada—. ¿No es lo que querías oír, no es cierto? Yo tampoco deseaba creer que el lugar en el que acabarías nada más salir el sol, después de días de lluvia, sería en los brazos de Ximo Hernán. —Me retuerzo las manos. ¿Quién se lo habrá dicho?—. Me he encontrado al chico al bajar de la montaña, después de buscarte sin descanso, temiendo que estuvieras herida o que un rayo te hubiera alcanzado.

—¿Ximo ha venido a por mí?

—Todavía está en la cocina. Corre, ve hacia él, nada te retiene aquí... El compromiso que tenías con mi esposa se ha roto.

—Es que no quiero estar con él.

Martín se acerca demasiado; su frente choca con la mía y, entre dientes, escupe lo que lleva dentro.

—¿Y por qué carajo fuiste hasta su tienda y te echaste en sus brazos como una... una cualquiera?

Nunca me he considerado una mujer insegura; siempre he actuado según mis propias convicciones, pero puede que todo esto se me haya ido de las manos. Los rumores en un pueblo tan pequeño corren como la pólvora.

—Tienes razón. —Las lágrimas resbalan sin tregua por mi rostro. No lloraba desde la muerte de mi hermana. Una congoja mucho mayor se ha instalado en mi pecho y no puedo dominar mi frustración—. No he actuado de manera decente. ¿Cómo pude pensar que aceptar un trabajo como el que me ofrecía la señora Ferrer sería sencillo? Soy una cualquiera, o lo hubiera sido de todos modos; era esto o la calle. Y sí, fui a ver a Ximo y lo besé, solo para darme cuenta de que no sentía nada por él. Debí haberme casado con el primer hombre que me lo pidió, aunque no lo amará.

Paseo arriba y abajo de la biblioteca, hablo en voz alta, no para responder a las acusaciones de Martín, sino más bien para mí misma. Ya no se trata de que mi alma se ahogue cada vez que los oscuros ojos de Martín me devoran, sino de supervivencia y la mía en esta casa ha tocado a su fin. Pienso en la manera de salir de este atolladero, de poder darle a mi sobrina estabilidad, algo que nunca tendré si sigo alentando la pasión descontrolada que este hombre me provoca. No es su

cuerpo, ni su voz, ni su manera de comportarse, su saber estar, sus principios... es todo. Y el tormento se hará mayor si no me convengo a mí misma de que es una locura. Otra parte muy pequeña se abre paso en mi cerebro, como un diablillo que me instiga a convertirme en esa cualquiera que todos se empeñan en que sea, a acostarme de una vez con ese hombre, gozar de esa ansia que me provoca. Sin embargo, ni me atrevo a sugerirlo, ni siquiera me muevo. El señor Ferrer nunca hace lo que no debe, y eso sería un insulto a su persona.

Martín detiene mi desespero, me impide que siga avanzando con paso nervioso por toda la estancia. Me abraza con fraternidad, algo que me molesta, y luego recoge entre sus manos mi rostro. Contengo el aliento porque creo que me va a besar; a pesar de ello, él solo traspasa mi oscuridad con sus ojos.

—Lo siento, no quise decir...

—Aunque lo piensas.

—¿Qué voy a hacer contigo, Ana?

Me deshago de su proximidad. Mi angustia ha dado paso a un enfado mucho mayor.

—No he incumplido ninguna ley, no debes ni tienes que hacer nada por mí ni contra mí. Soy yo la que decido sobre mi vida.

Estoy harta, quisiera estar de vuelta con mi madre, olvidarme de Martín y de ese otro chico que me espera en la cocina. De pronto, caigo en la situación. ¿Y si Ximo ha venido a confesar su desliz a Sara? No quiero ser la culpable de romper el futuro de otras personas.

—Será mejor que prepare mi maleta y vuelva mañana a Valencia. ¿Podrás tener un carruaje preparado para mí? Perdón, señor. —Quiero retroceder y continuar con mi trato distante, pero ha quedado tan falso...

—No te vayas. —Me agarra del brazo—. Te he mentado. Eres la primera...

—Deja que adivine: la primera que trae Joana a esta casa, pero no la primera con la que intenta que te acuestes.

Su presión se ha vuelto una caricia; entrelaza sus manos con las mías.

—La primera que me descubre el error que ha sido casarme con Joana.

—No, no me echas la culpa de una cosa así.

—Contigo sé que lo que he sentido por mi mujer no es amor; podría ser idolatría, pasión..., pero no amor.

—¿Cómo sabes todo esto si tan solo hemos convivido unos pocos días?

Solo le han bastado unos segundos para coger brío ante mi pregunta, como si fuera una súplica que quisiera complacer. Por un instante, me quedo paralizada cuando sus labios se posan en los míos, su tacto tierno, la suavidad con que lame cada una de las grietas que el frío ha deformado. Me colma de una extraña alegría en la que mis ojos se llenan otra vez de lágrimas. Mis pulmones se expanden y, cuando él se separa de mí, no puedo contener la amargura que me rodea. Lo beso una y otra vez para comprobar cómo se mantiene la emoción sin perder su fuerza, la misma sensación que me ha albergado desde el momento en que me estreché contra un árbol en lo alto de

la montaña: la certeza de saber que estoy en el sitio donde debo estar, entre sus brazos.

El resplandor de un relámpago, seguido de un trueno, nos advierte que hemos traspasado la línea.

—¿Cómo puede ser esto amor? —Mi pregunta no es retórica. Quiero conocer la respuesta, saber que lo que tenemos no es un capricho de dos cuerpos deseosos de unirse.

Nuestros alientos se juntan y nuestros cuerpos suspiran a la vez, pero no avanzamos más allá; seguir sería ir contra la voluntad de nuestras almas. Y ese lado realista que me impulsa a la supervivencia se hace cada vez más evidente. Si me quedara embarazada, sería darle la razón a Joana. He firmado un acuerdo en el que debería donarle a mi futuro hijo y, aunque no se engendrara nada de nuestra unión, sería traicionar el verdadero sentido de este beso que me ha abierto la esperanza de un mundo donde el amor triunfa. El mundo en el que María y Joaquín vivieron. Donde sus miradas se completaban y sus silencios los llenaban. Eso es lo que he vivido durante este instante, a pesar de que Martín y yo no estemos predestinados y nos separen la luz y la oscuridad, el nosotros y el ellos, el tú y el yo. No hay por qué verbalizarlo; los dos somos conscientes.

—Mañana tendrás el carruaje preparado, nosotros volveremos a Valencia más tarde.

—Es fin de año, no podéis faltar a la fiesta de los Soler.

No más besos, no más caricias, mi espíritu se diluye como el agua. Cada escalón que me acerca hacia mi alcoba me separa más de Martín.

\*\*\*

Me es difícil dormir en mi cama, acostumbrada al mullido sillón de la biblioteca y al calor de un fuego que nunca se apaga. Desde la llegada de Martín, estoy relegada a esta estancia húmeda y, aunque su diminuto tamaño no me molesta, sí que lo hace el aire que entra a través de la rendija de la habitación. Hubiera preferido un altillo sin luz, sin espacio para el aire, el sol o la claridad que me envuelve cuando la luna se deja ver. Esta no es la noche. La distancia entre los relámpagos y los truenos cada vez es mayor, signo inequívoco de que la tormenta está tocando a su fin. Desconozco el nombre de esta casa en la que estoy encerrada. No recuerdo haber visto ningún cartel de bienvenida del pueblo, en el que todos me miran como si fuera la chica que les ha venido a quitar algo que era suyo.

Ximo y Martín se fusionan en mis sueños. Los ojos de uno me miran con aflicción; los labios del otro me devoran por dentro. No me gusta que los nombres de las cosas se escondan, pero poco importará ya dónde estoy o dónde estuve dentro de unos meses; solo sé que me hallo a pocos días de distancia de Valencia y que pronto volveré a casa. Me concentro en una sola imagen: cuando abra la puerta del carruaje que me transportará de un estado de seminconsciencia a uno muy real en el que el olor a mugre del barrio del Carmen me despejará el corazón, y el abrazo de mi madre y mi querida María me devolverán a la vida.

Oigo leves pisadas de unos pies que se deslizan por la madera crujiente; por un instante creo que Joana me espía mientras duermo. Procuero disimular mi agitación con profundas respiraciones, pero esa presencia indiscutible que se posa sobre mí no huele como ella, tampoco irradia el calor de Martín ni la frescura de Ximo. Se mueve nerviosa y palpa mi cama con evidente temblor. Me resisto a abrir los ojos; sin embargo, las manos de esa figura borrosa que diviso entre mis párpados semicerrados toca mis piernas y sube por mi tronco. No quiere ser lasciva, al contrario, busca algo. Me incorporo de pronto, alterada por una suposición que se convierte en certeza. No se trata de un sueño. Alguien ha entrado en mi habitación y me zarandea.

—¿Dónde está, zorra?

Consigo que mis ojos se acostumbren a la poca luz que habita en la estancia; lo que queda de una vela a punto de ser engullida por una pequeña flama es lo que ilumina a mi violenta visita.

Puedo distinguir un camisón amarillento; le viene grande; tal vez lo haya cogido prestado de la señora Tusquets. Las trenzas de su pelo están deshechas y su voz se ahoga en lamentos.

—¡Sal de una vez, Ximo!

Sara chilla; ya no le importa lo que piensen los demás. El susurro con el que me ha llamado zorra se ha convertido en un lamento que me provoca lástima en lugar de rabia.

—¿Por qué debería estar aquí?

Al momento, sé que mi pregunta es estúpida y me doy cuenta de la situación que está viviendo esa muchacha. Si la tormenta ha impedido que ella y Marta vuelvan a sus hogares, lo más seguro es que Ximo también se haya quedado en la casa. ¿Lo busca a medianoche porque ha desaparecido de su cama? Pobre niña simple y malhumorada, cuando descubra que su prometido no está donde debería.

La habitación no tiene muchos rincones donde esconderse. Me levanto para encararme a ella, pero, en lugar de exigirle una disculpa, la ayudo en su búsqueda, o, mejor dicho, intento defenderme con la única arma que creo que la puede convencer de mi inocencia. Miro debajo de la cama, dentro del armario carcomido... Pero mi actuación no la persuade; al contrario, la enfurece mucho más.

—¡Sé que está aquí! —Sus gritos se tornan en quejidos parecidos a los de la madera podrida, el mismo sonido de cuando esta se deshace entre las manos—. ¡He visto cómo se escabullía entre las sombras!

Temo por el bien de la muchacha.

—¡Cálmate, por Dios, Sara! ¡Despertarás a los señores!

—¿Y qué si lo hago? ¡Que sepan de una vez la clase de ramera que eres! ¡Me habéis oído llegar y por eso ha huido! ¿No es así?

Corre hacia la ventana para abrirla y una ráfaga de aire húmedo se cuelga en el interior y moja mis pies descalzos. Sara se asoma y medio cuerpo cuelga hacia el exterior.

Grito su nombre con una intensidad que nunca creí que podría alcanzar; la agarro por la cintura para que no caiga al vacío y se vuelve hacia mí con una mirada tan perdida que sufro por ella.



—¡Ximo no está aquí!

—Pero yo lo he visto... —Ahora su energía se pierde entre la locura y la absurdidad.

La abrazo y la comprendo; su deseo la ha trastornado. Tal vez los besos de Ximo sean para ella como los besos de Martín son para mí. Si Sara logra convertirse en su esposa, sufrirá mucho más que esta noche. No sé si Ximo realmente acudió a la casa por mí, si la supuesta conversación que mantuvo con Martín fue para hacerlo rabiar y solo venía a por su prometida... Todas son deducciones sin importancia. Lo supe la misma tarde que su madre nos interrumpió en la trastienda: ninguno de los dos habíamos sido sinceros en nuestros abrazos y caricias; más bien parecía un juego. Y Ximo es como un niño que nunca se cansa de los juegos.

La casa despierta en medio de la oscuridad y llena de gritos. Marta es la primera en llegar, de la mano de un Joel medio dormido; me arrebató a su amiga, mirándome con malicia, como si le hubiera contagiado la locura. Mi chillido ha sido la causa de que hasta la señora Tusquets acuda tambaleándose hasta la puerta de mi habitación.

—¿Qué has hecho? —Me desafía con una simple pregunta que no espera respuesta.

—¡Nada! Es ella quien se ha trastornado buscando a su novio.

—¿Y dónde está? —La señora Tusquets sonrío victoriosa, como si esperara de un momento a otro aquello, que me sacara de la chistera a un hombre para corroborar su recelo: que no soy más que una ramera.

Se oye el chirrido de una puerta del piso inferior. Susurros y voces sobrepuestas: un hombre y una mujer, que intentan ser cautelosos. Las cuatro permanecemos en silencio y nos acercamos hasta el borde del pasamanos de la escalera. Bajo dos escalones y me siento allí a esperar ver lo que no quiero, a Martín y a Joana saliendo de su habitación, símbolo de su unión, símbolo de mi desamparo. Marta y Sara me arrastran a empujones hasta ellos.

—¡Te vas a enterar de lo que es bueno! —No sé lo que pretenden, tal vez que confiese ante los señores, que me arrodille y rece por mis pecados, aunque no los considere como tal.

Pero la estampa con la que me encuentro es tan diferente a lo que había imaginado que el silencio vuelve hacer mella en la casa, como si sus habitantes hubieran desaparecido.

La mano que sostiene Joana no es la de Martín, sino la de Ximo, que nos mira desconcertado, con la camisa medio desabrochada. Sara se desmaya en los brazos de la cocinera y él corre a su lado, no sé si por temor a haberla herido o por inercia. Hay personas que actúan llevadas por impulsos y el de Ximo ha sido el de socorrer a Sara. Ser infiel no tiene nada que ver con ser un buen samaritano o no serlo.

Joana queda petrificada ante nosotras. Ni siquiera se abrocha la bata que deja al descubierto sus piernas desnudas. Joel llora desamparado y la señora Ferrer levanta sus cejas. Se agacha y abre los brazos para acoger a ese niño que la ha sorprendido entre tanta demencia. Joel parece atraído por la belleza maternal de Joana. Su rostro revela una emoción desconocida cuando seca las lágrimas del pequeño y Marta grita tan alto y claro que hasta Sara despierta de su leve letargo; se afana en arrancarle al niño a la señora Ferrer y la jarana vuelve a ser parte de la casa. La

puerta de la otra punta del pasillo se abre. La sombra del señor Ferrer se extiende hasta nosotras, aunque él no se ha movido del marco. Divisa el alboroto y se acerca despacio, con la mirada fija en mí. Me sonrojo y noto cómo Joana se tensa, mucho más que al ser descubierta con un amante.

La noche parece dilatarse en medio de una negrura que ni las estrellas más brillantes son capaces de disipar. El candelabro que la señora Tusquets sujeta tiembla al comprobar cómo Martín avanza. Intenta retroceder, esconder la escena que sucede a nuestros pies.

Soy consciente del daño que le puede hacer tal descubrimiento y me divido en dos: entre una persona que quiere que Joana sea llevada al paredón y le den su merecido y el de la otra que no entiende por qué una historia de celos tiene que acabar de la peor manera. Con el corazón destrozado de Martín y la vida de la señora Ferrer hecha añicos. Mientras siento en cada poro de mi piel el avance sigiloso pero amenazador de Martín, me sitúo frente a Joana, no para enfrentarme a ella, sino para protegerlos a ambos.

Sara, llena de rabia y con el deseo de venganza en su interior, no espera a que el señor Ferrer deduzca por sí solo la situación.

—¿Por qué me has hecho esto, Ximo? ¿Por qué has elegido a la señora para humillarme? ¿Te has enamorado de ella o solo es una aventura?

Ximo mira con ironía a Joana, aunque las otras lo confundan con devoción.

—Porque nadie puede esconderse de la luz, aunque uno prefiera la oscuridad.

Giro mi cabeza sorprendida hacia el muchacho, que me guiña un ojo. Y es demasiado tarde cuando comprendo que Martín no está furioso por la escena que se ha montado en unos segundos, sino por la insinuación que ha hecho el chico sobre mí.

No puedo evitar correr hacia Martín, tocarlo, aunque no sea decoroso, y tratar de alejarlo de la absurda y cómica estampa que se ha creado. Joana permanece con el ceño fruncido desde que Marta la ha despojado de la ternura de Joel. Me observa crispada, mientras mi cuerpo invade el espacio de Martín y le ruego que vuelva a su dormitorio. Pero el señor Ferrer siempre hace lo que debe. Con una violencia extrema, carga su puño contra Ximo, que se tambalea hasta caer a los pies de Joana. Esta lo observa como si fuera una pieza más del mobiliario. Parece inmune a los lloros y las exclamaciones de las que estamos presentes. Ni siquiera se digna a agachar la cabeza ante su marido; solo tiene un momento de fuego en su interior y va dirigido a mí. Se esconde de nuevo en su habitación y la imagino bebiendo su vino preferido, inmersa en poesía, ajena a la conmoción que ha provocado.

Sara socorre a su amado, le lava la sangre de la boca con la falda de su camisón, y Martín me llama en silencio desde el interior de su mirada. Siento su alma dentro de mí, y sé que el ataque no ha sido por defender su honor sino el mío. Sonrío con los labios prietos; no quiero que nadie se percate de esa momentánea felicidad. Nos alejamos del tumulto creado por las criadas. Con la intención en nuestros corazones, rozamos nuestros dedos meñiques.

—Si existe alguien oscuro en esta casa, no eres tú, Ana. ¿Lo has entendido?

Asiento, no muy convencida. Los remordimientos por hacer lo mismo que Joana y Ximo me

mortifican. Su aliento me provoca visiones de un amor imposible. Me siendo culpable de adulterio, y la penumbra me va envolviendo hasta creer palabra por palabra lo que siempre me ha dicho Ximo: soy el misterio, la noche que todos desean y de la que al amanecer todos reniegan.

## Capítulo XV

*A pesar de ti,  
de mí y del mundo  
que se desquebraja,  
yo te amo*

Margaret Mitchell

Y llega el amanecer, tal como predije. Me encuentro en el interior del carruaje, apenas he dormido y, en menos de diez minutos, he recogido mis pocas pertenencias. He dejado las figuritas de madera en la casa: un corazón, una mariposa, un conejo y una cabra. Cuando las creaba, pensaba en María, pero ahora son parte de un recuerdo demasiado doloroso y prefiero que se difuminen en mi memoria. Tal vez Joel, el hijo de Marta, pueda disfrutar de esos juguetes. Vuelvo a sentir pinchazos de culpabilidad en mi estómago. Si quisiera que ese chiquillo se divirtiera con ellas, se las habría regalado desde un principio, pero, en vez de eso, he sido egoísta y he preferido enterrarlas en aquella alcoba. Dudo que alguien la habite dentro de poco; intuyo que la casa quedará cerrada durante mucho tiempo, hasta que el señor Ferrer decida qué hacer con su mujer. Lloro por ella, por la desdicha que le tocará vivir a partir de la vergonzosa revelación. Yo también caí en el juego de Ximo; sin embargo, era consciente de lo que hacía. En cambio, Joana siempre ha estado cegada por lo que cree que es la falta de amor de Martín hacia ella, cuando no es otra cosa que desilusión, y tal vez eso la haya empujado a caer en los brazos de otro hombre. El traqueteo del carruaje me impulsa a recostarme en los mullidos asientos. Me pellizco los brazos, me arranco la piel de las uñas, me torturo para no llorar, para disfrazar con el dolor físico el verdadero calvario que me persigue. ¿Fueron los besos de Martín reales? ¿Todavía ama a Joana? ¿Solo he sido una distracción para él?

El primer tramo del camino ha tocado a su fin. Me hospedo en la misma posada que la vez anterior. Esta vez, el señor Ferrer ha optado por un chófer tan anciano que apenas se mantiene en pie. Pero, a su favor, he de decir que es un hombre de honor aunque muy pesado. Se cree con el deber de salvaguardar mi reputación y ejerce de protector. A base de tragos de cerveza, no cesa de repetir que soy la protegida de un burgués adinerado y que nadie ose tocarme. Me siento más una mantenida que una criada que vuelve a su hogar, como así debe ser.

El silencio de la noche no me deja dormir; todavía rememoro, cuando cierro los ojos, la locura

de Sara, la rabia de Joana, la burla de Ximo y la devoción de Martín. Me quedo con el recuerdo de sus efímeras caricias entre mis dedos antes de caer en un profundo sueño, pero para nada reparador. Al despertar, la cama estaba tan revuelta que, a pesar de no recordar mi pesadilla, sé que he tenido una.

El viaje continúa. Intento mantener la mayor distancia posible con el cochero; este es mucho más hablador que el anterior. A cada parada, me cuenta anécdotas de sus viajes, los de sus hijos y los sueños que él y su señora tenían antes de que ella muriese. En otras circunstancias, lo hubiera escuchado y alentado a seguir soñando. Esta vez, soy yo quien evade las preguntas, y me sumerjo en un letargo en el que ni yo misma me reconozco. El carruaje se adentra sorteando el empedrado de Valencia en plena oscuridad. Asomo la cabeza por la ventanilla y le suplico que pare antes de llegar hasta mi barrio; no quiero que ningún vecino me vea en estas condiciones, y menos con el emblema de los señores Ferrer.

Con las prisas, Martín se ha saltado una de las normas básicas de las clases nobles: la discreción. El cochero es un empleado de Martín que quiere cumplir a rajatabla sus órdenes. No tengo otro remedio que apelar a la familia, al qué dirán, a pesar de no haber hecho nada malo. Me mira de soslayo y, aunque me cree culpable de algo deshonesto, me deja que camine con mi maleta hasta la puerta de mi casa.

El eco de mis pasos es el único sonido que se oye, aparte de los jadeos de los clientes que se lo hacen con alguna de mis vecinas entre las sombras de los edificios, las mismas que esperaban bajo mi ventana para que me uniera a ellas. Me consuela tener entre los pliegues de mi falda tres bolsas llenas de monedas, dos que me entregó Joana y otra que encontré junto a mis figuritas de madera el mismo amanecer de mi partida. No sé muy bien quién la puso ahí y, aunque hubiera sido Martín, me era imposible rechazar lo que probablemente va a salvarnos de un tiempo de penurias si lo administro como es debido.

Mi ciudad no me abandona; se concentra en mí otra vez su aroma fuerte, tan atrayente que al principio me repulsa, acostumbrada al aire puro de la montaña, pero enseguida me habitúo a la mugre que se cuele por las esquinas, al sabor rancio que se engancha en el paladar cada vez que respiro. El agua está muy cerca y me reconforta, me aleja de una tierra llena de arboleda y de viento cambiante. Me adentra en otro mundo donde el tiempo no se detiene. Estoy deseosa de despertar y volver a sentir el bullicio del mercado, las voces de las lavanderas, las de los feriantes, las vecinas que se gritan desde una ventana a otra, las risas de los chiquillos...

De mi escote extraigo la llave que durante todo este tiempo debería haber llevado colgada de mi cuello para no olvidar mi hogar, y en vez de eso la escondí en lo más profundo de mi maleta, bajo mi cama en aquella casa que se convirtió en una cárcel. Fue en la posada cuando me acordé de ella, cuando me percaté de que Ana, la carpintera, todavía sobrevivía en mi interior.

Entro en la vivienda y el respirar de María me inunda de alegría. No puedo resistir acercarme a ella y abrazarla. No se asusta; mi pequeña me reconoce y me abraza con júbilo.

—¡Abuelita! ¡La tía ha vuelto!

Me separo de ella y observo cómo mi madre arrastra su cuerpo marchito fuera de la cama que comparten las dos; acerca una vela a mi rostro. Al mismo tiempo que ella me observa, yo también la contemplo, maravillada por cada una de sus arrugas; siguen ahí, al igual que su pelo canoso y sus manos, que siempre me han reconfortado.

—¿Qué ha ocurrido, mi niña?

Me fuerzo por sonreír, pero lo único que sale de mis labios son pucheros. Me hundo entre sus brazos y lloro desconsolada, como si una parte de mí se hubiera muerto, y el recuerdo de mi hermana María se hace todavía más presente. Echo de menos llorar con ella y contarle que por fin he descubierto el amor, uno que me hace sufrir y gozar al mismo tiempo. No creo que lo entendiese cuando para ella todo fue tan fácil hasta que el destino se lo arrebató. Cómo puedo estar celosa de mi hermana muerta... Lloro todavía con más ímpetu y mi madre me consuela, abatida. María también solloza sin saber por qué. Y después de un largo momento donde los lamentos se han escabullido, mamá seca mis lágrimas.

—Se acabó —ordena—. Voy a preparar chocolate.

«¡No!». Eso es lo que quiero gritar; el chocolate me hace recordar, me ahoga, me invade y no me deja que olvide, pero la ilusión de María ante la perspectiva de tomar chocolate en plena noche y escuchar todos los cotilleos de los señores Ferrer me dejan sin aliento. Me sumerjo en sus ojos azules, su pelo recogido en una trenza que enseguida deshago para enredar mis manos en su pelo. Poco a poco, me doy cuenta de la fuerza que me invade, de la razón de mi vida, que no es otra que María.

El azúcar se hunde en el interior del chocolate, tan oscuro y tan puro que me sorprende que mi madre se lo pueda permitir. No quiero estropear el momento y hablo sobre la belleza de Joana, sobre su estrafalario comportamiento, y todo se vuelve tan cómico que hasta yo me río a carcajadas; no lo disimulo ni imito algo que no siento. Me sale de dentro una risa nerviosa que me calma y no me juzga.

—¿Y el señor Ferrer cómo es? ¿Es tan guapo como su mujer? —María me mira expectante; espera que describa a un príncipe a la altura de la bella dama. Su candor provoca que me atragante con mi propia saliva. Mi labio inferior tiembla y mis ojos vidriosos alertan a mamá.

—Ya está bien de tanta cháchara. A dormir, jovencita.

El beso de mi sobrina me reconforta. La retengo unos segundos entre mis brazos, demasiado largos para ella, que en tan solo tres meses ha crecido tanto que ya se cree una señorita.

La observo mientras se rinde ante el cansancio y mi madre recoge las tazas.

—¿Por qué has vuelto tan pronto?

Me muerdo de nuevo los labios, como si fuera una chiquilla a la que la han pillado en una travesura.

—No ha salido tal y como pensaba.

—¿Qué has hecho esta vez?

—¿Por qué todo el mundo cree que he sido yo?

—Porque tienes una lengua demasiado afilada y el orgullo que has heredado de tu padre te pierde.

—Pues fue ella, y no yo, quien lo estropeó todo.

—¿A quién te refieres? ¿A la señora Ferrer?

—Me hizo firmar un contrato cuando ni su marido estaba al corriente, y él se negó una y otra vez a cumplir con el acuerdo.

—Ya te dije que esa mujer estaba loca.

Hablamos entre susurros para no despertar a María. Mi madre se santigua. Hace tiempo que dejó de ir a misa, de santiguarse y de rezar, así que tal vez este gesto signifique que su corazón está sanando. Y eso me entristece, porque el mío está hecho añicos.

—¿El señor Ferrer te vio en algún momento? ¿Llegaste a conocerlo? — Asiento con la cabeza —. ¿Y aun así se negó?

—Es un hombre de principios.

Las lágrimas vuelven a resbalar titubeantes por mi rostro. Las seco con la manga de mi vestido, restriego la tela por mis mejillas hasta hacerlas enrojecer.

—¿Tanto se enfadó cuando descubrió el engaño?

—No es eso, madre.

—No lo entiendo. Si no quiso yacer contigo y tampoco se enfadó...

—Se puso furioso y mucho más cuando descubrió quién era yo en realidad.

—¿Te ha maltratado? ¡Si tu padre estuviera vivo!

—¡No! Martín es un caballero, demasiado.

—¡No puede ser! No me digas que tú...

—No alce la voz; despertará a María.

—¡Mí niña tonta! ¡Te has enamorado! —Me cubro el rostro, avergonzada—. Es como vaticiné. Él está demasiado loco por su mujer como para verte a ti o a cualquier otra. Lo mejor que puedes hacer es olvidarlo. Saldremos adelante, ya lo verás. ¿Sabes que Antonio ha abierto su propia carpintería y busca una esposa?

Sé que, si hablo, despertaré con mis gemidos a María y prefiero no hacerlo. Me recuesto en la mesa mientras mi madre me acaricia el pelo y me canta una nana. Sueño con mi hermana, cuando era tan pequeña como su hija. Me llama desde la distancia, me anima a seguir luchando.

## Capítulo XVI

*Nada está perdido  
si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido  
y hay que empezar de nuevo.*

*Julio Cortázar*

Podría decirse que hoy es un día especial para mí, un aniversario que más me vale gozar a solas, ya que hace exactamente cuatro meses que Martín me besó, aunque por contrapartida también hace cuatro meses que volví a mi casa y todavía echo de menos el calor de la biblioteca, mi sillón, el vino y las conversaciones con Joana. Totalmente contradictorio, lo sé. ¿Cómo puedo estar enamorada de un hombre y echar de menos la compañía de su mujer? Me ahorcarían por ello si conocieran la oscuridad que anida en mí. No puedo contenerla y mamá y María se están dando cuenta. Cada día estoy más rabiosa, me altero por tonterías, grito a mi sobrina cuando hace demasiado ruido y luego me arrepiento por mi comportamiento tan egoísta. Para compensar, le tallo un juguete. Madera no me falta. Accedí, aconsejada por mi madre, a reunirme con Antonio Fernández, mi mozo. Más bien, fue un acuerdo entre las familias en el que no tuve escapatoria. Su rostro se turbó al verme, como si recordara el momento exacto en el que yacimos entre las astillas que el taller de mi padre desechaba. En cuanto a mí, rememoré una y otra vez a Martín.

¿Cómo la presencia de un hombre puede provocar el recuerdo de otro? Tal vez sea la carencia de sentimiento que albergo por Antonio. Es un buen chico, respetuoso, calmado y tiene interés en mí. Su familia me ha aceptado y, mientras nuestro compromiso cumple con el tiempo estimado que las dos partes han pactado, trabajo en el taller. Vuelvo a tratar con los clientes, mis manos vuelven a crear baúles, mesas, sillas, vitrinas para farmacias, mostradores para tiendas, y mi sello es inconfundible. Antonio tiene muchos más clientes que antes y, aunque nadie habla de mi vuelta y el aumento de beneficios como una coincidencia que se debe valorar, todos están muy esperanzados con nuestra unión. A mi familia no le falta de nada, y todo gracias a Antonio. Las monedas que los señores Ferrer me dieron por compensar ese trabajo fallido por el que se me contrató están a buen recaudo para cuando vengan tiempos más duros.

Mis manos están activas, llenas de raspaduras, arañazos y cortes, algo normal para un carpintero. Mis dedos se mueven creativos y los días se suceden unos a otros, veloces. Socializo con las mujeres que pronto formaran parte de mi propia familia; mi futura suegra y mi futura



cuñada, Catalina, la hermana menor de Antonio, son encantadoras. No puedo decir lo mismo de mi cuñado y de su mujer, Lucía, con la que, sin proponérmelo, me peleo a diario. En el taller, la madre de Antonio intenta mantener la paz a base de canciones y chocolate que me niego a beber. Al principio, se escandalizaron de que no me gustara; más tarde, se acostumbraron a lo que llaman mis excentricidades, como querer reservarme para el matrimonio. No entienden que no desee estar a solas con Antonio y que siempre espere que haya una carabina junto a nosotros.

—¡Qué importa, si de todas formas te vas a casar!

Me sonrojo de tal modo cuando se habla de esos temas que algunos piensan que todo se debe a mi ingenuidad. Lo que no entienden es que mi azoramiento va mucho más allá. Me siento una traidora, una oportunista que se aprovecha de la buena fe de un hombre para llegar a un fin. Creí que ese fin, seguir tallando madera, me haría feliz. Pero no lo soy.

Permanecemos en el mismo piso del barrio del Carmen y no hay mucho espacio para la intimidad. Duermo con María, que cada día está más grande y, aunque me gustaría disfrutar este aniversario con lágrimas y alcohol, sé que no sería propio de una mujer decente, y menos un buen ejemplo para mi sobrina. Me conformo con mirarme en un diminuto espejo. Observo mis labios, ahora con la llegada de la primavera no están tan agrietados; sin embargo, todavía puedo perfilar con un dedo allí donde el aliento de Martín me rozó. Recuerdo sus palabras, llenas de ahogada pasión, su mirada profunda, y la comparo con Antonio. Se esmera en demostrarme su amor, pero me molestan sus continuas caricias; me aparto como si sus manos fueran lijas, y sus ojos libidinosos me asquean, aunque no me atormentan. No sé si seré capaz, una vez casados, de mantenerlo en su sitio, que se conforme con algunos roces y breves encuentros hasta que engendremos algún heredero. Desconozco si su serenidad se convertirá en amargura cuando compruebe que no soy la mujer que él quiere que sea.

—Ya es hora de que lo olvides.

Escondo el espejo y aparento ingenuidad ante las palabras de mi madre.

Observo a María, que juega con un tren de madera que hace unos días le regalé, para disculparme por una reacción exagerada que tuve ante un comentario sobre los señores Ferrer.

—Va a ser padre; ha seguido con su vida, y lo mismo debes hacer tú.

Dentro de la lista de los peores días desde que volví, está el de hace unas siete noches, cuando el barrio se llenó de nuevos rumores acerca de la señora Ferrer. Un milagro, decían todos; el amor que triunfa, alegaban algunos. Después de más de una década de matrimonio, la señora Ferrer estaba en estado de buena esperanza y, para celebrarlo, la pareja había vuelto a Barcelona para que ella descansase hasta dar a luz. El mundo cayó a mis pies, literalmente; la talla sobre el globo terráqueo que estaba creando para un cliente importante rodó hasta mis botas cuando mi cuñada vino jadeando del mercado con la feliz noticia. La vista se me nubló, las manos me temblaron y el frío inundó mi cuerpo. Un peso en el pecho en la parte donde el corazón late se presentó de repente, lo que impidió que pudiera respirar con normalidad. Salí a la calle sin poder evitar chocar con las sillas y el mostrador. Dejé que mi prometido se disculpara por mí ante mi suegra.

Cogí prestado el periódico que un caballero leía degustando un café en la terraza de la cafetería que hay al lado del taller, busqué desesperada la sección de sociedad, y allí encontré una foto de cuando Joana y Martín contrajeron matrimonio, en la que se anunciaba que el milagro se había producido gracias al amor que los dos se procesaban. El buen Dios había acudido en su ayuda. Ninguna foto actual en la que se les viera unidos por algo más que un apellido.

—Me has jurado más de una vez que no llegaste a nada con el señor Ferrer. —Mi madre sigue insistente con lo que yo llamo ataque y derribo a mis sentimientos.

—Y así es —contesto, con los labios prietos y a punto de estallar de rabia otra vez.

—Entonces no entiendo por qué te aferras a algo que tal vez solo imaginaste.

—¿Qué cree que imaginé, madre?

—Que él te correspondía.

—Lo hizo.

—¿Cómo un hombre puede amar a una mujer y dejar embarazada a otra al mismo tiempo? Los caballeros de alta alcurnia practican la doble moral, esconden a sus mujeres para que no sean desfloradas hasta el matrimonio cuando ellos hacen los que les place.

Otra vez aparece la frontera entre ellos y nosotros, entre ricos y pobres, entre decentes e indecentes.

¿Dónde reside la verdad? La mía se esconde en mi cuerpo. Ni Antonio ni Ximo han despertado lo que Martín con una sola caricia me provocaba. Una erupción volcánica que durante años ha permanecido dormida. Sus ojos se desvanecen en mi memoria; intento recordar su rostro cada día para que no se diluya y, aun así, sin la imagen de sus oscuros ojos, todavía permanece esculpida bajo mi piel la sensación de plenitud cuando estaba a su lado. Da igual que no lo pueda tener; es parte de otra mujer, una a la que ama desde niño. Sin embargo, ese sentimiento indiscutible que me incitaba, y la falta de emoción que albergo cuando estoy con Antonio me conducen hacia una realidad inequívoca.

—No puedo casarme, madre.

—Martín Ferrer nunca vendrá a por ti, no te quiere y nunca te ha querido. Todo el mundo sabe que bebe los vientos por su mujer.

—Ya lo sé, pero no puedo casarme con alguien a quien no amo.

—La mayoría de las personas lo hacen.

—¿Lo hizo usted? ¿O María?

—Es totalmente distinto.

—¿Por qué? ¿Acaso no tengo derecho a enamorarme?

—Si es de alguien de tu condición, no voy a poner ningún reparo y, aunque no lo fuera, si él te correspondiese y se arriesgara a casarse contigo pese a las consecuencias que le pudieran acarrear..., ¿quién soy yo para oponerme al amor? Pero, Ana, sé sensata, ese amor no existe.

Me levanto airada, no quiero seguir con la conversación. Me siento en el suelo a jugar con el tren de María.

—El único amor que vas a tener en esta vida es la carpintería. —Mi madre no ceja en su intento.

—Ya no me hace feliz. —Agarro el tren y lo lanzo lejos, choca contra la pata de la cama y María se asusta ante mi brutalidad. Se esconde bajo las faldas de mamá. Intento disculparme; la llamo con cariño, pero ella sigue escondida.

—Solo se puede pensar en la felicidad cuando las necesidades básicas están cubiertas y nosotras las tenemos gracias a Antonio. ¿Qué es lo que te ha dado Martín Ferrer?

—Los señores Ferrer nos dieron la oportunidad de salir adelante cuando peor estábamos.

—¿Cómo crees que me sentí al vender a mi hija? ¿O es que no te acuerdas de lo indigno de la situación? Cuando tú estabas lejos seduciendo al marido de otra, Antonio venía muy a menudo a vernos, hablaba de ti con afecto y, pese a tus continuas negativas, ha seguido ofreciéndonos su mano. Tienes el estómago lleno, una cama en la que recostarte y, lo más importante, trabajas en lo que te agrada, ¿cuántas mujeres pueden decir lo mismo? No eres consciente de la suerte que tienes, hija.

—¡No soy libre! Mi trabajo es propiedad de mi futuro marido y, si alguna vez sucediera algo, Dios no lo quiera, nos veríamos en la misma situación de antes. ¿Por qué no puedo montar mi propio negocio?

—¿Qué disparates dices! Sé razonable por una vez. ¡Con tu actitud estás destrozando a esta familia!

Los gritos han alterado a los vecinos, que acuden hasta nuestra puerta para preguntar si estamos bien o si necesitamos algo. Mamá los deja pasar y los invita a un chocolate. Yo sonrío entre lágrimas y la mayoría creen que nuestras discusiones se deben a los nervios por la boda. Hasta alguna vecina se atreve amonestar a mi madre por permitir un compromiso tan largo cuando el motivo de la demora no es otro que mi incertidumbre. Me acerco a la ventana; la oscuridad no me permite ver más allá de las mujeres que esperan escondidas en mi portal. Así estaría ahora si no hubiera encontrado a nadie con quien casarme. Doy la espalda al exterior y contemplo mi humilde mesa, en la que mi madre agasaja a los vecinos. Un día soy yo la que necesita de comprensión, otro será la viuda Cortés, que necesita llenar sus horas de soledad. No hay motivo para no ser feliz cuando una tiene amigos que la quieren bien, un futuro marido en el que se puede confiar, una sobrina que ya me ha perdonado mi falta de madurez y me besa y abraza para que no esté triste. Quién puede pensar en la desdicha cuando puedo seguir tallando mis figuras de madera y respirar el polvo que me dio la vida. Es hora de que arrincone a Martín Ferrer y dé paso a una nueva manera de sentir, tal vez la que hubiera tenido si él no se hubiera cruzado en mi camino.

## Capítulo XVII

*La alegría causa a veces un efecto extraño;  
oprime al corazón casi tanto como el dolor*

Alejandro Dumas

La vida en el taller se ha vuelto insoportable. Mi futura familia política me odia. Concretamente, mi cuñada Lucía, la mujer del hermano mayor de Antonio. Está celosa porque tomo decisiones en el taller sin consultar y hasta he osado acudir a una de las reuniones que ha organizado el gremio, preocupado por los usurpadores, aquellos que no están agremiados y realizan encargos desde fuera de las murallas por un precio mucho menor. Las mujeres no pueden opinar sobre cuestiones del oficio, pero Antonio me escucha y por eso le interesa que acuda, aunque solo sea de oyente. Cree en mi profesionalidad. Por todo ello, le tengo un cariño especial, sin llegar a estar enamorada, y él lo sabe. Antonio fue aprendiz de mi padre. Era un buen muchacho con grandes dotes para el oficio, enseguida consiguió la maestría y abrió su propio taller junto a su hermano y, hasta mi llegada, la familia trabajaba en armonía. Me siento un poco culpable por cambiar su manera de hacer las cosas, que a mi parecer funcionan y favorecen el trabajo, pero que, por otra parte, provocan discusiones continuas. No paro de pensar que, si me caso con Antonio, mi vida se convertirá en una extensión de los últimos días, en los que la ira se arremolina alrededor de mi corazón y lo asfixia poco a poco.

—No puedo casarme contigo.

No he podido más y he explotado, después de que la madre de Antonio nos echara en cara a Lucía y a mí que los clientes han menguado este mes por nuestras continuas discusiones. Son atraídos por el olor a barniz que se cuele en las calles al dejar de manera expresa la puerta abierta del taller, pero se ve que nuestros gritos los ahuyentan.

—Ana, por favor, no empieces con estas sandeces. —Mi futuro marido no se sorprende cuando rechazo sus arrumacos. No lo dejo pasar de los besos y alguna que otra mano en el interior de mi falda. Esta vez, ni siquiera consiento que introduzca su lengua entre mis dientes.

—No soy feliz con tu familia y después de nuestra boda ya no podré escapar de ellos.

Antonio pretende besarme; le doy un manotazo. Está acostumbrado a mis exageradas reacciones.

—Entonces nos iremos. —El rictus de su rostro es de lo más circunspecto, nada de bromas

extrañas ni juegos de palabras, y eso me da esperanzas.

—¿Lo dices en serio? Podríamos abrir un nuevo taller; buscar por el barrio a ver si se alquila...

—No, Ana, no puedo quedarme en Valencia y hacerle la competencia a mi hermano. Si de verdad estás dispuesta a seguir conmigo, debemos marchar lejos. Tal vez así empieces a quererme un poco más...

Mi corazón se agranda, la ira deja paso a la ilusión.

—Tener mi propio negocio... —fantaseo en voz alta.

—*Nuestro* negocio —recalca Antonio.

—Tengo dinero ahorrado; podría pagar los primeros meses de alquiler y seguro que, en muy poco tiempo, lo recuperaría.

—¿Estás dispuesta a compartir tu vida conmigo?

—No delires; no me pienso casar hasta que no nos hayamos establecido.

Antonio me alza en brazos. Dejo que agarre mis nalgas y disfrute de este momento. Hunde su nariz en mi cuello y aspira mi aroma.

—Por fin estamos de acuerdo en algo. El problema es que no tengo ni idea de dónde vamos a instalarnos.

Me deja en el suelo y me observa como si pusiera su vida en mis manos.

—Dicen que en Barcelona existen grandes oportunidades...

Antonio se mantiene en silencio durante unos segundos.

—Tengo un primo allí; tal vez pueda echarnos una mano. Darnos refugio.

—Esa no es mi idea. Ya te he dicho que tengo algo ahorrado. Si nos trasladamos a Barcelona, será para montar nuestro propio taller.

—Ya sabes que una mujer no puede comprar ni alquilar.

—Estará a tu nombre.

—¿Vas a confiar en un hombre que no es tu marido? Podría escapar y dejarte sin un real.

Le acaricio la mejilla. Los dos sabemos lo que siente por mí. Al igual que él me acepta tal y como soy, con mis cambios de humor y mis ariscas atenciones. Nunca he tenido un hermano, pero creo que, si lo tuviera, se parecería a él: protector, atento y a veces demasiado zalamero, tanto que me saca de quicio.

—Yo pagaré los pasajes del viaje, pero te advierto que no creo que mi madre y mi hermana acepten quedarse en Valencia.

—Mientras se quede tu cuñada, es suficiente.

Nos abrazamos, eufóricos por ese destino al que vamos a dar esquinazo.

\*\*\*

Mi madre se ha tomado la noticia como me figuraba. Ha entrado en pánico. Y los vecinos han

vuelto a subir hasta nuestro piso para ayudar en lo que buenamente pudieran. Mucho me temo que lo único que han conseguido es que mamá se beba una taza de chocolate tras otra mientras se suena la nariz con un pañuelo de algodón recién planchado de manera estridente.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¡Mi hija! ¡La única que me queda me quiere abandonar!

—No es eso, madre, en ningún momento he dudado que María y usted vinieran conmigo.

—¿Vas a dejar que una niña tan pequeña pase por un calvario como ese?

—Son solo pocos días de viaje e iremos acompañadas de Antonio y su familia. Haremos piña ante cualquier problema que surja.

—¡¿Y los bandoleros y los timadores?!

—Hoy en día, las diligencias están mucho más preparadas, los caminos más seguros y las postas más confortables que cuando empezaron, a principios de siglo.

—¡Nos quedamos sin casa, abandonamos todo lo que conocemos!

Mamá se pega con los puños en el pecho. Las vecinas la consuelan como pueden, pero ella sigue y sigue con la intención de que me arrepienta de la decisión que he tomado. Pero no lo voy a hacer.

Con la mayor amabilidad posible, consigo echar a las mujeres que se han concentrado a nuestro alrededor. Reconozco que, desde que volví de la casa de los Ferrer, mi humor es tan desproporcionado como el de ella en estos momentos. Y María se ha acostumbrado a la teatralidad de los Villalba.

Cierro la puerta y la habitación parece más grande sin tantas personas consolándonos por algo que, para mí, es una aventura que puede transformar para siempre nuestras vidas.

—No es propio de usted este numerito.

—Lo que no es propio es viajar con un hombre soltero y, además, darle todo el dinero que tenemos.

—No lo ha entendido; se trata de una inversión.

Mamá se restriega las lágrimas y me mira, furiosa.

—La única inversión que conozco es el matrimonio. Si te casaras con él, me pensaría esta locura de Barcelona.

—Allí llegan muchos extranjeros y encargan muebles mucho más costosos.

—Como si en Valencia no tuviéramos suficiente. Aquí también hay puerto y gente igual de exótica que traspasa las murallas.

—Antonio no quiere hacerle la competencia a su hermano.

—¡Qué tontería más grande!

Intento llenar su taza otra vez de chocolate, a ver si la calma, pero ella se niega.

—¿Sabes que él está en Barcelona?

—No sé a quién se refiere.

—No te hagas la mema. Martín Ferrer.

Mis manos tiemblan, al igual que mi voz.

—Tiene negocios allí, igual que en Valencia. Va y viene, es todo lo que sé.

—Desde que ella se quedó embarazada, no se han movido de su residencia de Barcelona.

—No lo sabía —miento. Cuando le nombré a Antonio un destino para nuestra futura vida en común, no fue por azar. No albergo ninguna esperanza de volver a ver a Martín, pero sí de sentirme más cerca de su recuerdo.

María se aproxima hasta nosotras, nos coge a ambas de las manos para que las unamos y nos reconciliemos.

—Tía, si nos vamos, ¿dónde viviremos?

—En un sitio mucho mejor que este, con más luz, con ventanas que se puedan abrir para airear la estancia, con dos habitaciones y con una cama para cada una.

Los ojos de María brillan con tal intensidad que mamá nos estrecha mientras las lágrimas no dejan de resbalar por sus mejillas.

—Más vale que tengas razón, Ana, o estamos perdidas.

\*\*\*

El trayecto en la diligencia ha sido mucho más caro de lo que nos habían indicado en un principio. Cada asiento en el interior ha costado ochocientos reales y el precio de la comida y la cena en las postas entre diez y doce reales por persona, más cuatro reales por cada cama. Antonio no ha dejado ni un momento de velar por nuestra comodidad ni por la de su familia. Mamá ha hecho buenas migas con la señora Fernández, la madre de Antonio, y Catalina, su hermana, no se ha separado en ningún momento de María. Se llevan apenas siete años y eso ha ayudado a llenar de alegría el viaje. Mi madre, más propensa a las quejas, no se ha atrevido a soltar ningún improperio en mi contra al ver cómo María se tomaba los infortunios con buen humor. Le ha encantado compartir cama con Catalina, ya que el dinero no daba para más. Y hasta se han atrevido a vender a otros viajeros, que se han sumado a la caravana de diligencias, mis figuras de animales, que no paro de tallar para entretenerme. Hemos recorrido más de veinte leguas al día, por lo que en menos de cinco hemos llegado a Barcelona.

Me esperaba una ciudad mucho más grande que Valencia y me ha decepcionado, tampoco he encontrado mucha diferencia en las costumbres o la lengua, a excepción de la forma de vestir de los aldeanos del lugar. Los hombres van uniformados con trajes negros y pantalones largos y anchos. Antonio se ha dado cuenta, al igual que yo, de que, si quiere conseguir clientes, va a tener que guardar en el fondo del armario esos pantalones blancos hasta la rodilla, ahora marrones del trayecto, y comprarse un traje nuevo. Por el camino, ya ha logrado un encargo, y es que ser zalamero es mucho más efectivo cuando la persona no lo conoce tan bien como su novia. Y Antonio es un libro abierto para mí. Sigo sin querer retozar con él como si fuéramos marido y mujer, pero le he aliviado de otras maneras sin poner en entredicho mi pureza. Él no entiende por qué me resisto si ha sido el único hombre que me ha poseído. Pero tengo miedo de tener ese hijo

que todos esperan a causa de nuestra unión y que eso me ate el resto de mi vida a un porvenir que no podré cambiar.

Hemos encontrado un local perfecto en la calle Tallers, en la planta baja de un edificio y, como le prometí a mamá y a María, el precio del alquiler también incluye dos habitaciones y un comedor de amplias dimensiones. Lo tenemos que compartir con la familia Fernández, pero en unas semanas podremos ocupar el piso superior al nuestro, ya que los inquilinos actuales se retrasan en el pago.

Todo el dinero que conseguí ahorrar se ha evaporado. Vivimos con lo que conseguimos vender día a día, que no es poco. Antonio sale cada mañana para intentar captar encargos, algo excepcional que ni se nos hubiera ocurrido en Valencia. Donde mejor se establecen los acuerdos es en las tabernas, en las cafeterías y en las calles. Cuando nos enteramos de cualquier boda, allí que va Antonio a hacerse el encontradizo con al padre de la novia para conseguir que le encomienden cómodas y baúles. Ha sido muy difícil contactar con el gremio de carpinteros de Barcelona; al principio, recelaban; sin embargo, al comprobar nuestra profesionalidad, se han convencido. No nos percatamos hasta hace poco de un problema con los artesanos extranjeros, la mayoría franceses, que no están agremiados. Y es que lo que ya hace años pedían, la liberalización del mercado, lo han conseguido. Hace un año y poco que se han suprimido en España los gremios, aunque el de carpinteros prevalece a duras penas. Ahora no hace falta estar agremiado para poder trabajar en un oficio y la competencia muchas veces es desleal. No me atrevo a comentarle nada a mamá, para que no me lo eche en cara. Lo único que Antonio y yo tenemos para seguir adelante es nuestra maestría y los clientes se dan cuenta poco a poco de la calidad que ofrecemos. Por otro lado, he recordado una estrategia que utilizaba mi padre cuando el volumen de trabajo disminuía y que le funcionaba muy bien: crear muebles sin encargo. Primero, tallo un mueble entero y lo muestro en el exterior totalmente terminado para que el comprador se haga una idea del trabajo que realizamos, y en el interior empiezo otro a la espera de que él mismo escoja los detalles decorativos. Para ello, me fijo en lo que está de moda, mientras los demás ebanistas siguen con las habituales piezas conservadoras. Los juguetes se venden bien, pero es un trabajo menor del que se encargan Catalina y María.

A veces me pregunto si ha valido la pena el viaje, la conmoción de echar raíces en otra ciudad, y tener que amoldarse a las nuevas normas de otra familia. Y es que la madre de Antonio tiene sus manías, que me sacan de quicio mucho más que las de mi madre. Por suerte, no salgo del taller y subo a las habitaciones lo justo para comer y dormir.



## Capítulo XVIII

*Por eso hay que permanecer alejados  
de personas que tengan un aliento gélido.  
Su sola presencia podría apagar el fuego más intenso,  
con los resultados que ya conocemos.*

Laura Esquivel

Esta tarde, Antonio ha permitido que cerrásemos el taller antes de tiempo. Las dos familias han estimado que lo mejor para nuestra relación es pasar más tiempo juntos. Así, como si fuera Navidad, el único día del año que mi padre se permitía el lujo de cerrar, Antonio y yo nos hemos puesto nuestras mejores galas y nos hemos ido a dar un paseo por las Ramblas. Al principio, me he sentido un poco incómoda cogida de su brazo. Más tarde, me he dado cuenta de cuán alto es y de la fuerza que albergan sus manos. El sol se está escondiendo y, aun así, pequeños rayos iluminan las flores que inundan el paseo. El olor al dulce de las distintas chocolaterías que invaden el centro de la ciudad me embriaga y se mezcla con el aroma de las rosas que amortigua recuerdos lejanos. Un junio en plenitud que me hace sentir de nuevo con energía y dispuesta a empezar una nueva vida. Los gritos de los niños jugando, los improperios de los ancianos que, molestos, los recriminan. Los chillidos de las madres, las risas de las mujeres de las calles en busca de hombres —entre las que no me encuentro gracias a un buen giro del destino— bullen, se encienden y se retroalimentan. Pasamos por delante de la particular fachada convexa del teatro de la Santa Cruz, con sus tres características arcadas del piso principal. Cuando la noche se cierne sobre la ciudad y las calles se silencien, el teatro abrirá sus puertas para los amantes de la música. Esta noche se representa *Ana Bolena*, de Donizetti. Me encantaría poder asistir, aunque Antonio duda que pueda aguantar tres horas de ópera.

—¿Qué sabrás tú si acabas de llegar a la ciudad?

Se sorprende ante mi altanería, la misma que ha utilizado él para sacarme de la cabeza mis ínfulas de pertenecer a una clase que no es la mía.

—Hace ya unos meses de eso y he aprendido mucho y tú más que nadie debería verlo.

Le aprieto la mano a modo de disculpa. Es cierto que ha madurado, ya no es el chico torpe e ingenuo que mi padre recogió para convertirlo en aprendiz. A su muerte, siguió formándose con los mejores y nadie le puede discutir su éxito.

—Tal vez si el taller prospera podremos conseguir entradas para el teatro. —Es la manera que tiene de pedir perdón.

Desecho esa idea tonta y lo único en lo que puedo pensar es en abrir mi propia tienda en la Rambla de las Flores, un escaparate ideal para darse a conocer. Lo beso y él me corresponde. Procuro concentrarme solo en su presencia, pero abre demasiado la boca y la humedad de su lengua me irrita. Me aparto; no es decoroso que una pareja se arrime tanto en público. Me acaricia la mejilla con sus dedos agrietados y un halo de tristeza me invade por mentirle, por hacerle pensar que siento lo que no siento.

—Espera un instante y no mires.

De soslayo, observo cómo se acerca hacia una florista y me entra una risa floja. Trato de que mis párpados no me traicionen y los aprieto para luego expresar sorpresa ante el regalo de mi mozo.

—¿Ana?

Mis músculos se tensan al escuchar esa voz ronca que me trae reminiscencias de un invierno que intento olvidar. El miedo me paraliza. El contacto de un guante me asusta. Por fin, me atrevo a fijar la vista en él, aunque me hubiera gustado permanecer más tiempo en la oscuridad. El rostro de Martín aparece ante mí. Sonríe y pequeñas arrugas se forman en la comisura de sus ojos, que se rasgan al mismo tiempo. Un centelleo negro azulado se esparce y me ilumina, me hiere y me invade en la misma proporción. No puedo hablar.

Giro la cabeza hacia Antonio, que está regateando todavía con la florista. Un murmullo de voces me advierte que estoy en medio del paso de un público entregado a Donizetti. Me siento pequeña, con mi vestido gris y mi chal negro, cuando veo a las damas ataviadas con sombreros de plumajes coloridos y collares tan brillantes como el rocío de la mañana.

—¡Ana! —vuelve a pronunciar mi nombre en una súplica, como si quisiera contarme algo, como si quisiera borrar los recuerdos. Y, de repente, un desconuelo se apodera de mi mente. No podría soportar ver a Joana, ser testigo de su felicidad extrema. Me escapo de ese roce de cuero, de mi nombre que se repite en el aire y huyo para volver a mis raíces.

El que sigue mis pasos sin tregua no es Martín, sino Antonio. Atrás queda su intento de regalarme rosas rojas como símbolo de su amor. Me alcanza y, en lugar de lamentar la pérdida de Martín, rememoro las palabras de mi madre. Ya no se trata de un posible *nosotros*, de una emoción que quedó en el pasado; se trata de mí, de mi futuro y me lanzo hacia el que será mi marido. Los besos de Antonio vuelven a ser húmedos y me retiro un poco indignada.

—Tienes que ser más delicado.

Sonríe, parece que mi comentario no le ha sentado mal.

—Muéstramelo —me desafía con una modulación que hasta entonces no había utilizado. Intenta conquistarme a base de galanterías y funciona.

Le enseño lo que me gusta, pequeños besos tiernos y afables que poco a poco dejan sitio a delicados mordiscos llenos de intención. Me arrastra hasta un callejón oscuro y sus manos

recorren mi cuerpo. Sostiene un pecho mientras devora mi cuello. Suspiro, arrebatada de deseo, y el rostro de Martín se aparece en mis anhelos. Lo aparto y simulo una compostura que no tengo.

—Debemos esperar, Antonio. Quiero hacer las cosas bien.

Él asiente; se lo ve feliz. Me despido con otro beso, esta vez un poco menos húmedo que los anteriores. Estoy convencida de que, con el tiempo, el rostro de Martín se borrará de mi memoria y ya no confundiré el calor que siento por él con el calor que me hace sentir Antonio. Ha sido agradable; a nadie le amarga un dulce como ser deseada por un hombre. Suspiro ante un futuro lleno de comodidades, seguridad para María y una vida tranquila en el taller junto a mi marido.

\*\*\*

Otro de los placeres que me da la vida es poder tener una casa propia, y por fin hemos podido trasladarnos al piso de arriba. Mamá lo ha acomodado todo para que esta noche, la primera que salgo con mi mozo, sea también la primera en que descansa en una cama propia. Por eso, al entrar, me sorprende por el derroche de las cuatro velas esparcidas por la sala principal. María no está y mi madre, todavía con el camisón de dormir, calienta agua para preparar chocolate.

—¿Qué ocurre? —En el marco de la única puerta que separa las dos estancias de que dispone nuestro piso, distingo una silueta de mujer. Su vestido entallado en el busto se dispersa al llegar a la cintura, y una suave tela dorada cae hasta el suelo—. ¿Dónde está María?

—No te alteres, hija, la he enviado con la señora Fernández para poder recibir tranquilas a esta visita inesperada.

La mujer no habla; se esconde entre la penumbra. Huye de la tenue luz de las velas y, sin embargo, sé quién es. Su perfume me embriaga e invade cada rincón de mi diminuto hogar.

—¿Qué quieres, Joana?

—Por favor, Ana, sé un poco más educada. Disculpe a mi hija, señora Ferrer.

—No se preocupe. —Joana adelanta un pie y su rostro se perfila entre las sombras. Su semblante permanece sereno, como nunca imaginé que pudiera estar, y me limito a admirar su belleza. Debería sentir odio y celos por ella; sin embargo, su presencia me embelesa, tal y como siempre ha hecho—. Su hija y yo tenemos una relación especial.

Es cierto, llegué a disfrutar de nuestros momentos de vino y letras. Aun así, el ambiente es tenso y para nada amigable. El olor a chocolate parece amortiguar el perfume de Joana, que se acerca un poco más a la luz y se sienta en una silla dispuesta a disfrutar del tentempié. Sin poder evitarlo, me fijo en su barriga, para nada la tiene abultada como me temía; su embarazo no se intuye y, por un instante, me cuestiono su estado. ¿Y si ha conseguido que Martín acceda a su capricho y han encontrado a otra chica dispuesta a dar a luz al heredero de los Ferrer? Me siento, abatida, y es mamá quien tiene que ayudarme a llegar hasta la mesa junto a Joana. Las cucharas tintinean contra las tazas al ser removidas. Aplasto los grumos de chocolate con furia.

—¿Dónde has estado hasta tan tarde, Ana? —La señora Ferrer lame la cuchara, algo impropio,

aunque ella puede permitírselo, y más en casa de gente de barrio como nosotras.

—No te incumbe para nada. —Bebo con cuidado, alzando el dedo meñique tal y como he visto hacer a las damas, sean burguesas o nobles; todas me parecen iguales. Sigo con mi tuteo; no voy a rebajarme a realizar ninguna reverencia ni tampoco a tratarla como a una señora. No se merece ni una cosa ni otra.

Mi madre se horroriza ante mi respuesta.

—No sabe cómo lamento el comportamiento de mi hija.

Joana ni siquiera se digna a mirarla. Sus ojos están fijos en mí mientras acaricia su vientre.

—Si eso implica a mi marido, creo que tengo derecho a saberlo.

—¿Su marido? ¿Qué tiene que ver él en esto? —Se escandaliza mamá.

—Me engañaste una vez, Ana. Creí de verdad que éramos amigas y me mientes, igual que me mentiste en su momento. Te he visto en el teatro. Martín se ha ido detrás de ti y me ha dejado plantada delante de nuestros conocidos.

Agarro la taza caliente con ambas manos, me quemo las palmas y soy incapaz de moverlas. Mi rostro palidece; el sudor me empapa.

—Ana ha estado con su prometido. No discuto lo que ha visto, señora, pero le aseguro que su marido no corría tras mi hija.

La señora Ferrer se alza de la silla, indignada.

—¿Eres una zorra embustera! ¿Dónde está?

Estoy tan acostumbrada a los gritos de Joana que ni me inmuto. Lo que me preocupa es lo que ha podido ver Martín. Tal vez mi desesperación por ser besada y tocada por un hombre le haya dado la idea equivocada de quién soy. Aunque, siendo sincera, no soy más que una cualquiera, que se deja dar arrumacos contra una pared de piedra que apesta a orines.

—No sé lo que Martín Ferrer quería de mí, pero, si me ha seguido, ha podido comprobar que solo soy una ramera.

—¿Por qué dices eso? —Mamá estrecha sus dedos en torno a mis hombros. Me deshago de ella. El calor vuelve a mi cuerpo—. He estado toda la noche con Antonio...

—¿Qué susto que me has dado, hija! ¡Eso es normal entre prometidos!

Joana se ha vuelto a sentar; recuesta su espalda como si de verdad le dolieran los riñones y llevara sobre su barriga seis kilos de más, cuando está tan delgada como siempre.

Se cubre el rostro y solloza como una niña.

—¿No tendrá algo más fuerte? —Se dirige a mi madre, que se esmera en servirle un trago de anís.

La señora Ferrer saca de su manga un pañuelo de seda con sus iniciales bordadas y se suena la nariz con extrema delicadeza. Alarga su mano, que queda en el aire. No tengo intención de tomarla.

—No me dejes así, Ana. —Su voz es melosa, como en los viejos tiempos, y su rostro, aún con la nariz roja, sigue siendo igual de hermoso.

La acompaño hasta la cama para que se recueste un poco, no sin antes beberse otro trago de anís.

—¿Es que va a dormir aquí? —cuchichea mamá sin comprender nuestra inestable relación.

La hago callar y Joana descansa su cabeza de rizos dorados en la misma almohada en que lo hace María.

—He sido tan injusta contigo... —susurra la señora Ferrer—. He venido a enfrentarme a la amante de mi marido y ahora, mírame... siempre cuidando de mí, Ana.

—Yo no soy la amante que buscas.

—Lo sé, Martín no tiene amantes; es perfecto. Eso es lo que todos dicen y estoy harta. —Da un puñetazo en el colchón. Dobla las piernas y me observa con detenimiento—. Si tan perfecto es, ¿cómo es que no puede tener hijos? —Su lengua sisea como la de una serpiente mientras inyecta el veneno. Parece evaluar la situación; mira de soslayo a mi madre y, con una señal, esta le trae otra copa de anís.

—Mamá, será mejor que le dejes la botella.

Me derrumbo ante el descubrimiento, ante lo que más temía.

—¿Has encontrado a otra, tal vez más del agrado de Martín?

—Puedes llamarme Joana, Juanita, como quieras, pero nunca pronuncies su nombre... —El destello de furia se enciende y apaga con inusitada rapidez. La botella de anís se va vaciando.

Ríe, contagiada por el valor de la bebida.

—No lo has entendido. ¡El problema no era yo, sino él! —Se acaricia la barriga.

—¿Estás embarazada?

—De seis meses.

Tan rápido como asiente le quito la botella de las manos. Si lo llego a saber antes, no dejo ni que lo pruebe. Mamá nota cómo mis ojos se iluminan y censura mi expresión de júbilo.

—No entiendo lo que sucede.

Joana se tapa la boca, coqueta, como si la acabaran de pillar galanteando con alguien con quien no debía y así fue exactamente. Encamino a mi madre hacia el otro lado de la sala. Ahora somos nosotras quienes nos escondemos de la luz en el marco de la puerta.

—Sucedió algo en la casa que no te he contado... —titubeo—. Había un chico en el pueblo que me cortejaba. Al principio creí que podría ser un buen partido, pero luego...

—¿Qué?! ¿Luego qué?!

—¡Que el muy canalla tenía novia, mientras pretendía a su hija y a mí me dejaba embarazada! —Mamá se apoya en el marco de madera—. Sé lo que piensa de mí, pero siempre creí que era inservible. Ximo era tan atento y apasionado, todo lo contrario a Martín... No sé lo que me pasó. La rabia y los celos me llevaron a ello y el resultado no pudo ser mejor, aunque de ahora en adelante estoy vetada en aquella casa y en aquel pueblo infernal. La estúpida de la prometida de Ximo formó un gran escándalo.

—¿Sara?

—No paró hasta conseguir lo que quería: dinero y más dinero. Todas quieren lo mismo: a mi marido o el dinero.

—Por favor, Joana, debes tranquilizarte y entender que entre el señor Ferrer y yo no hay nada. Despéjate y vuelve a casa.

—No tengo casa.

—¿Qué quieres decir?

—Nos vamos a Suiza. Martín quiere dedicarse a la investigación; allí se está experimentando con darle nueva forma al chocolate y le interesa para su fábrica.

—¿Qué otra forma puede tener el chocolate? —vocifera mamá.

—Cuando nazca el bebé y haya conseguido resultados satisfactorios, él volverá a Barcelona y yo quedaré desterrada y repudiada, pero no te alarmes, tendré una gran casa en medio de las montañas, y ya sabes lo poco que me gusta la montaña. Martín me lo ha dejado bien claro: ya no me quiere ni me perdona; por eso creí que tú eras la culpable.

—Usted misma se ha metido en este embrollo al cometer adulterio, señora mía, creo que lo más sensato y lo más justo es que salga de mi humilde hogar y no vuelva a insultarnos. Ana se casará muy pronto con un ebanista al que le va muy bien el negocio y no tiene por qué ir por ahí a la caza de ningún otro pretendiente.

—Deja que pase la noche en el piso; está demasiado bebida.

—Tu madre tiene razón, Ana, todavía es de noche y me puedo escabullir sin levantar sospechas. ¿Qué diría la gente si me viera salir de un sitio como este?

## Capítulo XIX

*Porque nadie puede saber por ti.*

*Nadie puede crecer por ti.*

*Nadie puede buscar por ti.*

*Nadie puede hacer por ti lo que tú mismo debes hacer.*

Jorge Bucay

Nunca antes había estado tan segura de la decisión que he tomado. Sé que es arriesgada, pero el espíritu de los Villalba que hay en mí me sustenta y me fuerza a seguir con la lucha por mi supervivencia y por la de mi familia. Sé que mi padre se hubiera alegrado de que dejara de llorar por un amor perdido y me pusiera al cargo de mi vida. Él, que siempre me enseñó todo lo que sabía de su oficio y nunca le importó que fuera una chica. Me trataba igual que a sus aprendices, a pesar de las malas lenguas que circulaban en el gremio y lo ridiculizaban. Aprendí a su lado a escribir, sumar y restar, a tallar con mano experta toda clase de muebles y a esculpir en ellos el sello de los Villalba, una estrella de tres puntas. Cuando mamá se excusaba ante los demás, exponiendo que eso otorgaba un valor adicional a mi futuro esposo, papá me guiñaba un ojo, cómplice. Nunca salió de su boca ninguna frase en contra del matrimonio, pero en sus ojos siempre capté la alegría cuando negaba que estuviera encaprichada de algún chico. Él me transmitió sus secretos de artesano y, ante sus enseñanzas, me sentía parte de la luz que irradiaba cuando trabaja en un encargo. Cuando murió, esa luz se apagó y, poco a poco, la vida me devolvió a mi sitio. La muerte de mi hermana me sumió en una profunda oscuridad en la que el tacto de la madera era lo único que me podía salvar de caer aún más en un pozo que no parecía tener fin. Creí que la oferta de Joana Ferrer sería otro punto y aparte, que me ofrecía una oportunidad de salir hacia adelante; sin embargo, sucedió todo lo contrario: la oscuridad hizo mella en mí, hasta Ximo la reconoció en mi rostro y no lo culpo por su falta de voluntad. Así son los hombres, juegan a dos bandas y nadie los juzga por ello.

\*\*\*

Hoy, veinte de septiembre de 1835, me siento libre, lejos de los Ferrer, lejos de todos los Ximos de la ciudad, caballeros que me paran por la calle y me colman de halagos para que pase unas

horas con ellos, algunos hasta están dispuestos a pagarme un piso... Cuánta falta de delicadeza. Madre dice que es por el barrio, que me confunden con una de esas amigas mías. No son ni mejores ni peores que en Valencia; todas tienen una historia triste que contar. Les regalo juguetes de madera para sus hijos bastardos. Me gustaría ayudarlas a encontrar una salida más digna, sin caer otra vez en esa oscura opresión que la sociedad ha marcado para las mujeres que no pueden casarse, por deshonra, humillación o por el simple hecho de querer dirigir su propia vida.

La visita hace tres meses de Joana, nombre que no se puede pronunciar en mi casa, me iluminó. Contradictorio, si pienso que fue ella quien me arrojó hacia una oscuridad llena de lamentos y victimismo. Supe al instante que no quería que mi destino estuviera supeditado a la voluntad de un marido, como le había sucedido a ella. Martín ha sido benévolo y le ha dado una segunda oportunidad en Suiza, a la vez que la ha colmado de seguridad. Nunca les faltará de nada a ella y a su hijo, pero podría haberse encontrado con otro hombre y ser encarcelada por adulterio, llevada al manicomio y el niño a un hospicio, y nadie se lo habría impedido. No quiero depender de la generosidad de un hombre. Valerme por mí misma es lo más sensato que he hecho hasta ahora. Espero que mi madre, en el día de su cumpleaños, considere mi emancipación como un regalo lleno de buenas intenciones.

Estoy nerviosa. He quedado con ella y con María en las Ramblas, bastante cerca del Teatro de la Santa Cruz, lugar rodeado de finos restaurantes a donde suele ir la alta burguesía, y próximo a la cotillería de la señora Garriga, otra mujer que me inspiró para hacer realidad mi sueño. Es la dueña de varias tiendas en la ciudad, que se encargan de los dobladillos y de confeccionar complementos para señoras. Ella es la que mantiene a la familia y así lo ha reconocido su marido, que hasta ha firmado un documento especificando que cuanto tiene le pertenece a su mujer.

María ha adornado sus trenzas con lazos azules y el encaje de su cuello está bien almidonado. La falda plisada del vestido la hace parecer mucho mayor. En cambio, mamá parece empequeñecida, escondida tras su chal blanco y su moño grisáceo. Mantiene la cabeza gacha, un poco atemorizada por los viandantes de clase burguesa que se paran en los escaparates de las tiendas cercanas.

—¿Qué hacemos aquí, Ana? —me reprende nada más verme—. ¿No pensarás llevarme a una de esas chocolaterías de altas miras? Ya sabes que no me gustan esos ambientes.

Mi rostro refleja ternura; no puedo amonestarla en un día como hoy.

—¡Feliz cumpleaños! —Le entrego un manojo de llaves.

—¿Qué es esto?

—Su nueva casa. —Mamá escudriña el interior de la puerta en la que estamos paradas. Con las manos, se apoya en el cristal y arruga la nariz—. ¡Abra de una vez! —la instigo.

Con manos temblorosas, intenta poner la llave en el cerrojo; sin embargo, es María quien finalmente, con su pulso firme, consigue que la pesada puerta acristalada en forma de arco ceda.

Me escabullo en el interior y enciendo las cinco velas sujetas a un candelabro. Lo coloco en un rincón y corro hacia un mostrador para encender algunas más. La estancia se ilumina con una luz



amarilla tan débil que no se pueden apreciar las vetas de madera de una repisa situada en el centro del local, llena de guitarras, tamborileros, pelotas...

Mamá da vueltas sobre sí misma y, con los ojos abiertos, contempla una repisa a baja altura del escaparate y agarra un trenecito muy parecido a aquel con el que jugaba mi sobrina hace poco.

—¿Mi casa es una tienda?

Río algo histérica.

—Suba las escaleras y verá lo magnífico que es este sitio; tenemos una habitación para cada una.

María chilla de alegría, pero mi madre la enmudece rápido. Su semblante se ha vuelto níveo, como su vestimenta, e intuyo que quiere huir. Le estrecho las manos y le suplico que se quede. Respira hondo y me mira confusa y herida.

—Hoy, la madre de Antonio me ha girado la cara al saludarla. Pensé que no me había oído o que estaba indispuesta. ¿Qué has hecho, Ana?

—He llegado a un acuerdo con él. No nos casaremos; no sería justo privarlo de encontrar a su amor verdadero.

—¡Vaya sandez! ¡Claro que te casarás! Si no, ¿de qué vamos a vivir?

—De esto. —Alargo mis brazos para abarcar la inmensidad de mi tienda. No es que sea muy grande, pero para mí es todo un palacio.

—¿Te vas a casar con el dueño de una tienda de juguetes?

—Yo soy la dueña.

—No lo entiendo, Ana. ¿Qué pensará la gente? El gremio no te dejará ejercer.

—Hace tiempo que los gremios han dejado de tener la fuerza de antaño; muchos han desaparecido y ahora una mujer puede tener su propio negocio. ¿Qué me dice de la cotillería de la señora Garriga?

—¡No es lo mismo coser que ejercer de carpintera!

—Lo sé, no quiero ser la competencia de Antonio. Por eso hemos llegado a un acuerdo. Venderé lo que ningún ebanista quiere hacer: juguetes.

—¿Dónde has conseguido el dinero?

—Son solo doscientos cuarenta reales al año.

—¿Solo? —Mamá se lleva una mano al pecho.

—No se alarme, voy a medias con Antonio.

—¡Dios nos asista! Ese chico es demasiado bueno para ti.

—Es un amigo.

—¿No te habrás endeudado?

—No, mamá. De momento, no.

—¿Cómo «de momento»? ¿Es que piensas en esa posibilidad? ¿Quién daría un crédito a una mujer? Y, mucho peor, ¿quién te comprará estos cachivaches?

—¡Mira, abuela, qué joyero más bonito!

Mi madre lo examina con profesionalidad; todavía no se le ha olvidado lo que sabe de cuando ayudaba a mi padre en el taller.

—No niego que es un buen trabajo; siempre has tenido mucho talento, pero no veo cómo esto va a funcionar sin un hombre.

—¿Y para qué lo necesito?

—¡Para negociar los encargos!

Unas niñas de cabellos finos y lazos de seda interrumpen nuestra conversación, ponen sus manos en el cristal y lo dejan todo pringoso de azúcar. Comen unas porras y, después de señalar varios de los juguetes que las velas han iluminado, se apresuran calle abajo.

—Pasan de largo —se lamenta María.

Un niño tira de su madre y la obliga a entrar en la tienda, corre hacia la pelota que hay encima del mostrador y la arroja al aire. María la alcanza y se la vuelve a lanzar.

—¿En esto quieres convertir mi casa, en una plaza de recreo?

—No hay nada malo en ello; deje que juegue y la pruebe. Tal vez le guste y se decida a comprarla.

—¡Serás necia! Los niños no tienen dinero.

La madre del chiquillo acaricia la estola de piel que cuelga de su hombro. Impaciente, repiquetea el suelo con su zapato forrado de seda.

—¡Ernesto, vamos, tenemos prisa!

—Pero ella sí —susurro en el oído a mamá antes de dirigir una hermosa sonrisa a la desconocida.

—Bienvenida a Juguetes Villalba. ¿En qué puedo ayudarla?

—En nada, lo siento, ya nos íbamos.

Mamá endereza su moño y me aparta con seguridad. Le enseña una espléndida caja de costura que he tallado hace menos de una semana. Dejo que hable; en los buenos tiempos siempre convencía a los clientes de la carpintería de ampliar su pedido.

La mujer sale con el niño de la mano y con tres paquetes envueltos; ha comprado la caja de costura, una pelota y un trenecito, a un precio más bajo de lo que me hubiera gustado. Se lo repuebo y mi madre se encoje de hombros

—Por algún sitio hay que empezar, Ana. ¿Cómo quieres atraer a los clientes si no les ofreces calidad a buen precio?

La abrazo con entusiasmo y ella se escabulle. No para de dar órdenes: que si hay que comprar trapos, que si hay que limpiar, que si tengo que empezar a trabajar más y llenar el escaparate de juguetes, ya que parece un desierto... Me habría complacido que hubiera agradecido mi regalo de cumpleaños, que hubiera advertido que todos los objetos tienen el símbolo de papá, la estrella de tres puntas. Sin embargo, compruebo en su azoramiento que no quiere recordar, que la emoción la embarga y solo pretende huir hacia el futuro, tanto como yo.

## Capítulo XX

*El amor es paciente, es bondadoso.  
El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso.  
No se comporta con rudeza, no es egoísta,  
no se enoja fácilmente, no guarda rencor.*  
Corintios, 13:4-5

*B*arcelona. Diciembre de 1836.

Acabo de pasar varios días en cama congestionada. Mamá no me ha dejado salir de la habitación en todo este tiempo ni tampoco que me ocupara de la tienda; bastante tenía con hacer frente a la fiebre y a los escalofríos. Hace ya más de un año que el negocio funciona como la maquinaria de un reloj, al que de vez en cuando hay que dar cuerda, y para eso está ella. Ha recuperado el brío de antaño; por eso no pude resistirme a hacerla partícipe de este lugar que es tanto mío como suyo y que algún día será de María. Le otorgué poderes para que pudiera pactar con los proveedores y aceptar encargos en mi nombre.

La sorpresa ha sido mayúscula al reincorporarme al taller y comprobar que ha contratado a dos aprendices más, aparte de María, a la que estamos introduciendo en el noble arte de la madera, y a la hermana menor de Antonio, a la que le interesa más tallar juguetes que dejarse la piel en colosales armarios y baúles de bodas. Hace unos diez meses que Antonio se casó con una buena mujer, aunque al principio todos dudamos, incluida su propia familia, de los intereses reales de aquella chica surgida de la nada. No conocemos su historia ni sus orígenes y tampoco se le atribuye ningún oficio. A su favor puedo decir que es joven, amable y que ama a mi mozo. Hace poco que han sido padres, y yo soy la madrina de un hermoso niño, sano y rollizo, que es lo que más importa. Atrás quedaron las rencillas que la señora Fernández cosechó por mi decisión de romper el compromiso.

Mamá ha aceptado un extraño encargo sin consultarme antes. Debemos tallar antes del quince de diciembre más de doscientos corazones. Al preguntarle para quién y para qué, se encoje de hombros.

—No tengo por qué saberlo, solo me corresponde entregar a tiempo el pedido.

Hemos formado una cadena de trabajo de la que no estoy nada orgullosa; somos artesanas y no obreras de una fábrica. Las dos nuevas aprendices tallan los corazones, mamá y Catalina les dan

el acabado final, desechan los que tienen taras o intentan reparar las imperfecciones, y, por último, María y yo nos ocupamos de la estrella de tres puntas, marca de la casa.

Se trata de una ocupación monótona; me gusta más diseñar nuevos juguetes, pero debemos redoblar nuestras energías porque el misterioso cliente también quiere que se les dé una capa de pintura. Corazones de colores, ¿quién lo iba a imaginar?

—¡Estoy cansada de hacer cada día lo mismo! —me quejo de mis dedos doloridos por la presión y las prisas—. ¿No preguntó para qué los querían? ¿No será para revenderlos?

—Hija, ¿por qué te lamentas tanto? Es dinero y eso es lo que cuenta.

—Es para una fiesta. —A María se le iluminan los ojos.

—Chitón. —Se enfada mamá.

Detengo mi rutina de elaborar una estrella de tres puntas y dejo de lado el enojo que me provoca la cadena de trabajo para detenerme a examinar las caras de todas ellas, de las nuevas aprendices y de las que ya conozco como la palma de mi mano. María no puede evitar reírse y agacha la cabeza, nerviosa.

—Algo escondéis. ¿Sabéis quién lo ha encargado?

—Un abogado, ya te lo dije —contesta, seria, mi madre.

—No, no me habló de ello. Sabe el recelo que me provocan los abogados. ¿No habrá firmado un contrato antes de tiempo?

—¿Y para qué me diste poderes?

—¿Al menos leyó la letra pequeña? ¿Qué pasará si no cumplimos con los plazos? Nunca trabajo con tanta presión.

—Era una oportunidad que no podía dejar escapar. Además, el cliente a quien representaba el letrado era de lo más convincente.

—Así que sabe quién es...

María y Catalina suspiran como dos chiquillas enamoradas.

—Demasiado guapo, hasta para la abuela.

Resoplo como un caballo.

—¡¿Estoy dejándome la piel en estos estúpidos corazones porque un hombre guapo la convenció?!

Suena la campanilla de la entrada. Mamá sale disparada para atender a la persona que acaba de entrar y lanzo una mirada furiosa hacia mi sobrina, que me saca la lengua. Con solo ocho años, ya es toda una desvergonzada. No oigo el típico tono gutural que pone cuando intenta endiñarle a una mujer indecisa más accesorios de la cuenta. Los cuchicheos me alertan de que algo trama a mis espaldas. Solicito silencio a las niñas, que están en el taller, una habitación contigua a la tienda. Con pasos sigilosos, me asomo para observar sin ser vista y la talla de madera se me cae de las manos al ver el secreto que me ocultaban. ¡En mi propia casa! La furia me corroe y se adueña de mi pensamiento. No soy yo, sino mi madre, quien me arrastra hasta encararme con el hombre que ha marcado un antes y un después en mi corazón.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

Los ojos oscuros de Martín Ferrer se clavan en los míos. Nuestras miradas encajan como las piezas perdidas de un puzle que hacía años debería estar terminado. Pero no me dejo amedrentar. Cruzo los brazos sobre mi persona; no quiero que se adueñe de mi alma como lo hizo anteriormente y parece que a él le cuesta volver en sí. No puede, o no quiere, apartar la vista y me repasa con abnegación, ensimismado en mi pelo. De manera inconsciente, me coloco unos mechones sueltos de mi moño hacia atrás, escondo las manos arañadas y rojas por el trabajo entre mi delantal, y el silencio es tan pesado que hasta mamá se siente fuera de lugar; lo noto en su carraspeo y el baile de sus manos sobre el mostrador.

—El señor Ferrer está interesado en saber cómo va el pedido. Le estaba diciendo que al menos un cincuenta por ciento está listo.

—Si llego a saber que era para él, me habría negado desde el principio.

Saco fuerzas de donde no las tengo. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo vi. He intentado mantener el recuerdo de su imagen vivo en mi memoria y no le ha hecho justicia. Nada es comparable a lo que su presencia me provoca. Me turba de tal manera que no soy capaz de razonar con serenidad. Martín permanece impassible, como si lo hubiera hechizado una bruja mala salida de los cuentos de María. Estoy tan furiosa conmigo misma por lo que él me hace sentir que ansío que caigan sobre Martín todas las injusticias que he tenido que soportar. Como despertarme por las noches con el alma encarcelada por no tenerlo junto a mí. Por no poder saborear nunca más la suavidad de sus labios ni dejarme llevar por el abrazo de su voz. Resistirme a las alabanzas de otros hombres, negarles ser parte de mi día a día, porque mi corazón todavía pertenece a Martín Ferrer, el cual ha tardado dos años en volver.

—¿Por qué te comportas de esta manera, Ana? El señor Ferrer solo buscaba un taller para sus corazones y nos encontró por casualidad.

—No es cierto —balbucea Martín—. Te busqué por todas partes hasta dar con tu paradero, carpintera, y Antonio me habló de ti y de tu tienda.

Avanza unos pasos hacia la izquierda, rodea el mostrador para posicionarse frente a mí, pero soy yo la que me sitúo en el centro de la tienda. No quiero que entre en mi taller, el centro de mi vida.

Mamá retrocede, se hace pequeña y se refugia en la trastienda para evitar que las demás saquen sus cabezas y cuchicheen a mis espaldas.

Estamos solos. A merced de que algún cliente entre y rompa la falsa calma que nos mantiene cerca el uno del otro. Recuerdo cómo mi hermana María y su enamorado Joaquín expresaban su amor, a través del secreto de sus miradas.

Martín viste a la moda, sostiene un sombrero de copa y unos guantes de piel. A pesar de mi falda y de mi blusa, no me quedo atrás; esta vez son de una calidad excelente, nada que ver con las telas que usaba cuando nos conocimos.

—¿Por qué esta tienda? ¿Por qué los corazones?

Deseo que me hable de nuestro encuentro en la montaña, de nuestro primer beso, de ese «te quiero» que nunca fue pronunciado.

—Busqué en Valencia a la mejor carpintera y me dijeron que se había establecido en Barcelona.

Se atreve a rozarme los dedos; los retiro, impresionada por su tacto, avergonzada por el mío.

—¿Cómo están Joana y el niño?

—En Suiza, feliz porque al fin su sueño se ha hecho realidad. Y, por cierto, es una niña.

Aprieto tanto la mandíbula que oigo crujir los dientes; intento que no advierta mi estado de ánimo, pero parece una misión imposible. Todavía espero un reconocimiento a lo que tuvimos, una disculpa por haber dejado marchitar ese sentimiento ahora tan vivo en mí que quisiera morir.

Martín se acerca inseguro; no se atreve a tocarme con sus manos, pero involuntariamente su cuerpo invade mi espacio y lo recibo con los ojos cerrados. Aspiro su aroma. Su aliento me acaricia y su voz me besa.

—Nunca quise perjudicarte, Ana, convertirte en lo que no eres. Lo sabes, ¿verdad? —Asiento, y mi respiración agitada, mis mejillas sonrojadas y el pulso de mis labios a punto de arrullar los suyos le otorgan los ánimos necesarios para seguir hablando—. Es casi imposible obtener el divorcio en España sin montar un escándalo, al menos un año de espera y otros meses más para que el papado ceda con los permisos correspondientes, y tampoco quería perjudicar a Joana ni a la niña.

Me doy cuenta de que he estado demasiado ensimismada en mi propia tortura para percatarme de que Martín sufrió una traición de una envergadura mucho mayor de la que me acuso a mí misma. Su propia mujer lo engañó con otro hombre y quiso hacer pasar a la hija de ese otro por suya. Y, aun así, nunca la denunció, porque Martín Ferrer siempre hace lo correcto.

Mi silencio lo confunde y se aleja. Y una pregunta se cierne sobre mí como una losa de metal: ¿y si Martín estuviera resentido también conmigo? ¿Y si creyera que tuve algo que ver con esa infidelidad?

—Siento lo que ocurrió. Tienes que creerme si te digo que yo no sabía nada de lo que sucedía entre Joana y Ximo.

Las pequeñas arrugas en torno a sus ojos se acrecientan al sonreír; sin embargo, la tristeza sigue ahí, sin intenciones de desaparecer. El tiempo ha pasado para los dos. La vida se ha interpuesto en nuestro camino y ha validado lo que desde un principio ya sabíamos: un amor que terminaría antes de empezar, unos besos que se quedarían en el aire sin posibilidad de recuperarlos. El sentimiento sigue, pero cada minuto que paso en su presencia más se apacigua. Respiro y hacía tanto que no lo hacía de esta manera tan profunda que me libera de tensiones y me alivia de unos resentimientos que albergué por un hombre que pensó estar enamorado de mí en el momento en que su mujer se le escapaba.

Retrocedo unos pasos hacia atrás.

—No te preocupes; tendrás los corazones a tiempo.

—No es todo lo que quiero, Ana. —Mi pecho se agita y un mareo leve y sutil me precipita hacia el vacío.

—Me gustaría que asistieras a mi fiesta —me invita, al mismo tiempo que coloca su mano en el pomo de la puerta. Las campanillas suenan al abrirla.

La manecilla de mi reloj interno, que se había detenido unos imperceptibles segundos, avanza a pesar de la herida. Martín solo quiere ser amable y correcto.

—Será un placer. —Yo también puedo ser buena en este juego.

\*\*\*

Hace dos días que los corazones de colores fueron entregados, y ha llegado el tan temido y esperado quince de diciembre. Fue mamá la que llevó hasta la casa del señor Ferrer el cargamento junto a las otras chicas. Y han permanecido este tiempo allí, para ultimar unos detalles que, a pesar de mis inquisitivas preguntas, nadie se ha atrevido a contarme. Sospecho que en la fiesta me encontraré con alguna sorpresa, tal vez no muy agradable. Puede que Joana aparezca para arreglar las cosas, porque de eso se trata, de dar carpetazo a una parte de mi vida que me impide avanzar más allá. Y madre tiene razón: no asistir a la fiesta daría que pensar a Martín; le estaría enviando una señal equivocada de que todavía siento algo por él. Y lo he negado tantas veces delante de ella y de mi sobrina que estoy empezando a creerlo. Además, será bueno para los negocios, quién sabe los contactos que puedo realizar.

El pretexto de la fiesta no podía ser más aburrido, una inauguración para anunciar algo relacionado con los chocolates Ferrer. Seguro que sirven montones de tazas de chocolate, con lo que lo odio.

He llegado antes para supervisar lo que han hecho con mis corazones. La señora Tusquets me abre la puerta y, por un momento, todas mis extremidades se han entumecido del susto al verla. Dudo por unos segundos si debo girar hacia la derecha, la parte más funcional de la casa, donde normalmente se hace pasar al servicio, pero soy dirigida hacia la parte noble. Rosalía Tusquets no me ha reconocido. Mi vestido de seda de un opaco color amarillo la ha distraído o tal vez ha sido el fulgor de mis pendientes, comprados en una tienda de prestamistas y confeccionados con el ámbar más puro. Me dijeron que habían pertenecido a una actriz y la manifestación de su apasionado carácter hace mella en mis orejas, moradas por los pinchazos del metal; no estoy acostumbrada a llevar joyas.

Me acompaña hasta un despacho y me ofrece un refrigerio.

—Señora Tusquets, ¿no se acuerda de mí? Soy Ana, Ana Villalba.

Me mira con resignación.

—Lo sé, querida. —Nada de insultos ni dobles intenciones.

—El señor Ferrer me contrató...

—No sigas por ese camino, suficiente tuvimos ya con lo que pasó.

Ya me extrañaba que esa mujer pudiera mantener la lengua quieta en mi presencia.

—Yo no tuve nada que ver, se lo prometo.

—Lo sé —vuelve a repetir Rosalía, cruzando las manos en forma de rezo—. Desde entonces, no me permito juzgar a nadie.

—Me gustaría ver la sala donde se exponen los corazones.

—No lo puedo permitir, querida. Eres una invitada y, como tal, esperarás hasta que empiece la fiesta. Tengo órdenes explícitas.

Nadie me dice lo que tengo o no que hacer, pero, tratándose de la señora Tusquets y de un pasado juntas en el que no fuimos demasiado amigables, me contengo. Clavo las uñas con la esperanza de mitigar la rabia con el dolor.

No tengo que esperar mucho, lo que tardo en tomar mi refrigerio. Los saludos de damas y caballeros me alertan. Ríen y coquetean entre sí. Inclino la cabeza por si distingo la voz de Martín, pero entre tanto jaleo me es imposible. Sin poder aguantar ni un minuto más sentada en ese despacho estéril en decoración, abro las puertas correderas que me separan de esa algarabía que me pone de los nervios. Decenas de pares de ojos me observan y, al no reconocerme, pasan de largo. Me siento aliviada y, a la vez, molesta por esa indiferencia. Una gran estancia rodeada de balcones y ventanas, por las que entra una tenue luz característica de una tarde fría de invierno invade cada uno de los rincones. Las puertas de paso de las diferentes habitaciones están abiertas para que los invitados puedan circular de una alcoba a otra, lo que produce una malsana curiosidad por ver el dormitorio principal, que estoy segura de que estará de lo más engalanado. Está de moda encargar cabezales de cama de madera noble y con dibujos elaborados para poder lucirlos en estas fiestas. Viendo el jolgorio existente, me temo que el señor Ferrer goza de un círculo bastante numeroso de fieles amistades.

Ya no soy una pobre chica venida de Valencia ignorante de las costumbres de los burgueses. En este tiempo, he ganado seguridad en mí misma. Con paso firme, me mezclo entre la gente, cazo al vuelo una copa de unos de los lacayos que se pasea con guantes blancos y una bandeja en la mano haciendo equilibrios. Me sorprendo del sabor del vino y rememoro mis días en la mansión de los Ferrer. El olor a tierra mojada, el viento ensordecedor que soplaba en lo alto de la montaña. El calor de la chimenea, y la voz de Joana al interpretar a los diferentes personajes de Shakespeare parecen tan reales que debo volver a beber para olvidar.

Me fijo en que la sala central, donde cuatro músicos tocan el violín sin que nadie les preste atención, está presidida por dos retratos familiares. Los analizo con atención. Ni un indicio de que en esta casa hubiera vivido Joana Vivet, nada que recuerde ese matrimonio ni esa traición.

Tal vez se trate de los padres o los abuelos de Martín. El hombre es alto y de cabello abundante, la mujer altiva y con una lucidez extraña de ver en un cuadro. Existe una gran variedad de estilos decorativos en la estancia, no puedo dejar de notar una mesa de la regencia junto a unos sillones Luis XV. Me tropiezo con una alfombra oriental con dibujos geométricos que combinan con los tapices de las paredes. Alzo la cabeza y admiro boquiabierto el gran trabajo de carpintería



del techo. Es en ese mismo momento cuando mis ojos se percatan de las dos arañas de bronce que cuelgan del techo; cada una de ellas tiene una hilera de seis brazos con seis velas. Cada brazo simula un tallo curvado de hojas, como una enredadera, y de cada una de las hojas cuelgan con un hilo mis corazones de colores. Doy vueltas sobre mí misma, consternada por la belleza de la madera pintada que reluce. Intento adivinar lo que hay escrito en esas figuras que yo misma he tallado.

—Una vez alguien me dijo que cada corazón debería tener un nombre, para saber a quién pertenece.

Aspiro el aire cargado de las pipas y cigarros de los invitados, y lo retengo de manera involuntaria con la intención de atesorar ese leve roce del aliento de Martín en el lóbulo de mi oreja. Mis pendientes ambarinos bailan al son de sus palabras.

Leo con más detenimiento las letras de uno de los corazones.

—A-N-A.

Me giro, agraviada, hacia el anfitrión de una fiesta a la que prácticamente he sido obligada a asistir.

—Soy más de hechos que de palabras. —Su sonrisa abarca cada rincón de mi cuerpo y un pequeño cosquilleo, mezcla de indignación y orgullo, se enreda entre sí hasta cubrir de rubor mis mejillas.

—¿Qué engaño es este?

No puedo dejar de pensar en las consecuencias de mi nombre colgado de las arañas. Tal vez haya preparado una disculpa, y eso, en lugar de doblegarme, sulfura más mis ánimos. No me gusta que dé por sentada mi respuesta. Que haya invitado a todos sus conocidos y haya dejado atrás a los míos, que piense que por no haberme casado con Antonio todavía estoy ansiosa por estrecharlo contra mi cuerpo para hacerlo mío.

Una pareja de ancianos ostentadamente vestidos se acerca a nosotros. Martín me presenta al señor y a la señora Garriga. Me fascina cómo su marido se enorgullece del trabajo de su mujer, que regenta varias tiendas de ropa interior para señoras, y resta importancia a su cometido en el negocio. Martín me nombra con una altivez que hasta ahora no le había escuchado.

—Les presento a Ana Villalba, una extraordinaria artesana, que tiene su taller en las Ramblas; si no me equivoco, muy cerca del suyo.

No me esperaba recibir por parte de esa pareja toda una serie de preguntas sobre cómo administro mi tienda de juguetes. Y las atenciones continúan. Martín me introduce en varios círculos que se han creado y repite mi nombre una y otra vez. La situación es parecida a cuando Ximo contó a cualquiera que quería escuchar, en la fiesta de Nochebuena de hace dos años, que yo era la dama de compañía de la señora Ferrer. La diferencia es que hoy no me siento una impostora. Martín no miente, no omite información, solo cuenta la versión real de mí misma. La que ven sus ojos y por la que desde niña he luchado para que así el mundo me percibiera.

Nadie comenta nada sobre los nombres de los corazones. Hay otras dos Anas más en la fiesta;

una está casada, la otra es la cuñada soltera de un banquero, joven y bonita, que me hace dudar de sus intenciones, pero después de estar un buen rato observando el comportamiento de esa mujer, no veo ninguna razón para creer que ella espere algo más que una simple copa de vino y gustosos canapés de jamón.

Martín me deja sola en medio de un grupo de hombres y mujeres que discuten sobre las exigencias de los obreros en las fábricas. Algunos detractores y otros a favor, que son mirados con cierta reticencia. Mantengo la boca llena de comida para no tomar partido. Y, de repente, los camareros desaparecen con las copas y los minibocados de embutidos, y la sala se llena poco a poco del olor del chocolate. Giro la cabeza a un lado y a otro, esperando a los mismos hombres de negro con guantes blancos aparecer con bandejas repletas de tazas de porcelana, pero eso no sucede. No puedo negar que el olor es delicioso y que mi odio paupérrimo a este dulce es por pura cobardía. Por no querer recordar mis tiempos en un pueblo de Valencia, apartada de mi familia, y donde descubrí sentimientos tan contradictorios y apasionados que marcaron mi futuro.

El señor Ferrer se sitúa debajo de una lámpara. Los corazones giran y los colores se multiplican, al igual que mis pensamientos. Imagino todas y cada una de las posibles situaciones: una pedida de mano que descarto al segundo, una declaración de amor a la cuñada del banquero, hasta una alternativa que se asoma con temor, que Martín pretenda lavar su conciencia y contar la verdad sobre cómo nos conocimos. Sin embargo, lo primero que hace cuando consigue que la gente permanezca en silencio es hablar de chocolate.

—Queridos amigos, hoy es un gran día para mí, y me enorgullece poder compartirlo con todos vosotros. Ya conocéis la trayectoria profesional de mi familia y muchos me habéis preguntado cuál es el secreto del chocolate Ferrer, uno de los más vendidos en toda España. Pues bien, no es otro que el amor y la pasión en lo que hacemos. Y de eso os quiero hablar, de un nuevo producto exclusivo que va a salir a la venta en Navidades, y que vosotros podéis degustar por primera vez aquí, en mi casa.

Una hilera de criados entra a ritmo de la música de los violines, con bandejas llenas de relucientes y pequeñas bolas envueltas en papeles de colores, iguales a los corazones colgantes.

—Coged un bombón *Ana* cada uno y degustadlo. Representa el corazón de la mujer que amo: resistente por fuera y explosiva por dentro.

El ruido del arrugado papel entre los dedos de los invitados me hipnotiza. La mayoría me miran sonrientes; no hay duda de que sus palabras iban dirigidas a mí, ya que no ha levantado ni un momento los ojos de los míos. Los latidos de mi verdadero corazón se lanzan hacia un precipicio en el que no hay vuelta atrás. Doy un mordisco a esa delicia que lleva mi nombre. La cobertura es amarga, chocolate cien por cien, su dureza se deshace en el paladar y, de golpe, otro sabor estalla y sorprende, un licor dulce invade mi boca. Y la emoción me embarga. ¿Así soy para él?

Recorro con pasos ágiles el pasillo hasta el recibidor, con clara intención de huir. Porque, si no lo hago, borraré para siempre los recuerdos dolorosos, las heridas todavía abiertas. Las mismas que me han convertido en lo que soy ahora. No puedo dejar que la declaración de amor de un

hombre me haga desaparecer. Bajo las escaleras lo más rápido que mis zapatos nuevos me permiten. No tengo tiempo para estas obscenas demostraciones, que lo único que consiguen es dejarme en ridículo. No he nacido para ser la esposa de nadie. No puedo quedarme en casa cuidando de niños que no quiero tener y abandonar lo que más me gusta: mi trabajo, mi vida, mi María.

El nombre de Ana suena entre las estrechas calles de Barcelona y la luz cede paso a una semioscuridad que me esconde de mis miedos. Martín me alcanza. Sus súplicas evitan que siga forcejeando con él y me detengo, pero me niego a escucharlo.

—¡No quiero casarme contigo, no quiero convertirme en otra persona, no quiero...!

—¡Ni yo te lo he pedido!

Su serenidad me desconcierta.

—¿Y a qué ha venido todo esto?

Martín acaricia mis manos, me da calor con su aliento. Y mi cuerpo vuelve a responder de la manera equivocada. Deseo acercarme a él, sentirlo, lamer las llagas que Joana le haya podido infligir y hacerla desaparecer.

—Confieso que ha sido un acto egoísta. He tardado mucho en poner en orden mis asuntos y mis sentimientos. —Respira tan profundo que creo fundirme con él—. Necesitaba liberarme y contar al mundo mi verdad, que no es otra que que te amo, Ana.

Recuerdo las palabras de Joana: «No es lo mismo querer que amar».

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no he podido dejar de pensar en ti ni un minuto desde que te vi haciéndole el amor a una silla.

Sonrío, indefensa. Mis piernas se debilitan y me mantengo de pie gracias al brazo de Martín alrededor de mi cintura, que me quema, me altera y me despierta del letargo en el que he estado sumergida desde hace años.

—Ese fue tu amigo Lucián.

—Yo te observaba de lejos mucho antes de que él se atreviera a hablarte.

—¿Cómo sé que no soy el segundo plato? El que todos dejan a medias porque el primero los ha saciado.

—¿Te refieres a Joana?

Asiento de manera efusiva. El carácter enérgico de Joana Vivet y su alocada manera de vivir me marcaron un camino, y la evocación de los días pasados junto a ella me plantea muchas dudas. ¿Quiero a un hombre prudente en mi vida, carente de pasión y de impulsividad? Porque así era como Joana describía siempre a su marido.

Martín parece leer mis pensamientos. Me besa el cuello; su ternura provoca un involuntario jadeo.

—No soy un hombre impetuoso y la pasión no me nubla el pensamiento. Sé lo que quiero. Y en estos momentos es saborearte con calma. Degustar con tranquilidad cada pliegue de tu piel.

Contemplar tu desnudez y absorber su belleza, moldear con mis manos tus pechos y contar cada uno de tus latidos. Besar tu alma y traspasar tus miedos. ¿Por qué apresurarme a hacerte mía? ¿Por qué estropearlo todo por un delirio incontrolado si puedo amarte durante toda una eternidad?

Su mirada me penetra. El negro de sus ojos me invita a beber de sus labios toda la sabiduría que desprende. Todo el amor que me transmite. No sé por qué he dudado cuando siempre he sido una mujer fuerte, capaz de tomar mis propias decisiones; así es como me educaron. Y en estos momentos puedo afirmar con total rotundidad que mi corazón pertenece a Martín. Ardo en deseos de entregarme a él y que me torture a base de prudentes y calculadas maneras de hacerme gozar.

Me besa como si el tiempo no existiera, como si el cielo y la tierra se hubieran fundido en un solo plano y de él resurgiéramos como Adán y Eva, como los únicos habitantes de nuestro propio planeta.

—Es hora de contarle a tu madre que todo ha salido bien. —Abro la boca, conmocionada. Una de sus típicas carcajadas altera la tranquilidad de una noche que se nos ha echado encima sin darnos cuenta—. ¿Crees que tu nombre se ha grabado en esos corazones por arte de magia?

Escondo mi rostro entre mis manos y él aparta los dedos uno por uno hasta devolverme la alegría.

—Me costó mucho convencerla de mis buenas intenciones.

—Lo tenías todo planeado, ¿no es cierto?

—Hay algunos detalles que he dejado en tus manos.

—¿Como cuáles?

—Como los papeles de adopción de María, una vez nos hayamos casado.

Me lanzo a su cuello y damos vueltas como chiquillos.

—¿Harías eso por mí?

—Haré todo lo que me pidas.

—¿Y si no quisiera deshacerme de mi apellido?

—¿Por qué lo tendrías que hacer, carpintera? Te representa, como los corazones de Ana que tú misma has tallado.

—Los corazones de Ana... — repito en voz baja.

Cada persona a la que he amado forma parte de esos corazones. Mi padre, mi hermana María, mi cuñado Joaquín, mi madre y mi sobrina, Antonio y su familia, la contradictoria Joana, Martín... hasta Ximo tiene su pequeña astilla.

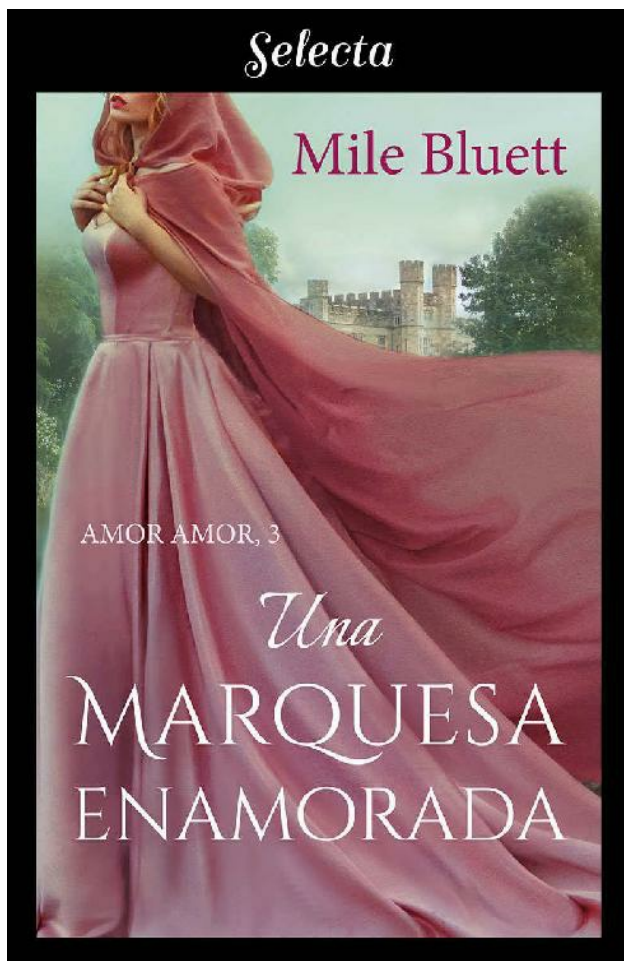
Antes de volver a la fiesta y maldecir a mi madre por guardar un secreto de esta magnitud, ya que estoy segura de que me estará esperando escondida en alguna parte de la casa junto a María y las demás cotillas del taller, le doy un último beso a Martín. Él muerde mi labio inferior, lo lame y entrelaza sus dedos en mi cabello. El moño que llevaba a primera hora de la tarde parece más bien una coleta mal hecha. Su tacto pausado, ardiente, me atormenta.

—¿Hasta cuándo tendré que esperar, Martín?

Él sabe a lo que me refiero.

—Ten paciencia. Solo estoy deshaciendo tu cobertura de chocolate.

Si te ha gustado  
*Los corazones de Ana*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Una marquesa enamorada*  
de *Mile Bluett*



*Londres, Inglaterra.*

*Abril de 1859.*

*¿Cuánto puede latir un corazón por una pasión a lo largo del tiempo? Ella creía que el amor era libre, que no exigía sacrificios de los amantes, que de lo contrario perdería su esencia. Él pensaba que jamás se enamoraría.*

Lord William Lovelace había aprendido a tomar de la vida lo mejor, mientras otros hermanos segundos o terceros envidiaban la suerte del primogénito por ser el que heredaría el grueso de la fortuna familiar, más en su caso, que provenía de un noble, él daba gracias por ser el hijo varón número dos. Mientras, el heredero tenía que ajustarse a las estrictas reglas del mayorazgo y de su padre, su excelencia el duque de Whitestone. Sus correrías no pasaban inadvertidas para el futuro cabeza de familia, quien trataba de entrarlo en cintura.

William admiró su frac negro impecable en uno de los espejos del corredor, llevaba prisa, pero eso no significaba que no se cerciorara, de nuevo, de que sus zapatos estuvieran lo suficientemente lustrados, que sus finas joyas estuvieran a la altura de su clase y que su atuendo combinara a la perfección, incluso con el aroma varonil de la pomada de bergamota con que se había perfumado su peinado y su pañuelo. Era aún más alto que su hermano mayor, con el cabello castaño y unos profundos ojos azules, que daban la impresión de parecer melancólicos, los que resaltaban en su tez color marfil. Esa era su arma más letal, porque en su corazón solo había cabida para la risa y la fiesta. Su mirada taciturna terminaba por capturar la atención de cuanta dama urgida de dar y recibir afecto se cruzaba en su camino. Era una versión más jovial y desenfadada de John, lord Godwine, su hermano mayor, con quien sus trucos seductores no funcionaban; a diferencia de con sus progenitores, quienes eran en extremo consentidores con su adorado Will.

—William, ¿a dónde vas? —inquirió el primogénito con el ceño fruncido, que le hacía verse aún más elegante y apesadumbrado. Eran casi dos gotas de agua, solo que John Lovelace, conde de Godwine por título de cortesía, sí era serio, responsable y consciente del legado que recaía sobre sus hombros.

—¿Ahora tengo que darte cuentas? —se quejó Will.

—Te aprovechas de los compromisos de nuestros padres para escabullirte. ¿Tras las faldas de quién andas esta vez?

—Un caballero no revela ningún dato que pueda comprometer el honor de una dama.

—¿Ni a su hermano?

—Absolutamente a nadie.

—Me han llegado rumores. Unos que me esfuerzo por desestimar. ¿Sabes lo que un escándalo significaría para nuestra familia que jamás ha dado de qué hablar? Debes enmendarte y estar a la altura del apellido.

—¿Para qué? Tú heredarás todo, incluso las responsabilidades.

—William, te lo advierto. No mantendré a un bribón cuando esté al frente. A nuestro padre le

han faltado agallas para meterte en cintura, pero me encargaré de enderezarte. Como Lovelace debes respetar nuestro nombre y reputación. Solo espero que en tus juergas no perjudiques a una señorita de bien porque te haré responderle.

—Jamás he corrompido a una inocente. No puedo decir lo mismo de ti... —Bajó el tono en la última frase y terminó por tragarse sus palabras, no era educado recordarle sus faltas a su hermano mayor, unas que toda la familia se había comprometido a ocultar. Arrepentido y notando la angustia en la mirada de John tras casi sacar a relucir su más tormentoso secreto, trató de enmendarlo; aunque a veces lo desesperaba, lo amaba profundamente—. Lo siento.

—Solo quiero que no tengas que lamentarte cuando ya no haya nada que hacer.

—Golpe de moral que te ha llegado tras asumir tus responsabilidades. No es mi culpa que la vida te haya favorecido y que no puedas disfrutar a tus anchas como antes lo hacías.

—¿Me reprochas haberte conducido por el mal camino? Era joven e insensato.

—Eres joven —recalcó. William tenía veintinueve años cumplidos y su hermano solo lo aventajaba por uno—. Y te comportas como un sexagenario. ¡Déjame vivir!

—Ya te tocará sentar cabeza y pensar en el futuro, algún día tendrás que casarte y hacer feliz a una esposa.

—En eso te equivocas, el que se casará eres tú. Soy un espíritu libre y voy a disfrutar la independencia que me he ganado.

—Maldigo la hora en que mi necesidad me hizo presentarte a mis terribles amigos.

—Necesito de vuelta a mi hermano, antes nos divertíamos. Ahora te has convertido en un aristócrata estirado con exacerbada inclinación por la falsa moral, porque no me engañas, sé que, aunque quieras adherirte a la nueva versión de ti mismo, extrañas irte de juerga conmigo. Y para que la curiosidad no termine por atormentarte, te diré a dónde me dirijo; estamos en plena temporada, voy a la recepción de los condes de Huntington, donde aguardan nuestros padres.

—Acabáramos, por ahí hubieses empezado —manifestó sosegándose.

—¿No estabas incluido en la invitación?

—Llegaré más tarde, tengo asuntos de negocios urgentes que atender. —Lo miró como si su ausencia en cualquier evento social de renombre fuera posible, era uno de los solteros más codiciados de Londres.

—¿Y es que te ocupas de algo más últimamente?

—Pensé que huirías como de los tres últimos bailes. Arthur me ha dicho que te has encontrado a solas con una dama cuyo esposo está en el continente por asuntos de negocios.

—Asqueroso traidor.

—Antes de ser tu amigo era el mío. No he podido dormir a mis anchas desde que tengo conocimiento de tu fechoría. ¿Quién es? ¿Me harás repasar la inmensa lista de amigos encubiertos cuyas damas asistan sin esposo esta noche? Porque de seguro ella acudirá, ¿o me equivoco?

—Deberías ocuparte de tus asuntos.



—Y es lo que hago, por eso tendré que retrasarme y en el peor de los casos excusarme por no ir. Nuestros padres y tú representarán a la familia, espero que tu comportamiento esté a la altura y sea digno.

—De seguro tu prometida no faltará. Su acaudalado progenitor tiene negocios con los condes de Huntington.

—Sé discreto, nuestro compromiso no es todavía oficial, estoy en una ardua labor de convencimiento para que nuestro padre acepte que la futura duquesa de Whitestone no es de nuestro círculo.

—Pobre Eloise.

—¿La cuidarías, entretanto, por mí?

William lo miró con desidia antes de desaparecer por la puerta abierta de par en par, mientras John negaba lleno de impotencia.

Arribó a la residencia en Londres de los condes de Huntington, con su fachada de piedra gris conformada por enormes terrazas a las que daba su nombre: Grey Terrace. Tras atravesar las amplias salas donde compartían los invitados, se aproximó al más grande de los salones: donde sucedía la acción. De inmediato fue descubierto por su compinche, lord Arthur Johnson, quien no tardó en ponerlo al tanto de las féminas que aguardaban impacientes. Pasó la vista disimuladamente ante las pobres chicas que nadie sacaba a bailar desde las dos últimas temporadas y sintió pena por ellas, casi todas de buen ver, pero sin fortuna. Pensaba que su género lo libraba de un destino similar, a pesar de su educación y las costumbres, creía firmemente que la vida era injusta con las mujeres.

—¿La has visto? ¿Ya ha arribado? —preguntó impaciente. No era necesario que le revelara quién.

—Creo que en verdad no vendrá, como te hizo llegar en la nota. Deberías dejar de procurarla, ya obtuviste lo que querías, su esposo llegará en un mes y las cosas pueden ponerse desagradables.

—No puedo, estoy obsesionado.

—¿Enamorado tal vez?

—El amor es un privilegio negado a hombres como yo, simplemente no me lo permito. He visto los estragos que ha causado en John. ¿Por qué adherirme a un sufrimiento tal? Solo quiero lo que puedo tomar sin comprometer el alma, y ella es justo lo que necesito para sosegar mis más oscuras pasiones. Es la mujer perfecta para mí, y el juego del gato y el ratón lo hace más irresistible. No pretendo retirarme después de todo el camino avanzado.

—Lo mismo aseguraste de tu antigua amante, la que terminó por provocarte aburrimiento y terminó por regresar a los brazos de su marido.

—Es diferente y lo sabes, no la compares con ninguna otra, no lo permito.

Su amigo le hizo señas con discreción para que descubriera la revelación del año. William se volteó sin interés, las jóvenes casaderas no le resultaban atrayentes.

—Es la hija de un difunto marqués español, viene de La Habana —especificó para despertar su curiosidad—. Su hermosura es exquisita.

William lo notó de inmediato, su rostro parecía haber sido labrado con el cincel de la perfección, su cabello cual cascada crecida parecía que explotaría en cuantiosos bucles de un momento a otro entre las horquillas que lo aprisionaban: tan lleno de vida, el tono castaño rojizo del pelo no pasaba desapercibido y la distinguía entre las de su clase. Sus ojos oscuros estaban abarrotados de espesas pestañas negras que parecían abanicar sus sonrosadas mejillas; eran sin duda sus más destacados atributos, podría perderse en la intensidad de su mirada. La delicadeza del talle era exquisita y aquellas curvas que se le antojaban por caderas permanecían ocultas tras la indumentaria sofocante y colorida que la hacía destacar como la única flor del jardín capaz de atraer su atención. Se quedó sin aliento.

—¡Dios bendito! —murmuró gratamente sorprendido cuando creía que ninguna de las debutantes podría lograr semejante efecto en él. Solían tener un aire combinado entre inocencia y necesidad que lo abrumaba, pero esta señorita extranjera dejaba entrever a través de su semblante y sus finas maneras que sabía lo que quería de la vida y algo le hacía sospechar que él estaba muy alejado de sus intereses.

—¿Maravillado?

—Más bien aturdido por la picardía que ni siquiera se esfuerza en ocultar, es despanpanante.

—Hay tantas nubes de rumores encima de ella que solo logran aumentar el interés de los caballeros. Claro que su madrina, lady Huntington, se ha encargado de deshacerlas en el aire. Dicen que le está buscando esposo y que la señorita se aferra a su soltería como a su bien máspreciado.

—Eso sin dudas no la dejará bien parada, aunque me parece fascinante.

—Hay más. Tiene un can, un Cavalier King Charles Spaniel, su adoración, lo saca religiosamente a pasear todas las mañanas.

—¿En persona? ¿Por qué no envía a un sirviente a esos menesteres?

—No sería igual de efectivo el despliegue matutino de su efluvio. Los caballeros, esa horda de tontos que ves suspirando por sus favores, pasean por los lindes de los jardines de Grey Terrace suplicando tener la fortuna de apreciarla de lejos. Refieren que es como ver a un hada danzando entre las flores.

—¡Por Dios! ¡Verdaderamente suelen tejer historias sobre los extranjeros, más cuando son tan encantadores como la señorita!

—Dicen que su familia, en el continente americano, posee esclavos.

—Lo que es abrumador, para nosotros la esclavitud ha sido abolida.

—Se ha atrevido a traer a su esclavita y se hace acompañar de ella a todas partes.

—¿La has visto?

—Tampoco ha sido tan osada como para traerla a los bailes. Dicen que es una mulata en edad similar a ella, una mezcla impresionante de la unión del negro y el blanco.

—Infeliz chiquilla. ¿Qué más se rumora?

—Que su colección de rechazos a propuestas matrimoniales en La Habana y España es digna de emular con el grosor de una enciclopedia. El difunto marqués era receloso de su primogénita.

—Yo también lo estaría. ¿Cómo puede una criatura terrenal ser tan desquiciante?

—Y prohibida. No te acerques con tus trucos de siempre que la condesa de Huntington, su madrina, y la abuela de la criatura no le quitan el ojo de encima, conscientes de la joya que custodian.

—No me explico cómo sigue soltera, solo la falta de dote podría explicarlo.

—Es muy rica, es lo que se esparce en el ambiente.

—Será por eso que su padre mantendría a los carroñeros lejos de su valiosa gema.

—Su dote te vendría de perlas.

—Si tiene todas esas virtudes y es tan bella, no se conformará con el segundo hijo de un noble, querrá un primogénito.

—¿Escuché bien? ¿La bella señorita extranjera te hizo pensar en matrimonio?

—Un pensamiento fugaz.

—No creo que necesite conformarse con el primer hijo de un noble, el marqués de Emerald no le ha quitado la vista de encima.

—¡Miserable! Si se empeña no dejará oportunidad para nadie. Es difícil competir con un título nobiliario —murmuró. Continuó deleitándose con la vista a distancia y con suma discreción.

No podía dejar de escrutarla. Poseía una piel tan blanca que dejaba traslucir sus venas azules y que contrastaba con sus ojos oscuros, como la noche y el día, con un efecto embriagador en los caballeros. Lo que William desconocía era que tenía un impetuoso carácter, que era dominante y que no se dejaba amilanar ante los convencionalismos sociales, lo que volvía cualquier propuesta de matrimonio temeraria. Fascinado por la novedad, intentó acercarse para propiciar que intercambiaran, aunque fuera por accidente, un par de palabras. Estuvo tentado, incluso, de pedirle a la condesa de Huntington que los presentara, pero al comprender que el marqués de Emerald la acechaba como a una presa y sabiendo que era un partido de más peso, desertó sin siquiera esforzarse.

Absorto en sus pensamientos, a la par que negaba para sacudirse cualquier idea fugaz sobre la señorita que le diera vueltas en la cabeza, fue sorprendido por un revuelo de encajes que terminó por avasallarlos. Se descubrió en el área de baile, peligrosamente expuesto a ser atropellado por los danzantes, justo como había ocurrido segundos atrás. La dueña de sus reflexiones fue quien se estrepitó contra sí. Ella y su acompañante, el marqués de Emerald, se disculparon con un movimiento de cabeza y siguieron inmersos en el vals.

Él era quien tenía que pedir perdón por estar distraído y no fijarse hasta dónde había llegado a parar. Y sucedió de pronto, todos sus prejuicios acerca de lo que una joven casadera representaba

colapsaron ante sus ojos. Volvió al lado de lord Arthur Johnson y exigió saber quién era la carabina de la recién llegada. Su amigo hizo un gesto en dirección de doña Prudencia y William se lamentó por tampoco haber sido presentados. La abuela de la señorita era una mujer entrada en años, que vestía con elegancia, pero sin llegar a los excesos; los tejidos y las joyas elegidas para el baile le daban un aire majestuoso, que era armonizado por un rostro dulce, que brindaba confianza. Se notaba que de joven había sido dueña de una belleza muy singular.

—Siempre puedes invitarla a bailar, el marqués es mejor partido que tú, pero no creo que los mueva el mismo interés. Tan pronto como suspiras por una dama la olvidas al día siguiente.

—El marqués está buscando esposa, por todos es sabido. Ha cumplido con el luto por su viudez y hace dos temporadas que no dejan de lloverle las damiselas que añoran convertirse en la marquesa de Emerald.

—Tal vez estaba esperando por una dama que tuviera una fortuna que le resultara motivante. La señorita Morell posee una cuantiosa dote, su cuñado es un duque muy dadivoso. Además, será la heredera de los bienes nada despreciables de su abuela en España y aquí en Inglaterra.

—No creo que su holgura económica sea lo que más motive al marqués —murmuró suspicaz.

—El león cree que todos son de su condición. Es un hombre práctico y ante todo un caballero. ¿La invitarás a bailar o no?

—No suelo venir a los bailes a zarandearme si no hay un objetivo en la mira, y en vistas de que el marqués ya ha puesto sus ojos en la novedad, mejor sigo buscando alguien que alivie el aburrimiento de mi absurda vida.

—¿Has visto a las señoritas que echan raíces al final del salón? Estarían encantadas de que corrompieras su honor.

—No suelo aprovecharme de las fémimas desesperadas.

Pero nada lo hizo abandonar su actitud sigilosa, aunque otras damas de alcurnia lo envolvieron en hilarantes charlas, así como caballeros, no pudo dejar de seguirle la pista a la señorita Morell durante toda la noche. Lord Arthur Johnson no le quitaba la vista de encima, bastante intrigado y con cierta indignación, porque lo que sea que tenía obnubilado a su amigo también le estaba robando a él la diversión.

—Si esperas a que tome asiento para dignarte a acercarte me temo que no sucederá. Desde que llegué he advertido que no ha dejado de recibir invitaciones.

—Alucinas, de querer ya lo habría hecho.

—¿En serio? —lo desafió en busca de acción.

—¿Acaso lo dudas?

—Me intriga que acepte. El marqués la tiene acaparada, ha bailado con otros, pero con él ha sido recurrente. Los corazones rotos de muchas señoritas ya deben dar a ese pez gordo por perdido.

Con paso firme y dejando a lord Arthur Johnson con la boca abierta, se dirigió maldiciendo para sus adentros a la condesa de Huntington, la que lo recibió con una mirada conspicua. Era una

mujer que ponía a temblar incluso a hombres que estaban acostumbrados a establecer una férrea autoridad. Su rostro estaba despojado de dulzura o alegría.

—Milady —pronunció seguido de una reverencia—. Sería muy dichoso si usted pudiera presentarme a sus ilustres invitadas.

—No me sorprende su interés. —Lo miró para nada incrédula y soltó un comentario muy impropio. William no terminaba de entender por qué nunca había sido del agrado de lady Huntington por más que se esforzaba por simpatizarle, siempre era tan cortante con él y lo peor era que no lo disimulaba—. Pero de una vez le advierto que pierde su tiempo, la señorita Morell ya ha atraído la atención del distinguido marqués de Emerald.

Deseó abofetearse mentalmente, sentía que quedaba en evidencia, que pisoteaba su orgullo de una manera ridícula. La dama, con su frase ensayada, le daba a entender que no reunía los méritos para competir con su oponente.

—Tan solo quería invitarla a un baile.

—Por supuesto, en cuanto el marqués nos la devuelva me dará gusto presentársela, pero ya que tiene tan acuciante motivación, ¿qué le parece si comenzamos con la señora de García de Lisón, mi ilustre prima?

—Estaré encantado —murmuró desayunándose que la bella joven estaba emparentada con la condesa.

Doña Prudencia fue amable con el joven que recién conocía, no le faltó astucia para entender el repentino interés de un caballero, en plena lozanía, por su persona. Más uno como ese, con unos rasgos tan atractivos, de altura considerable y con una mirada tan melancólica. Se preguntaba qué acongojaba su alma y quiso casi de inmediato socorrerlo.

—¿Ya había estado en otras ocasiones por estos lares? —trató de entablar una conversación con la señora.

—En varias, lord William Lovelace.

—¡Qué terrible que no haya tenido la oportunidad de conocerla!

Doña Prudencia sonrió disimulando la ternura que le inspiraban sus ocultos motivos, observó el rostro seductor del joven y su esfuerzo en hacer la conversación amena, con el afán de estirarla hasta que su nieta volviera a su lado y no le quedara otra opción más que presentársela. Lo que ocurrió en breve, de seguro calculó exactamente cuántos minutos le quedaban al vals. Cuando Altagracia volvió junto a su abuela y la condesa, no pasó por alto la presencia del fascinante caballero que las entretenía con sus elegantes palabras. La condesa de Huntington tomó la delantera y como anfitriona hizo las presentaciones:

—Estimada, permítame introducirla al hijo del duque de Whitestone, lord William Lovelace. La señorita Altagracia Morell es la hija del difunto marqués de Morell de Santa Ana y nieta de mi querida prima, la señora de García de Lisón.

—Todo un honor conocerla —manifestó con una reverencia y aquella expresión taciturna que lo hacía lucir aún más atrayente.

Su encanto contradictorio y fulminante la tomó por sorpresa, casi olvida las reglas tan estrictas por las que se guiaba la aristocracia británica y estuvo a punto de ser totalmente transparente. Reconponiéndose de la impresión que le causó el joven lord, le dedicó unas comedidas palabras. Él, acomodándose un mechón inexistente, fuera de su perfecto peinado, le solicitó:

—¿Le gustaría acompañarme en alguna de las piezas?

Altagracia no se asombró por la petición, pero sí por lo repentino, apenas habían cruzado dos palabras y él había solicitado el baile. Miró su carné con gesto reflexivo y con algo de compasión le dio la ansiada respuesta.

—Me temo que he comprometido cada una.

El movió los labios, pero ni siquiera se atrevió a dejar aflorar una sonrisa.

—La temporada recién está empezando, en otra ocasión será —manifestó con pesar.

—Mi querida prima tendrá que poner remedio, creo que lord William Lovelace se merece una oportunidad —manifestó compadecida doña Prudencia.

—Si la señorita Morell no se opone, veré si está en mis posibilidades, aunque no lo puedo prometer —murmuró con los dientes apretados la condesa.

William dudó que aquella dama moviera un dedo para provocar aquel desenlace, si de ella dependía lo mantendría lo más alejado posible de la señorita.

## Los corazones de Ana



Valencia 1834.

Me llamo Ana Villalba y provengo de una familia de carpinteros. Por desgracia, solo quedamos mi madre, mi sobrina María, y yo. El hambre acecha a nuestra puerta y la propuesta de la señora Ferrer ha llegado como caída del cielo: voy a engendrar a su hijo y, a cambio, el provenir de mi sobrina estará asegurado.

Sin embargo, yo no contaba con tener que permanecer escondida durante el invierno junto a la señora, en una casa recóndita en la montaña. Ni tampoco que Martín Ferrer, dueño de una fábrica de chocolate, fuera tan apuesto y recto en sus principios, desconocedor del arreglo de su esposa. Nunca llegué a pensar que el amor pudiera tener dos caras tan distintas y complementarias: el dulzor de un buen chocolate y la aspereza de la madera. ¿Será este mi destino? ¿Será mi corazón capaz de contenerse y cumplir con el trato?

**Ivette Chardis** descubrió desde muy pequeña que aparte de leer, lo que más le gustaba era escribir. La llenaba de paz y la envolvía de una esperanza alentadora. Enseguida advirtió que el pasado la intrigaba, era esa parte oscura que se escondía a los ojos de los demás lo que más le atraía, y por eso decidió estudiar historia. Nunca dejó de escribir, se presentó a algún concurso que otro de relatos y llegó a ser mención de honor. Escribió artículos para blogs y portales de Internet, colaboró en radio y en televisión, hasta dio clases de escritura creativa. Pero otra trama más importante la mantuvo ocupada, su propia vida. El amor la alcanzó muy joven, enseguida adivinó que estaba ante su príncipe y no dejó pasar su oportunidad. Las circunstancias, la familia, la alejaron cada vez más de su pasión: contar historias. Hasta que un día su hija le preguntó: «¿Mamá por qué no escribes una novela?». Y se dio cuenta de que había llegado el momento.



Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Ivette Chardis

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-05-2

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Los corazones de Ana

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ivette Chardis

Créditos